

ROBOTTECH

SECOND GENERATION #7

SOUTHERN CROSS

It is the beginning of a new age, and a new war... a war the Robotech Masters are determined to win!

JACK MCKINNEY



Published by S&W Publishing Co., Inc., New York, N.Y. 10014

Es el comienzo de una nueva era... y de una nueva guerra. Una guerra que los Maestros de la Robotechnia están determinados a ganar.

UNA NUEVA AMENAZA EXTRATERRESTRE HA LLEGADO PARA ARRASAR LA TIERRA

Hace unos veinte años, los Maestros de la Robotechnia enviaron a unos gigantes guerreros esclavos, los Zentraedi, para despojar a la Tierra de sus secretos sobre la Protocultura. Pero hubo heroicos hombres y mujeres que repelieron la invasión luchando una guerra que casi destruyó al planeta.

Ahora, finalmente, los Maestros de la Robotechnia aparecen para terminar con la conquista que comenzaron los Zentraedi. Una Tierra, devastada por los combates, debe defenderse a sí misma una vez más.

Aquí fue cuando Dana Sterling, comandante mitad humana, mitad Zentraedi de una unidad de élite de Hovertanks, entró en la escena de la historia interestelar.

Una vez más, los enfrentamientos de gigantes mechas de combate surgen a la luz cuando comienza...

¡LA SEGUNDA GUERRA ROBOTECH!

ROBOTECH

La saga de los Maestros: Cruz del Sur (Segunda
Generación)

La Cruz del Sur

Jack McKinney

Versión 1.0

23.09.13



Título original: *Southern Cross*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #7-9
The Masters Saga: The Southern Cross

Publicación del original: 1987



Libro 7 en el orden de publicación, y 14 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Guillermo Fallas y Luis N. Migliore (Córdoba, Argentina)

Revisión: sin revisar

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

Aquellos que se sorprendieron con la elección de Dana Sterling sobre su elección de una carrera militar mostraba, no solo la falta de comprensión sobre Dana sino también la falta para comprender la naturaleza de la Protocultura y como modela el destino.

Después de todo, ya como una simple beba en brazos, Dana jugó una importante parte en una batalla en la Primera Guerra Robotech, el ataque para tomar el satélite fabrica Zentraedi; con dos de los mas grandes guerreros en la historia como padres, ¿era alguna sorpresa que ella siguiera la tradición guerrera?. Pero más importante, Dana es la única descendiente de una pareja compuesta por un Humano y una Zentraedi sobre la Tierra, y la Protocultura estaba trabajando fuertemente a través de ella. Ella esta destinada a ser el centro del conflicto que estaba en curso y que la Protocultura ha modelado, y eso significa ser un soldado Robotech en crecimiento.

*Dr. Lazlo Zand, notas para Horizonte Lejano:
Perspectivas sobre Dana Sterling y la Segunda Guerra
Robotech.*

Era una fecha que cada alumno conocía, por lo tanto para algunos su significado se había hecho algo confuso.

Pero no para las personas reunidas en el auditorio de la Academia Militar de la Cruz del Sur. Muchos de los veteranos en el escenario y entre el staff de profesores de la academia sabían el significado de la fecha porque ellos la habían vivido. Todos en la

clase graduada reverenciaban la tradición de sacrificarse y el coraje que representaba, una tradición que les había sido inculcada a ellos hoy.

"Hoy celebramos no sólo su logro como la primera clase graduada de la Academia," decía el Comandante Supremo Leonard, mirando fijo a los jóvenes hombres y mujeres sentados en fila frente a él. "También celebramos la memoria de las valientes personas que sirvieron a la defensa de nuestro planeta antes que ustedes."

Leonard continuó, resumiendo el último gran enfrentamiento de la Guerra Robotech. Si se hubiera detenido en medio de la oración, y señalado a cualquiera de los cadetes graduados, y preguntado para que sigan la historia, el graduado lo hubiera hecho con mas detalles y precisiones.

Todos lo sabían de corazón: como el Almirante Henry Gloval había elevado el oxidado SDF-1 al aire para una confrontación final con el psicópata dios de la guerra Zentraedi, Khyron, y había muerto en el infierno de aquella batalla.

También sabían el alto honor alcanzado por las mujeres del puente que habían muerto con él: Kim Young; Sammie Porter; Vanessa Leeds (todas técnicas enlistadas, apenas un poco mas viejas que cualquiera de los cadetes) y la Comandante Claudia Grant.

Sentada al final de la fila de su escuadrón, la Cadete Mayor Dana Sterling miraba las caras de las personas a su lado. Uno, con la piel de color miel oscura, estaba en la luz que provenía del escenario. Dana podía ver que Bowie Grant (sobrino de la Comandante Claudia Grant y el amigo mas cercano de Dana desde su infancia) no demostraba emoción alguna.

Dana no sabia si estar contenta o preocupada. Arrastrar el nombre de un héroe del GTU podía ser una difícil carga de llevar, eso bien lo sabia Dana.

Leonard siguió hablando sobre los actos desinteresados de heroísmo y sobre pasar la posta a un cuarto lleno de cadetes, ninguno de los cuales había alcanzado los veinte. Los habían instruido sobre eso por años, y estaban retorciéndose en sus asientos, deseosos de ponerse en movimiento, para ir a cumplir con sus primeras asignaciones.

O al menos, la mayoría se sentía así; mirando a los demás, Dana

pudo ver una mirada de decepción en la cara de Bowie.

Leonard, con su cabeza de bala afeitada, grande como un oso y cubierto de medallas, siguió hablando hasta el final sin decir nada nuevo. Era casi tonto para el decirle a los presentes que la Tierra, que se estaba reconstruyendo lentamente desde hacia diecisiete años desde el fin de la Guerra Robotech (quince desde que Khyron el Traicionero había lanzado su ataque suicida) era un lamentable mundo feudal. ¿Quien podría saberlo mejor que los jóvenes que habían crecido en el?

¿O eso debía ser una lealtad al bien común y una dedicación al brillante futuro de la humanidad? ¿Quien tenia mas dedicación que los jóvenes hombres y mujeres sentados ahí, quienes habían jurado servir a la causa y probado su determinación por duros años de pruebas y entrenamientos sin piedad?

Al final, gracias a Dios, Leonard había terminado, y era tiempo de jurar. Dana le presto atención a su escuadrón, una unidad que había empezado como una compañía tres años antes.

Dana estaba parada derecha y llena de orgullo, una joven mujer con un arremolinado y ondulado cabello rubio, de estatura promedio para una cadete femenina y con unas largas piernas con curvas bien definidas. Tenia ojos azules, era pecosa, tenia una nariz pequeña y estaba cansada de que la llamaran "dulzura". Fijado en su melena rubia, sobre su oreja izquierda, había un accesorio de moda apropiado para que su cabello se quedara bien moldeado.

La primer clase graduada recibió sus asignaciones a medida que subían al escenario para aceptar sus diplomas. Dana se dio cuenta que estaba reteniendo su aliento, esperando, esperando.

Luego el supremo comandante estaba ante ella, un hombre demasiado rollizo, cuyo cuello salía por sobre su ajustado cuello. Tenia unas cejas acampanadas y una mano que podía envolverla. Pero a pesar de lo que las personas de Relaciones Publicas del GTU decía acerca de él, ella lo encontraba desagradable. Leonard hablaba sobre los combates pero tenia muy poca experiencia en el combate real; era mejor como político y negociador.

Dana estaba tratando de ocultar su superficial aliento mientras se alejaba del demasiado húmedo apretón de manos de Leonard y se dirigía al ayudante que tenia la misión de decirle a los nuevos

graduados sus primeras asignaciones.

El ayudante frunció el ceño ante la impresión de la computadora. Luego miró con desprecio a Dana, mirándola con desaprobación.

"Felicitaciones. Usted tiene el Quinceavo escuadrón, Alpha Tactical Armored Corps," dijo con desdén.

Dana había aprendido como ocultar sus emociones y reacciones en la academia; ella era una experta en ese tema. Por lo tanto ella no grito de alegría o arrojó su diploma al aire para festejar.

Estaba en un aturdimiento mientras se recostaba en su asiento y su escuadrón detrás de ella. ¡Los ATACs! ¡El 15vo escuadrón! ¡Hover tanks!

Dejen a los otros probar los trabajos tranquilos, fáciles del ejercito o los trajes de piloto clamorosos; hoy en día las unidades reforzadas eran los filos cortantes de la Robotecnología, y el diente y la garra del Ejercito de la Cruz del Sur del Gobierno Unido de la Tierra.

Y el 15vo tenía la reputación de ser uno de los mejores, si no el mejor. Gracias a su temerario líder, el Primer Teniente Sean Phillips, se habían convertido en no solo en uno de los mas condecorados sino también en uno de los mas llamados para cortes marciales (un verdadero escuadrón-oveja negra).

Dana penso que era el lugar justo para ella. Se había graduado como la mejor de su clase, con récords y honores que serian difíciles de superar, sino fuera por ciertas debilidades, lapsos disciplinarios, y riñas con la Policía Militar. Ella sabia que la mayoría de eso no era realmente su culpa. Del modo que la mayoría de la gente lo veía, ella había entrado a la Academia con varios puntos en su contra, y había tenido que pelear contra esos todo el camino.

Los cadetes que la llamaban "mestiza", usualmente aparecían boca abajo, sangrando y con Dana arrodillada sobre ellos. Los instructores que la trababan como un simple cadete, luego se daban cuenta que tenían una brillante e impulsiva alumna; aquellos que daban alguna señal de desprecio por su origen, se daban cuenta que su rango no era ninguna protección.

Cadetes y oficiales se despertaban colgados por montacargas de astas de banderas... el cuartel de un sargento era sellado

misteriosamente con él dentro... la fiesta de la hija de cierto coronel era animada por una visita de una docena de chimpancés, mandriles, y orangutanes provenientes del Centro de Investigaciones de Primates de la academia... y muchas otras cosas mas.

Dana se dio cuenta que cabría perfectamente dentro del 15vo.

Se dio cuenta que no sabía donde estaba yendo Bowie. Se sentía un poco avergonzada por estar disfrutar de su buena fortuna y haberse olvidado de él.

Pero cuando se dio vuelta, Bowie estaba contemplando la fila que estaba delante de ella. Practico su guapa sonrisa, pero había una resignada mirada en ella. Alzo su mano y le mostró los cinco dedos bien abiertos, una, dos y tres veces.

Dana retuvo su respiración. El también había sido asignado al 15vo.

Bowie no apreciaba estar demasiado eufórico. Cerro su mano y paso su dedo mayor sobre su garganta en una silenciosa señal de ruina, mientras la miraba con tristeza.

El resto de la ceremonia apreciaba seguir por siempre, pero al final los graduados fueron descartados por unos días de descanso antes de reportarse a sus nuevas unidades.

De alguna manera Dana perdió a Bowie entre la multitud. El no tenía familiares o amigos entre la multitud; pero ella tampoco. Todos los familiares sanguíneos que tenían se habían ido hacia años en la importantísima misión del SDF-3, que intentaba encontrar a los Maestros de la Robotecnia en algún rincón de la galaxia.

El único adulto que era cercano a Bowie y Dana, el Mayor General Rolf Emerson, estaba llevando a cabo la inspección de las fuerzas de defensa orbitales y le era imposible estar en la ceremonia. Durante un tiempo de su infancia, Dana había tenido tres extraños pero queridos padrinos, pero ya habían muerto.

Dana sintió un de ataque de envidia de los ex cadetes que estaban rodeados de sus padres, hermanos, y vecinos. Se sacó ese

pensamiento de su cabeza; irritada por el breve momento de auto compasión; Bowie era toda la familia que tenia ahora. Se fue para encontrarlo.

Aun luego de tres años en la Academia, Bowie era un soldado raso, algo que el consideraba una especie de marca personal que lo hacia sentir orgulloso.

Aun así, tenia un espacioso cuartel para si mismo; no había una falta de espacio en las barracas, el tamaño de los cuarteles había disminuido drásticamente desde el día de admisión. De los doce mil jóvenes que empezaron en la clase de Bowie, un poco mas de dos mil permanecieron hasta el fin. El resto había desaprobado y se habían ido a casa, u obtenido una performance insatisfactoria y habían sido resignados fuera de la Academia.

Muchos de estos habían sido enviados a milicias regionales, o "promovidos" a varios trabajos de bajo interés militar. Otros se habían convertido en parte del colosal esfuerzo para reconstruir y revivir a la maltratada Tierra, una lucha que había durado una década y media y no había ninguna duda de que continuaría por varios años más.

Pero comenzando con la clase de hoy, los graduados de la Academia comenzaran a llenar los rangos de las Unidades Cosmicas, Fuerzas Aereas Tacticas, Cuerpos Armados Tacticos Alpha, y los otros componentes de la Cruz del Sur. El enlistamiento continuaría y eventualmente todos los oficiales y los enlistados serian las personas que habían acudido a la Academia o otra como esta.

La Robotecnologia, especialmente la segunda generación que estaba poniéndose actualmente en uso, requería un intenso entrenamiento y practica de parte de los operadores-guerreros humanos. Era otra era en la historia de la humanidad cuando los soldados-ciudadanos tenían que dejar su lugar a los profesionales.

Y de alguna manera Bowie (quien nunca había querido servir como un soldado) era un miembro de esta nueva elite militar, encomendado con la responsabilidad de servir y guardar a la humanidad.

Solo, ¡hubiera sido muchisimo mas feliz tocando el piano y cantando por mi comida en un pequeño antro!

Lleno de desilusión, Bowie descubrió que aun sus preciados

discos de Minmei no podían levantarle el espíritu. Escuchar "We will win" no ayudaba mucho a un joven que no quería tener nada que ver con la guerra.

¿Cómo podré vivir esta vida a la que me están forzando?

Punteó su guitarra una o dos veces, pero fue inútil. Se asomó a la ventana para observar la pradera, recordando cuantas horas desagradables había perdido allí afuera cuando sonó la señal proveniente de la puerta. Bajó el sonido del sistema de la puerta, se apoyó sobre el marco de la misma, y presiono el interruptor para que se abriera la puerta.

Dana estaba parada ahí en una glamorosa pose, sobre las puntas del pie con sus manos apoyadas detrás de su rubia cabellera. Lo golpeo con los listones que tenia en sus manos.

"Bowie, era hora. ¿Cómo te esta yendo?". Entro a su habitación, con sus manos aun detrás de su cabeza.

Grüño, diciendo, "Bien", y cerró la puerta.

Ella rió mientras miraba hacia la pradera que se veía por la ventana. "¡Seeguro! Soldado Grant, ¿con quien crees que estas bromeando?"

"¡Está bien, entonces estoy deprimido!"

Ella se acerco y le inclino un poco la cabeza para aceptar su honestidad. "Gracias y ¿por qué estas deprimido?"

Se desplomo sobre la silla con sus pies sobre una mesa.

"Por la graduación, supongo."

Ambos usaban uniformes blancos tallados al cuerpo con botas negras y ribetes negros que los hacían parecen uniformes de equitación. Pero sus parches de cadete se habían ido, y sobre el torso de Dana habían unas tiras que cruzaban todo el torso (de cuero anaranjado) y que en el hombro se veía la insignia de su flamante rango, segundo teniente, y el estandarte de la Cruz del Sur. Negras bandas sobre sus bíceps mostraban, oscuros logos militares que llevaban los mecanismos de la Academia; aquellos que pronto serian asociados a los brazos de los miembros del ATAC.

Dana que estaba sentada sobre la cama, con sus rodillas cruzadas, sosteniendo la guitarra despreocupadamente. "Bowie es natural sentirse deprimido; yo también lo estoy." Mientras producía un gentil acorde.

"Solo lo estas diciendo para hacerme sentir mejor."

"Es la verdad. El Blues de la Graduación es tan viejo como la educación." Lanzo otro acorde. "¿No tenes ganas de sonreír? Por ahí, ¿si cantó para vos?"

"¡No!" Los acordes de Dana eran pasables, pero su voz no era la adecuada para cantar.

Lo había dicho tan rápido que ambos rieron. "Por ahí debería contarte una historia," dijo. "Pero desafortunadamente, conoces todas mis historias." Y todos los secretos que alguna vez fui capaz de decir a un humano verdadero.

Meneó su cabeza; el lo sabia. La mayoría de las personas en la Tierra sabia al menos algo sobre los orígenes de Dana (la única descendiente de una pareja humano/zentraedi. Luego sus padres se fueron en la expedición del SDF-3.

Bowie le sonrío a Dana y ella se la devolvió. Ambos tenían dieciocho años tratando de sobrellevar el negocio de la guerra.

"Bowie," dijo ella gentilmente, "hay mas cosas para la vida militar que solo maniobras. Puedes hacer mas cosas. Yo te ayudare; ya veras". Ella algunas veces pensaba secretamente que Bowie debería haber deseado heredar el gran tamaño y la fortaleza de su padre, Vince Grant, en vez de su compacto cuerpo y buena apariencia de su madre, Jean. Bowie era apenas un poco mas pequeño que Dana, por lo tanto el era feroz cuando tenia que serlo.

Largó un largo suspiro, luego encontró la mirada de Dana y meneó su cabeza lentamente. Justo en ese momento las descomunales alarmas comenzaron a sonar.

Enviaron un frío chillido a través de ambos. Sabían que ni un loco como el Comandante Supremo Leonard elegiría esta tarde para una practica. EL GTU tenia mucho en juego.

Pero la alternativa, era tan desagradable que Dana no quiso pensar sobre eso. Pero por el momento, ella y Bowie habían jurado y ahora eran miembros de las fuerzas armadas, y la llamada a la batalla había sido sonada.

Dana miro a Bowie; su cara registraba su consternación. "¡Alerta roja! ¡Somos nosotros! ¡Vamos, sígueme!"

Había pasado por tantas practicas y ejercicios a través de los años que ya era algo natural para el. Salieron disparados hacia la

puerta, sabiendo exactamente donde debían ir, que debían hacer, y estaban perfectamente capacitados para hacerlo.

Pero ahora, por primera vez, sentían un real y helado miedo que no era parecido al que sentían cuando realizaban alguna prueba. En el corredor, Dana y Bowie corrían desesperados junto con otros graduados. Bolsos de viaje y bolsos B-4 estaban esparcidos en los cuartos que veían al pasar por sus puertas, ropa y objetos personales desparramados por todos lados; la mayoría de los graduados habían estado empacando para pasar algunos días en casa.

Dana y Bowie estaban corriendo junto con una docena de graduados, sus cincuenta, luego más de la mitad de los de su clase. Hombres y mujeres surgían de otras barracas, corriendo a sus lugares pre seleccionados. Justo como un ejercicio.

Pero Dana podía sentirlo, olerlo en el aire, y recogerlo a través de sus receptores de la piel: de repente afuera había algo que debía ser temido. Los días de cadetes de fingir la guerra se habían ido para siempre.

De repente, enérgicamente, Dana sintió un profundo miedo como si algo que se estuviera retorciendo dentro de ella. Y sin advertencia alguna entendió exactamente como se sentía Bowie.

Los jóvenes guerreros Robotech (ninguno mayor de diecinueve, algunos dieciséis) salían de sus barracas y se formaron para sus deberes.

Capitulo 2

Para algunos para ser un pensamiento equivoco o una pregunta ridiculamente metafisica, lo se, pero no puedo evitar sorprenderme. ¿Si los Maestros de la Robotecnica se deshicieron de sus emociones, adonde fueron estas?

¿No habria alguna ley de conservacion de energia que evitaria que estas emociones desaparecieran completamente pero que serian vistas transmutadas en alguna otra cosa? ¿Fueron simplemente convertidos en los Maestros que buscan el vasto poder, de emociones escondidas, de la Protocultura y de la inmortalidad?

¿Y este el derivado de un intelecto mas evolucionado? Si es así, el Universo nos a jugado una terrible broma.

Zeitgeist, Perspicacias: Psicologia alienigena y la Segunda Guerra Robotech.

La fria Luna se balanceaba sobre su anciana orbita. Habia sido testigo de cataclismos en epocas pasadas; habia visto los inimaginables cambios que habian ocurrido en la Tierra a traves de los enoes que llevaban siendo compañeros.

En los ultimos años la luna habia sido un mayor testigo en la guerra entre los Zentraedis y los Humanos, y miro con desprecio la devastacion que se produjo en la Tierra, quince años atras.

Fue dentro del frio manto de la luna donde el Capitan Henry Gloval intento hacer un salto espacial con el SDF-1 hacia el principio de la Guerra Robotech. Hubo un grave error de calculos (o la intercesion de un plan preordenado por la Protocultura, dependiendo o no si uno escuchaba al exentrico Dr. Emil Lang), y la

fortaleza de batalla salto entre dimensiones para terminar cerca de Pluton.

Pero el plan de Gloval, usando la Luna como proteccion y santuario, todavia era pronunciado. Y ahora, otros estaban provando su valor.

Seis estupendas naves, de cinco millas de largo, se materializaron silenciosamente y serenamente en el amanecer. Eran tan fuertes y destructivas y robotecnológicamente bien equipadas como los Maestros lo querian.

Aun asi, eran cautelosos. La Tierra ya les habia provisto una poderosa resistensia para poderosas flotas; Los Maestros de la Robotecnia no tenian mas vidas Zentraedis para gastar, y no tenian intencion de arriesgar las suyas.

La voz de uno de los Maestros de la Robotecnia resono a traves de la nave principal. Era uno del triunvirato que comandaba la expedicion, que regia a las naves, a los Maestros de los Clones, a los soldados-androides, al Triunvirato cientifico y al resto.

El provenia de los habitantes del planeta Tirol, criaturas que eran virtualmente Humanos en apariencia. Pero las palabras del Maestro Robotech surgieron carentes de tono, expresion, y sin sonido; estaba en contacto con la Protocultura, y por lo tanto solo habló con la mente.

Envió sus pensamientos a traves del lazo que unia su mente con aquellos transformados amos de su raza, seres como el pero con poderes e intelectos superiores. Ellos eran los tres Ancianos.

Las palabras flotaron a a traves de todos los pasillos. /Llegamos al lugar, Ancianos. Detrás de la luna de nuestro objetivo, el tercer planeta. Todos los sistemas de monitoreo y vigilancia estan funcionando completamente. Recibiran nuestra primer señal inmediatamente./

Los aparatos tecnicos de las naves palpitaban con luz, y con el poder de la Protocultura. Algunas partes sugerian bazos de sangre o un laberinto similar a las autopistas, donde colores resplandecientes

viajaban; otros simulaban pagodas que iban hacia arriba y hacia abajo, suspendidas en el aire, hechos de materiales brillantes que nunca antes habian sido vistos en el Sistema Solar.

Las enigmaticas energias abrieron un camino a traves del espacio, hacia una esfera similar a un safiro azul de quince pies de diametro.

Producia un deslumbrante brillo que se reflejaba sobre las caras con narices aguileñas de los tres Ancianos que estaban alli sentados, reunidos en un circulo, mirando fijamente. A traves de la vasta galaxia los Ancianos alcanzaron con sus mentes el modo de vigilar la situacion de los Maestros de la Robotecnica.

Los Ancianos eran de algun modo, clarividentes y siniestros, vestidos con batas regias pero lucian mas como ejecutadores. Los tres tenian la cabeza pelada o afeitada, sus largos y lacios cabellos caian detras de sus hombros. Bajo sus angulosos pomulos habia arrugas sobre su piel, sugestivas manchas tribales, que enfatizaban la severidad de aquellos ojos que parecian laseres.

Estudiaron las imágenes y los datos enviados a ellos por sus sirvientes, los Maestros de la Robotecnica.

Uno de ellos, Nimuul, aquel cuyo azul cabello estaba moviendose por las corrientes de aire, hablo a traves de su mente. Su voz sin cuerpo era tan espesa como el almibar. /La primer señal es de un area donde se han registrado las mas altas lecturas de Protoactividad. Inspecciones preliminares indican que esta sin proteccion./

Eso complacio a los otros Ancianos, pero ninguno de ellos evidencio ninguna emocion; estaban por sobre eso, se habian librado de ellas hace un largo tiempo.

Hepsis, el de las mechas de color plata, con su mejilla descansando sobre su fino puño, con un antebrazo tan delgado que parecia atrofiado, miraba las imágenes de la señal enviada con su frente fruncida. /Hmm. ¿Te refieres a esos monticulos de tierra y roca?/ Su voz era a penas un poco diferente a la de Nimuul.

/Sí./

Los tres estaban mirando la escena de las mesetas artificiales en el centro de lo que alguna vez fuera la reconstruida Ciudad Macross. Aunque ellos no sabian la historia de aquella larga batalla

de la Guerra Robotech, y no se daban cuenta que estaban estudiando; la señal estaba mostrandoles el lugar final de descanso del SDF-1, el SDF-2, y la nave insignia de Khyron el Traicionero.

Todas las naves habian sido destruidas en los pocos minutos finales del suicida ataque de Khyron; todo habia sido enterrado y la ciudad cubierta y abandonada debido a la intensa radiacion, el ultimo lugar que alguna vez llevaria el nombre Macross.

Nimuul explico, /La nave de probablemente esta... ¡Esperen!/

Pero no tuvo tiempo para prestar completa atencion a eso; Hepsis y Fallagar, el tercer Anciano, pudieron verlo por si mismos. Por primera vez en un largo tiempo, los Ancianos de la raza de los Maestros de la Robotecnia sintieron una preocupacion que llego hasta sus nervios.

Tres figuras negras como la noche se balanceron en el globo donde su veia la imagen, desafiando los mejores esfuerzos de los equipos de la nave insignia de los Maestros para enfocarlos. Las entidades en la pantalla lucian altos, siniestros fantasmas, cubiertos con capas, con cuellos altos y caras completamente negras para la luz que surgia de la abertura de sus propios ojos.

Tres, claro, como todas las cosas de la Protocultura estaban triadas.

/El area esta cuidada por un centinela forma inorganica,/ observo Nimuul. /O puede ser una trampa Invid de alguna clase./

Fallagar, el de cabello color azul hielo, que estaba en alguna parte entre la sombra de sus compañeros, dio una respuesta mental a sus preocupaciones. /O puede ser otra cosa,/ señalo. /Algo que hacer con el maldito Zor./

Las imágenes de los fantasmas se desvanecieron, luego volvieron con un poco de estatica mientras la señal luchaba por mantenerse. Parecia que las figuras fantasmales sabian que estaban bajo observacion, que estaban jugando con los Maestros. Los brillosos ojos parecian mirar fijos a los Ancianos.

Luego la imagen se habia ido, y nada que la Triada Cientifica o los Maestros de los Clones pudieran hacer trairian a los espectros de la Protocultura otra vez. Una luz blanca surcaba el globo azul del proyector otra vez, mostrando nada de uso.

Por una de mente, los Ancianos no hicieron mencion . Los

guardianes fantasmas serian discutidos y tratados a su debido tiempo.

Por un acuerdo mental, los Ancianos no mencionaron (rechazaron reconocer) esta resistencia a su voluntad y su instrumentalidad. /¿Qué desian ver ahora, Ancianos?/ preguntó un deferente Maestro de los Clones.

De repente Nimuul estaba aun más imperioso, deseoso de sacudir los desalentadores efectos del encuentro de larga distancia con los fantasmas. /Muéstranos las formas de vida que protegió a este planeta de nuestros guerreros Zentraedis y ahora guardan sobre la Matriz de Protocultura./

/Sí, Anciano,/ respondió docilmente el Maestro de los Clones.

Hepsis le dijo a los otros dos, /Los humanos que desintegraron a nuestros Zentraedis ya no estan presentes, de acuerdo a mis lecturas de reconocimiento, mis Hermanos. Pero sus compañeros parecen estar listos para proteger su planeta con un grado similar de astucia y habilidad./

La señal estaba mostrando rapidas imágenes de las fuerzas del GTU: fuerzas orbitales de las Unidades Cosmicas, mechas de la Defensa Civil, las maquinas de pelea de los ATAC, y el resto.

Una transmision de television interceptada mostraba un lento paneo de los miembros del 15vo escuadron, monitoreada de un red de informacion publica de la Cruz del Sur. Los Ancianos vieron Humanos con un duro entrenamiento, que lucian competentes y habia algo mas... algo que los Ancianos no habian pensado en un largo, largo tiempo.

Era juventud. La camara mostro cara tras cara, la sonrisa impertinente del Cabo Louie Nichols; la masiva fuerza del Sargento Angelo Dante; el de su lider, el extravagante cazachicas, el Teniente Sean Phillips.

Los Ancianos miraban a sus enemigos, y sintieron cierta preocupacion aun mas inestable que la imagen de los fantasmas.

Los tres jefes de los Maestros de la Robotecnia, guardaban muchos de los secretos de las Protocultura, extenderian su vida hasta que sea Eterna, si sus planes se concretaban. Y como resultado de esto, temian a la muerte, le temian a mas que nada. El miedo era controlado, suprimido, pero era mas grande que cualquier miedo de

niño o que su peor pesadilla, mas que cualquier terror que cualquier mortal pudiera esconder.

Pero las jóvenes caras que mostraba la cámara no mostraba miedo alguno, no que los Ancianos conocieran. Los jóvenes entendían la muerte mejor que sus ancianos, especialmente la jente joven en la milicia que sabía su número podía aparecer en cualquier momento, cualquier día. Las caras del 15vo, decían que sus miembros estaban dispuestos a aceptar ese riesgo que habían encontrado valioso.

Eso era perturbador para los Ancianos. Tenían clones y otros que ciertamente morirían por ellos, pero ninguno lo haría por su propia voluntad; un concepto que había sido eliminado despiadadamente desde la creación de su raza.

Había, una vez más, aquella evitación de temas desagradables entre los Ancianos. Nimuul trató de sonar indiferente. /Es difícil para mí creer que esa forma de vida pueda ofrecernos resistencia. Son tan jóvenes y faltos de experiencia en combate./

El y sus compañeros eran una desagradable parte de la ecuación. Si en la guerra no estás dispuesto a morir por su causa pero tu enemigo lo está, un terrible peso había sido colocado en un lado de las escalas.

Los Ancianos se estremecieron, cada uno dentro de su interior, sin revelar nada a los otros. /He visto suficiente de esto,/ dijo Fallagar, reuniendo su capa como si fuera un halcón preparándose para volar, mostrando un poco de impaciencia.

/¿Qué imágenes les gustaría ver ahora, Ancianos?/ preguntó tentativamente el oculto Maestro de los Clones.

La silenciosa voz de Fallagar resonó a en toda la cabina. /Creo que tenemos suficiente información sobre estas formas de vida, transmita lo que tenga en línea. No importa cuán interesantes puedan ser estas abstracciones, ha llegado la hora de manejar nuestros problemas./

El globo cambió a un rojo canela, volvió a azul, y mostró el cuartel general del Ejército de la Cruz del Sur.

Era un altísimo megacomplejo blanco en medio de Ciudad Monumento. Los alrededores estaban marcados con los corroidos cruceros de batalla Zentraedis que aun permanecían. Estaban

clavados en el terreno, remanentes de la ultima en mucho tiempo batalla.

La punta de la torre central del cuartel general habia sido reconstruido para que pareciera la insignia de una santa cruzada colgando de unas piezas similares a las cruces. Las torres estaban coronadas como un almena medieval.

Todo lucia como si algun ejercito de gigantes lo hubiera ordenado. La arquitectura estaba diseñada para anunciar al planeta y al mundo los ideales y el espiritu del Ejercito de la Cruz del Sur.

El nombre "Cruz del Sur" habia sido heredado debido a aquellos primeros dias despues de el terrible holocausto Zentraedi que habia eliminado todo excepto la vida humana sobre la Tierra. Menos daño habia sufrido el hemisferio sur que el norte; muchos refugiados y sobrevivientes fueron relocados ahí. Una cohesiva fuerza de pelea fue rapidamente organizada, sus miembros, ciudades-estados, estaban dentro de la vista del santo nombre de la constelacion.

/Si; ya estudiamos suficiente sobre este planeta por ahora,/ declaró Fallagar. /Ahora establezca contacto con nuestros Maestros de la Robotecnica./ Era hora de tomar decisiones, de los Ancianos a los Maestros de la Robotecnica, y hacia la ultima linea de los pilotos Bioroid que una vez más traerian la muerte y el fuego a la Tierra en sus mechas de guerra.

Señales se dispersaron entre las barras de comunicaciones de las seis naves, que lucian para todo el mundo como gigantestas, patas de insectos segmentadas.

/Lo que nos has mostrado nos a satisfecho,/ dijo Fallagar sin señal de placer en su tono. /Pero ahora debemos comunicarnos con los habitantes de este planeta directamente./

Mientras los Maestros de la Robotecnica estaban siendo alertados para escuchar las palabras de sus amos, Nimuul, el de cabellos azules, le dijo a sus compañeros, /Me gustaria decir algo: estas entidades invisibles que protegen las masas de Protocultura dentro de los monticulos sobre la Tierra podrian requerir un especial y sin precedentes.../

Otra voz llegó mientras el globo mostraba la asamblea de los Maestros de la Robotecnica. /¡Ancianos! ¡Los escuchamos y les

servimos, y aceptamos su liderazgo y sabiduria!/"

Más jóvenes y en una etapa más temprana de la evolución personal generada por la Protocultura, los Maestros de la Robotecnia lucian en todos los aspectos unas versiones menos viejas de los Ancianos. Los Maestros tenían las palmas brillantes, la piel grisacea debajo de cada pomulo, el fino y lasio cabello que llegaba a la parte baja de la espalda, y hasta sus mejillas en aplias cantidades. Sus voces metalicas tenían ese por la exposicion directa a la Protocultura. Usaban batas con fajas como cinturones y sus cuellos con la forma de una floreciente Flor de la Vida Invid.

Como virtualmente todos en su culturam los Maestros de la Robotecnia eran un triunvirato. Las pequeñas diferenciaciones entre miembros de una triada, aun las diferencias de sexo, solo servian para enfatizar su unidad.

Cada uno de los Maestros estaba parado sobre una pequeña plataforma, en un circulo alrededor de su monitor de control, un aparato que parecia un hongo tecnologico manchado de cinco pies de ancho, flotando cinco yardas sobre el piso. Era la corona de Protocultura, fuente de su poder.

Nimuul mantenía su ceño fruncido. /Sus imágenes fueron suficientemente informaticas, y han reportado que sus mechas de guerra estan preparadas. Pero ahora debemos saber si ustedes estan listos para unirsenos./

Quince años antes, la raza llamada a si misma los Maestros Rovotech habian sentido la enorme descarga de energia de Protocultura en la ultima batalla sobre la Tierra. Pero su instrumentalidad fue debilitada porque el rebelde genio Zor habia enviado la ultima Matriz de Protocultura lejos en el SDF-1, y la destruccion de los Zentraedis y la interminable guerra contra los invids habia hecho grandes exigencias sobre las reservas sobrevivientes.

Los Maestros perdieron el poder de la Protocultura por enviar a su armada a un mundo y por la casi instantanea falta de generadores de saltos hiperespaciales. Por lo tanto, los Ancianos habian enviado las seis enormes naves madre, con sus complementos de naves de asalto y Bioroids, en un viaje de quince años con dispositivos convencionales. Ahora que el viaje habia

terminado, los Ancianos pensaban reunir la expedición por medio de una pequeña transferencia de un salto espacial.

Pero Shaizan, quien usualmente hablaba por la mayoría de los Maestros de la Robotecnia, respondió, su cabello gris meciéndose por los movimientos de su cabeza. /¡No, Ancianos! Estamos muy cerca de recobrar la última reserva de Protocultura y recuperar secretos que Zor intentó llevarse con él a la tumba. Pero no debemos cometer los mismos errores que cometieron los Zentraedis./

/Debemos saber más acerca de sus fuerzas y debilidades,/ agregó Dag, otro Maestro, levantándose para que lo vieran los Ancianos.

Nimuul frunció profundamente el ceño. /No deben fallar./ Los Maestros de la Robotecnia se reverenciaron hacia sus propios Maestros, los Ancianos.

Cuando los Ancianos rompieron el contacto, los Maestros de la Robotecnia miraron a los Clonemastes y a los otros triunviratos reunidos debajo de la flotante corona de Protocultura. Shaizan, recogiendo su bata azul, su cuello descansando sobre una flor naranja alrededor de su cuello, dijo abruptamente, "Ahora, entienden el plan, ¿líder del grupo, anticipo algún problema?

Los Maestros de los Clones y el resto lucía en todos los aspectos como hombres y mujeres humanas. Tenían la tendencia ser delgados, con largos cabellos y ropa hecha a la medida que podrían pertenecer a la temprana época del renacimiento, cubiertos con pequeños capelets y capas. Entre sus triunviratos había pequeñas diferencias en la apariencia o en la ropa.

El líder del grupo de Maestro de los Clones replicó con una voz mezclada con la de un humano y la de un Maestro Robotech. "Maestro, cada piloto Bioroid está instruido y preparado para ejecutar la primera fase exactamente como ustedes los han decretado. El único problema es en mantener nuestros operadores funcionales; nuestras reservas de Protocultura están al mínimo."

Shaizan miró al líder del grupo como los Ancianos los habían visto a los Maestros de la Robotecnica, con esa misma rabia. "Entonces doblen el número de Bioroids y mechas de guerra asignadas para el ataque. Deben desviar Protocultura adicional de los motores de las naves solo si se vuelve absolutamente indispensable para el triunfo de la misión."

Dag, de cara más larga que sus hermanos de triunvirato, el más intelectual de ellos, agregó, "Si es posible, me gustaría algunos Humanos cautivos para propósitos experimentales."

Bowkatz, el más militar de los tres Maestros de la Robotecnica, contradeció, como era su prerrogativa en los temas tácticos. "No," le dijo a Dag. Para el líder del grupo, agregó, "Procederan, pero solo nuestras ordenes originales. ¿Entendido?"

El líder del grupo inclinó su cabeza respetuosamente. "Como desee."

Shaizan meneó su cabeza, mirando a los Maestros de los Clones y a los otros triunviratos friamente. "Luego nosotros iremos a ver su éxito y confiamos en que no nos fallaran."

El líder del grupo dijo sin emoción, "Entendamos las consecuencias del fracaso, Maestro."

Como todos en la expedición, los Maestros de la Robotecnica lanzaron el último dado.

El líder del grupo miró a sus compañeros. Las máquinas de guerra, los Bioroids, estaban esperando para traer la destrucción a los insospechados Humanos.

"No les fallaremos," gritó.

Cuando los triunviratos de clones se fueron para ejecutar el primer ataque de prueba, los Maestros de la Robotecnica visualizaron en una pantalla el sistema interno de su nave insignia. La instrumentalidad de Protocultura viviente sugería órganos internos, tubos vasculares, una especie de sistema sanguíneo donde circulaba la energía.

Dag habló con sus compañeros. "Si pudiéramos capturar a un

humano, podríamos buscar en su mente si descubrieron algún indicio de la existencia de la Matriz de Protocultura."

"No necesariamente," replicó Bowkaz.

Todos observaron a la masa encogida de Protocultura que les quedaba. El secreto para hacer una Matriz había muerto con Zor, y no había otra fuente de Protocultura en el universo conocido. Esta matriz era la última oportunidad de sobrevivir para los Maestros.

"Ya habrá tiempo de interrogar a los humanos una vez que sean vencidos y estén bajos nuestros talones," dijo Shaizan.

Capítulo 3

Realmente no podría decirte quién lo dijo primero- operaciones de comunicación, el León Negro, los miembros de la tripulación del crucero-pero alguien lo hizo, y, dadas las circunstancias, todos sólo naturalmente lo escucharon, empezando en ese momento y allí: la Segunda Guerra Robotech.

Teniente Marie Crystal, como se menciona en "Amos Absolutos"

Historia de las Guerras Robotech, Vol. CXII

La Estación Espacial Liberty se balanceaba lentamente en su punto de apoyo Lagrange Cinco, en las cercanías de la Luna. Ésta combinaba las funciones de fortaleza de puesto fronterizo, cuartel general de comunicaciones, y estación de paso a lo largo de las rutas hacia las distantes colonias de la Tierra en la luna y otras partes. Su complejo aparato de comunicación, aparato que no funcionaría también sobre la Tierra, era el único método de la raza Humana de mantener incluso contacto intermitente con la expedición del SDF-3. Liberty era en muchos aspectos el pilar de las defensas de la Tierra.

Y por lo tanto este era el blanco natural.

"Liberty, aquí Base Luna, Base Luna!"

El operador de comunicaciones de la Base Luna ajustó el volumen en su transmisor desesperadamente, tomando un momento para observar los colores del radar que había presionado en una

pantalla de visualización cercana.

Cinco objetos no identificados, grandes, habían venido agrandándose desde el lado oscuro de la luna. La sección G2 ya estaba segura que no eran nada que la raza Humana hubiera acostumbrado aún o visto antes. El desempeño y las lecturas de potencia indicaban que eran naves impresionantes, y los cálculos de curso las tenían dirigidas directo hacia Liberty, a una velocidad increíble.

"Por qué no responden? POR QUÉ?" El operador de comunicaciones se inquietó, pero algún tipo de interferencia había estado bloqueando todo desde que los objetos aparecieron por primera vez. Y probablemente nada que la Base Luna despegara del suelo podría dar con los OVNI's.

El operador sintió un sudor frío en su frente, por sí y también por las personas inocentes a bordo de la estación espacial. Si Liberty era puesta fuera de combate, eso dejaría aislados a la Base Luna y a los otros puestos centinelas Humanos dispersos en el Sistema Solar, listos para una erradicación no planeada.

Los indicadores en sus instrumentos de repente funcionaron; o el enemigo había sido obligado a canalizar poder lejos de la interferencia y hacia sus armas, escudos, o lo que fuera, o la señal-las computadoras de contramedida de guerra habían surgido con una forma de golpear mediante una transmisión. Una voz débil, poco clara por la interferencia agradeció desde Liberty.

El operador de la Base Luna abrió el micrófono de su receptor de cabeza y empezó a transmitir con frenética prisa.

"Estación Espacial Liberty, aquí Base Luna. Mensaje urgente, repito, mensaje urgente! Cinco objetos no identificados se aproximan a ustedes en el vector ocho-uno-tres-corte-cuatro-cuatro-nueve! Puede que no los tengan a su alcance; han estado apareciendo y desapareciendo en el nuestro. No sabíamos que estaban aquí hasta que tuvimos una visualización. Posibles enemigos, repito, posibles enemigos. Se dirigen directo hacia ustedes!"

En el centro de comunicaciones de la Estación Liberty, otro operador le estaba indicando al oficial a cargo que un mensaje urgente-una emergencia de prioridad-estaba ingresando, en el

mismo momento que registraba la transmisión de la Base Luna.

Cuando lo hizo, se volteó y empleó una prerrogativa llevada a cabo durante la reconstrucción de la Tierra luego del holocausto Zentraedi. No había tiempo para que un oficial fuera al centro de comunicaciones, evaluara el mensaje, se pusiera en contacto con el personal del G3, y declarara una alerta roja. Cada segundo era crítico; la raza Humana había aprendido eso de la forma difícil.

Ningún operador lo había utilizado antes, pues ningún operador había afrontado antes esta situación. Con la palmada terminante a un botón grande, rojo iluminado, un cabo del centro de comunicaciones puso a la estación espacial en pie de guerra, y advirtió a la Tierra a hacer lo mismo.

Trató de unir el resto de lo que el operador de la Base Luna estaba diciendo justo al mismo tiempo que observaba a un oficial de vigilancia dirigido en su camino. El operador cubrió su micrófono con su mano y gritó, "Bandera roja, señora! Comuníquese que calienten las piezas de artillería, porque estamos en problemas!"

La teniente de comunicaciones asintió. Se volteó enseguida a un sistema de amplificación seguro, dando la señal al centro de mando de la estación. Las bocinas y chillidos de alarma empezaron su estruendo.

"Estaciones de combate, estaciones de combate! Artilleros de láser y plasma, prepárense para abrir fuego!"

Los artilleros acorazados iban a toda velocidad hacia sus puestos al mismo tiempo que Liberty continuaba en alerta total. Las torretas fuertemente protegidas se abrieron y los feos, hocicos destellantes de las baterías gemelas y de cuatro cañones surgieron a la vista, girando sobre su eje y dirigiéndose sobre el último vector de aproximación conocido del objetivo.

Cerca de la fortaleza del satélite, una bandada de naves de patrulla giró para interceptar el acercamiento de los objetos. Éstas eran grandes, lentas, cruceros con forma de delta, programadas para ser sustituidas en el futuro cercano. Eran las primeras en sentir el poder de los Maestros Robotech.

Las cinco naves de asalto de los Maestros Robotech llegaron, rojas arena y con forma de botellas aplastadas. La líder apuntó a la nave de la Tierra, abriendo fuego con un cañón de energía. Un

relámpago blanco y caliente abrió el costado del crucero como si destripara un pez. Atmósfera y bolas de fuego se precipitaron desde la nave Humana. Dentro de ésta, los hombres y mujeres de la tripulación gritaron, pero sólo brevemente.

La nave de guerra de los Maestros se lanzó, deseosa de más muertes.

"No puedo contactar con ninguno de los cruceros de patrulla, señora", el operador de comunicaciones de la Estación Liberty le informó a la Teniente del TASC Marie Crystal. "Y tres de ellos han desaparecido de las pantallas del radar".

Marie dio con el enlace de comunicación conectado hasta ella por el comandante de la flotilla de patrulla con el cual su escuadrón de combate Cuerpo Espacial Blindado Táctico estaba sirviendo. Ella asintió, apretó su delicada mandíbula con determinación.

Ella era una mujer joven de piel clara en armadura de combate, con ojos azules que tenían una exótica oblicuidad, y pelo corto, despeinado como paja negra. Había una intensidad en ella muy similar a la de un ave de rapiña escapuchada.

"Recibido el mensaje, Estación Liberty. Los Leones Negros responderán". Ella se concentró en una estimación rápida; la flotilla se había desviado de sus tareas habituales cerca de la Tierra cuando se produjo la avería en las comunicaciones, y ahora estaba muy cercana a Liberty-lo suficientemente cercana para la observación binocular y telescópica de las explosiones y las marcas de relámpagos de energía afuera cuando el ataque furtivo había tenido lugar, más allá del satélite.

"Nuestro tiempo estimado de llegada a su posición en aproximadamente noventa segundos a partir del despegue". Él agradeció, pálido y sudando, y Marie rompió el enlace. Luego hizo señas a su unidad TASC, los Leones Negros, para un intenso despegue.

"Atención a todos los pilotos. Situación de alerta, situación de alerta. Esto no es un simulacro, repito, esto no es un simulacro.

Prepárense para despegue inmediato, todos los lanzadores. Leones Negros prepárense para despegar".

Las cubiertas resonaban con el impacto de las botas blindadas que corrían. Marie iba delante hacia la cubierta del hangar, su casco de vuelo con cuernos en una mano. Había toda la locura habitual de un despegue, y más, porque ninguno entre los jóvenes soldados de la Cruz del Sur había estado antes en combate.

Marie subió a su caza Veritech con diestra facilidad, aunque iba rendida por el peso de su armadura. La dimensión de la cabina tenía sitio para ella en el abultado traje de superaleación, sin embargo, e incluso después de años de práctica la encontraba un poco más ajustada de lo que hubiera querido.

Las naves de combate de primera línea del Cuerpo Espacial Blindado Táctico habían disminuido relativamente un poco en tamaño desde la Guerra Robotech porque ya no necesitaban pasar al tamaño del modo Battloid que les permitiera pelear mano a mano con guerreros Zentraedi de cincuenta pies de alto o sus enormes Battlepods.

Su tripulación de apoyo la tenía sentada apropiadamente y lista para ser rodada y lanzada. Cuando Marie se sentó examinando los calibradores e instrumentos e indicadores en su tablero, no se daba cuenta cómo se parecía a una Juana de Arco esbelta, de mirada penetrante en su armadura.

Extraño, cavilaba. No es como pensaba que sería. Estoy preocupada pero no nerviosa.

La tripulación con trajes espaciales de distintos colores por sus puestos corrían de un lado para otro, asegurándose el armamento y las naves motrices, o corriendo para tomar sus lugares en los equipos de los lanzadores. Ellos, también, tendían a ser jóvenes, una parte de la nueva generación de la Robotechnology, llevando responsabilidades sobre los hombros y enfrentando peligros que los convertían en adultos aunque la mayoría de ellos todavía estaba en la adolescencia. Incluso en tiempos de paz, la muerte era una parte de casi todo crucero, y el más pequeño accidente podría costar vidas.

Los Leones Negros despegaron y se colocaron en formación; las naves enemigas giraron hacia ellos pero alterando el curso en el

último momento, lanzando sus propias naves más pequeñas.

"¿Qué son esas cosas?" El alférez Snyder, cuyo nombre clave era Belleza Negra, gritó cuando los combatientes enemigos aparecieron al alcance visual, ya disparando.

Desaparecidos estaban los nombres clave de números simples de una generación anterior; la Tierra era una hegemonía feudal de ciudades estado y estructuras regionales de poder, atadas prácticamente por lealtades medievales, bajo el puño de hierro del GTU, y las fuerzas armadas del planeta lo reflejaban. Así lo hacía la armadura de los caballeros de ultra tecnología de la Cruz del Sur, incluyendo el propio casco de Marie, con sus cuernos estilizados.

"Cállate y ve por ellos!" Marie contestó bruscamente; odiaba la charla innecesaria en una red táctica. "Y permanece con tus elementos!"

Pero ella no culpaba a Belleza Negra por estar sobresaltado. Así que, los Zentraedi están de regreso, pensó. O alguien muy parecido a ellos.

Los objetos no identificados que estaban agrandándose ante los Leones Negros eran siluetas blindadas sin cara casi del tamaño de los invasores extraterrestres quienes aparecieron en 1999 para atacar mortalmente a la Tierra y empezar la Guerra Robotech. Éstas eran diferentes, sin embargo: Eran de aspecto Humanoide, aunque a modo de insecto; los Battlepods Zentradi eran como avestruces de aleación sin cabeza cubiertas de cañones.

Además, estas cosas conducían deslizadores rápidos, maniobrables en forma de platillo, como extrañas naves de guerra andantes conduciendo plataformas a chorro de agua.

Pero éstas eran rápidas y letales, cualquier cosa que fueran. Las naves que se deslizaban se zambullían y cambiaban el vector, pródigas en su poder, ejecutando maniobras que parecían imposibles fuera de la atmósfera. Hasta hoy eso siempre había sido una especialidad Veritech.

Cerca de veinte de los intrusos se lanzaron hacia una docena de los Leones Negros, y el combate aéreo comenzó. Habían pasado quince años desde la última vez en que los humanos y los extraterrestres habían peleado, y las plegarias satisfechas que eran paz estaban de repente evacuadas.

Y los agonizantes no habían cambiado.

El pequeño volumen del espacio, sólo un conjunto abstracto de coordenadas, se convirtió en el nuevo campo de muerte. Veritech y Bioroid daban vueltas y se atacaban uno a otro, disparaban o esquivaban dependiendo de quien tenía la ventaja, maniobraban furiosamente, y regresaban por más.

Los extraterrestres disparaban armas de energía extremadamente poderosas, la mayoría con frecuencia desde los pesados paquetes de sistemas que se encontraban ante ellos en su roda de control. Eso le daba a los Leones Negros el extraño sentimiento de que una horda de esquiadores sobre agua metálicos gigantes estaba tratando de destruirlos.

Pero la disposición sólo parecía divertida; rayos incandescentes destellaron desde los proyectores de la roda de control, y tres aviadores del TASC murieron casi al mismo tiempo. Las plataformas en forma de platillo giraron para buscar una nueva presa. Esta vez demostraban que podían disparar desde aberturas en los cuerpos de sus platillos tanto como desde los albergues en la roda de control.

"Belleza Negra, Belleza Negra, dos naves no identificadas detrás de usted!" John Zalenga, quien era conocido como Caballero Blanco, gritó la advertencia. "Pasen a turbo propulsión!" Marie prestó una mirada rápida a su pantalla de comunicación, y vio el casco de semblante blanco de Zalenga con sus aspas en la frente a un lado de una pantalla dividida, el adorno en la cabeza de color ébano de Snyder, como el de un campeón musulmán con turbante, cubierto con velo en el otro.

Pero antes que Snyder pudiera hacer algo sobre su dilema, los dos estaban sobre él, su fuego cruzando de un lado a otro en la cola de su VT. Marie escuchaba el combate en vez de verlo, porque en ese momento causaba el disparo que deseaba en un deslizador extraterrestre que se precipitaba.

La potencia ofensiva del VT había cambiado en una generación: desaparecidos estaban el autocañón y sus proyectiles transuránicos agotados. Las series de láser amplificadas enviaron pulsos de poder destructivo a través del vacío. La plataforma-platillo blindada y el jinete extraterrestre blindado desaparecieron en una nube de flama y metralla.

La mirada de Marie estaba fija y abstraída detrás de su visera teñida. "Perdimos a Belleza Negra; el resto de ustedes empiece a volar de la forma que se les enseñó! Empiecen a volar como Leones Negros!"

Aparte de unos pocos conflictos menores en las fronteras, los VT's de la generación de Marie nunca antes habían volado en combate. Ciertamente, la Escuela de Combate Aéreo no era nada como esto: fuego enemigo de verdad y amigos de verdad siendo hechos hilachos de carne y cenizas chillantes, con la próxima descarga viniendo hacia ti.

Pero la voz de Marie y su entrenamiento puso a los Leones de nuevo en control. Los sobrevivientes retrocedieron en pares cerrados, cubriéndose uno a otro al mismo tiempo que los Bioroids regresaban por otro vuelo de bombardeo.

"Pasando a modo Guardian", Marie se mordió los labios, su aliento irritando un poco en la máscara de su casco. Todos ellos estaban arrastrando exclamaciones en la maniobra descontrolada del combate aéreo; como lo entrenaron, amarraban las piernas y apretaban las secciones medias para mantener la sangre en sus cabezas, cuando era necesario. Los gruñidos y bufidos por los respiros hacían sonar a la red táctica de los Leones Negros como si se estuviera realizando algún juego de la cuerda desesperado.

Marie empujó el trío de palancas a la vez; su VT empezó el cambio.

Ninguna de las complejidades de la mechamorfosis le importaba mucho a la joven líder VT con un cielo lleno de objetos no identificados acercándose a ella. Todo lo que realmente importaba a Marie era que cuando requiriera la configuración Guardian de su nave, la orden fuera acatada.

Podía sentir la nave moviéndose y cambiando de forma a su alrededor, los módulos deslizándose y las partes estructurales reacomodándose, como algún origami mecánico fantástico. En momentos, el Veritech se volvió Guardian, una figura gigante como un cruce entre un guerrero y un crucero de combate espacial, un águila pulida de la Robotechnology.

"Te tengo cubierto, Caballero Blanco", le dijo a Zalenga. "Aquí vienen". Los mecha de combate de los Maestros se abalanzaron

sobre ellos, los destellos de su fuego iluminando los ojos de insecto inexpresivos de las torretas-cabeza de los Bioroids.

Pero la próxima justa de paladines de navegación espacial era muy diferente de la que había pasado antes. El Guardian tenía casi la velocidad de un Veritech, pero la maniobrabilidad aumentada y la potencia de fuego que provenía de llevarlo más cercano a forma antropomórfica. Más o menos la forma de los Bioroids.

Pero en mayor grado, Marie Crystal pensó en su nave a través de su cambio y sus movimientos. El secreto de los mecha Robotech se hallaba en el casco del piloto - la "gorra que piensa", como éste había sido denominado. Los receptores ahí captaban los impulsos del pensamiento y los transformaban en los movimientos del mecha. Ningún otro sistema de control podría haber dado a una máquina esa clase de agilidad y destreza de combate, la cual parecía más como la de un ser viviente.

Marie esquivó el fuego de un deslizador, con precisión esquivando la del acompañante de la cosa, lanzándose como una libélula de superaleación. Ella controlaba su mecha con hábiles manipulaciones del voluminoso motor-controles-controles de manos y pies ahí en la cabina-pero más importante, pensaba en su Guardian a través del combate. El reflejo mental era la clave para la guerra Robotech.

El Bioroid principal estaba disparando a un lugar que el Guardian de Marie ya no ocupaba. Ella lo destrozó con una casi austera ráfaga de fuego intenso, un guión de fuego de nova que se había ido casi antes de que empezara. El Bioroid estalló hacia fuera en una muerte de bola de fuego.

Ella esquivó la andanada de cañón sustituta del Bioroid, también, y se abrió paso entre ésta para fijar al mecha extraterrestre en el retículo de la mira de su arma y disparó. El segundo Bioroid era una fortaleza articulada-de antebrazos inflados, de piernas infladas-en un momento, y una nube de gas supercaliente por la entropía en el próximo.

Los otros Leones Negros no eran lentos en aprender las nuevas tácticas. Algunos pasaron a modo Guardian, y uno o dos a Battloid-el equivalente Veritech de los Boiroids-mientras uno o dos permanecían en modo Fighter. Los Bioroids sencillamente no

podían adaptarse al conjunto variado de mecha de guerra Terrestre de repente enfrentándolos.

La situación se invirtió, y era el mecha invasor el que desaparecía en esferas de explosión blanca caliente. Luego se volvió aparente que habían tenido suficiente; como escarabajos grasientos, escabulléndose, los dos o tres sobrevivientes se agacharon sobre sus rodas de control y huyeron.

Un controlador del crucero de los Leones llegó hasta ellos justo en el momento que estaban preparándose para realizar la mechamorfosis y perseguir al enemigo hasta que no quedara ninguno.

"Equipo León Negro, rompan el contacto! Todos los Veritechs, rompan el contacto! Déjenlos ir por ahora, Leones, y regresen a la nave enseguida".

Las explosiones que se inflaban empezaron a morir a lo lejos; Marie se reunió con su unidad pausadamente, disfrutando el dominio del campo de batalla.

Pero ella sabía que las tácticas con que los Leones habían ganado este combate del día podían no ser tan efectivas la próxima vez. Y sabía, también, que la fuerza que su equipo había enfrentado era probablemente un número insignificante en términos de la fuerza total del enemigo.

Ella rechazaba la idea. Hoy fue una victoria; la humanidad sitiada, arrojada otra vez dentro del ojo de la tormenta de la guerra Robotech interestelar, tenía que reaprender la habilidad de tomar las cosas un momento, una batalla, un respiro de vida a la vez.

Capítulo 4

Fue Bowie a quien legalmente había tomado como mi protegido, estando sus padres entre mis amigos más cercanos, pero fue con frecuencia Dana quien me dio motivos más importantes para preocuparme. Con su origen combinado y la pena que a veces tenía por eso, a menudo dudaba entre dos modos distintos de comportamiento, el severamente militar y el violentamente antiautoritario.

Y, ninguno de nosotros sabe realmente lo que Lang, y después Zand, estaban haciéndole en esos experimentos cuando era una pequeña. Sospechamos que tenía que ver con la Protocultura, y la puesta en marcha del lado extraterrestre de su naturaleza.

Pero Zand sabe una cosa: él sabe lo cerca que estuve de matarlo con mis propias manos ese día cuando fui a quitarle a la pequeña Dana. Y si alguna vez le pasa algo por lo que le hizo, los temores de Zand serán confirmados.

*Del diario personal del General de División Rolf
Emerson*

Como la mayoría de las instalaciones militares de la Cruz del Sur, el lugar era espacioso. Los ataques devastadores de los Zentraedi se habían encargado de que la Tierra no tuviera problemas con la densidad de población por algún tiempo en adelante.

Este era un cono grande, truncado, un edificio bien ventilado de vidrio azul ahumado y tejado azul destellante, colocado sobre una estructura de aleación coloreada de azul. La arquitectura tenía un

aspecto de arte decorativo nostálgico en éste. Era grande aunque servía sólo como cuartel para relativamente pocas personas; mucha del área sobre el suelo estaba llena con almacenamiento de partes y equipo y áreas de reparación, depósito de armas, cocina y comedor e instalaciones de lavabo, y así sucesivamente. En algunos aspectos era un mundo independiente.

Subido en su fachada estaba una ampliación enorme de una unidad de blasón, el del Cuerpo Blindado Táctico Alpha, los ATACs, y debajo de éste la designación del escuadrón: 15.

El blasón era lujoso, casi rococó, con león y unicornio rampantes, corona, grifo, estrellas, escudos, y demás. El observador tenía que mirar atentamente para ver que un componente de lo que se suponía eran machetes cruzados se veía más como... orejas de conejo. El 15to tenía un pasado viejo, heroico, altamente condecorado pero una reputación por problemas, y por diabluras también. El origen de las orejas de conejo en su heráldica tenía un centenar de versiones distintas, y hasta cierto punto posiblemente ninguna de ellas era verdadera.

Dentro, en una unidad de sala de preparación, había un nivel poco común de algarabía teniendo lugar, con casi un aire conmemorativo. La misma alarma que había desbaratado los procedimientos del día de graduación de Dana, ya que la noticia venía del ataque del espacio, le había quitado a los ATACs una posición de tiempos de paz.

Dana y Bowie habían pasado una semana con el 15to, preparándose para el ataque complementario que nunca llegaba. Pero al menos no había más peleas por detalles bobos de cómo hacer el trabajo o trabajos aburridos de la lista de obligaciones; el 15to se había asegurado que estaba listo para partir, luego se le había ordenado ocupar puesto de guardia y permanecer en el cuartel conforme a órdenes adicionales.

En términos civiles, era algo como un pequeño triunfo en la lotería. Los soldados del 15to estaban durmiendo la siesta o leyendo o charlando cordialmente a otros o viendo videos. Bowie Grant estaba perdiendo el tiempo en un piano vertical antiguo que alguien había buscado entre la basura para el 15to más de una década antes; a base de trabajo esmerado había conseguido afinarlo de

nuevo, y ahora lo tocaba con los ojos cerrados. En la correa de su torso y en la insignia de su brazo estaban los blasones del 15to.

Cerca de él, Louie Nichols escuchaba indiferentemente la música mientras limpiaba y reensamblaba una pistola láser. La música de inductancia sináptica totalmente sintetizada con efectos sensoriales simultáneos mejorados era mejor para la preferencia de Louie; el larguirucho cabo era una clase de técnico genio inconformista entregado al arreglo y la obsesión interminables con los artefactos.

Sin embargo, Louie llegó a la conclusión de que, la música de Bowie no eran tan mala para esa cosa de tecnología pasada de moda. Bowie tenía suficiente simpatía después de una semana en el 15to, pero todavía tenía un poco de persona excéntrica, como el mismo Louie. Un tipo que miraba al mundo a través de gafas grandes, cuadradas, considerablemente teñidas-pocas personas habían visto los ojos de Louie, incluso en la ducha. Louie había llegado a la conclusión que Bowie era un inadaptado y por lo tanto un poco de un alma semejante, y Dana era un poco de lo mismo. Así que se había interesado por los soldados más nuevos del 15to.

Otros también los habían aceptado, sin embargo había un poco de distanciamiento hacia Dana; ella había sido asignada como el nuevo Oficial Ejecutivo del 15to desde que el antiguo Oficial había sido hospitalizado luego de una lesión en una maniobra de entrenamiento. Todo era perfectamente habitual, desde que ella había sido nombrada fuera de la Academia, pero-ella era la primera mujer en el 15to, una de las primeras en el ATAC.

Dos soldados estaban matando el tiempo con un juego de ajedrez. "Escuchaste la última noticia?" el más pequeño preguntó casualmente. "Nuestro Oficial de Mando va a estar en prisión militar por un tiempo".

Su gran oponente, corpulento se encogió de hombros, todavía analizando el dilema de su alfil. "Es muy malo que Sean sea tan mujeriego-muy malo para él".

"Él no debió haber hecho proposiciones amorosas a una oficial superior", dijo el primero.

Un tercero, quien había estado observando con interés, aportó, "Sean simplemente no estaba en sus cabales, o lo hubiera sabido por experiencia. Simplemente no vas a echarle mano así a la hija de un

coronel".

No, en verdad; especialmente cuando la hija misma era una capitán. Pero el rumor era que el apretón se había vuelto bastante bueno y que la reacción inicial era favorable, hasta que el Oficial del ATAC del Día hizo un recorrido y encontró mobiliario del ejército siendo colocado para un uso altamente desautorizado, como era usado, por personal del ejército quien estaba supuestamente de guardia. Fue aproximadamente entonces que la hija del coronel empezó a gritar por ayuda.

Fue un breve consejo de guerra, y la noticia fue que el Teniente Phillips se la pasó sonriendo durante éste. Un torrente constante de cartas y paquetes de asistencia y refuerzo, enviados por otras admiradoras, estaban animando su permanencia en la prisión militar.

El Sargento Angelo Dante, enfrascado en una conversación por su cuenta, bufó, "Aw, todo lo que ella es es una adolescente presumida, sabelotodo!" Él había servido bajo las órdenes de Sean por un tiempo, y estaba resentido por verlo reemplazado. Estaba tan preocupado con eso que no se dio cuenta que la puerta del recibidor se había deslizado para abrirse y que la sustituta estaba parada ahí.

"Por qué, Angelo, dices las cosas más dulces", una alegre voz femenina dijo burlonamente. Todos prestaron atención, sobresaltados, para ver a Dana posada atractivamente en la entrada. Las estrellas del ascenso ya no estaban en la correa de su torso; había sido ascendida de Oficial Ejecutivo temporal-una clase de entrenamiento en el puesto-al puesto de Oficial de Mando, ahora que Sean iba a estar gastando algún tiempo jugando hockey con piedras allá en la prisión militar.

Bowie se levantó del piano con una sonrisa en su cara. "Felicidades, Teniente Sterling", dijo con encanto sincero, tanto como le disgustaba el ejército.

Nadie se molestó en llamar la atención, el 15to era un tipo despreocupado de lugar bajo las órdenes de Sean. Pero hubo unos pocos silbidos y murmullos favorables por la postura de Dana, y Evans, el sargento de abastecimiento, levantó un pichel de café hacia Dana desde su lugar en una banqueta en el (actualmente sin bebidas alcohólicas) bar. "Un brindis! A la más mona subteniente en

los ATACs!" dijo, pronunciándolo AY-tacks.

Otras voces apoyaron el sentimiento. Dana se paseó hacia Angelo Dante con un modo de andar seductor, con movimiento de cadera. "Qué pasa, Angie? No crees que soy lo suficientemente ruda". Ella le dio una sonrisa indolente y la mantuvo ahí al mismo tiempo que le dio una patada rápida en la espinilla.

Angelo estaba completamente sobresaltado, pero apenas dejó salir un gruñido; él era un hombre alto, musculoso, bien conocido por su fuerza y habilidad para aguantar el castigo. Dana permitió a las carcajadas y los abucheos continuar por unos pocos segundos mientras el 15to se burlaba de Angelo por haber sido tomado desprevenido. Angelo se frotó la espinilla y le refunfuñó echándose para atrás, pero por dentro estaba de repente revalorando su opinión de la "Señorita Cadete", como él había estado llamándola.

Dana cruzó hasta las ventanas, luego se volteó hacia ellos, cruzando por los silbidos y abucheos. "En formación! Rápidamente!"

Hubo un confuso momento de incredulidad, luego el 15to se movió deprisa para estar en posición de firmes en dos líneas precisas, mirando hacia ella. "Ahora qué está tratando de probar?" Angelo escuchó a alguien murmurar.

Dana los examinó por encima, las manos entrelazadas en su espalda. Esperó unos pocos segundos en silencio absoluto, luego dijo, "Saben, he estado pensando mucho en esto. Y he llegado a la conclusión que este escuadrón es aburrido. Definitivamente lindo, pero aburrido".

Caminó a lo largo de la línea de enfrente, inspeccionando su nuevo mando. "Sin embargo, creo que todavía hay esperanza para ustedes, así que prepárense para salir!"

Ella había llegado hasta el final de la línea de enfrente, donde Angelo estaba de pie mirándola encolerizadamente. "Estás pensando en algo, Angie?"

Él dijo, con los labios apretados, "Podría estar equivocado sobre esto, pero no estamos en deberes de preparación para contraataque esta semana?"

El escuadrón preparado para contraataque era una clase de bomberos, listo para desplazarse enseguida si cualquier problema ocurría, en la base o en otro lugar. El hecho que tenía que estar listo

para entrar en acción en un momento significaba que la fuerza preparada para el contraataque usualmente mantenía todo el personal en o directamente cerca de su cuartel.

Pero Dana le dirigió una mirada desdeñosa. "Qué tiene que ver eso con un ejercicio de entrenamiento?"

Eso realmente no estaría rompiendo una regla, pero estaría manipulando la interpretación de alguna. "Bueno, no hemos recibido permiso oficial del Cuartel General de regimiento".

Si había un lado Humano divertido, cálido en ella, había un lado amazona Zentraedi que respiraba fuego, también. Los ojos de Dana se entrecerraron y las ventanas de su nariz se ensancharon. "Si está buscando ser degradado a soldado raso, Dante, sólo siga haciendo lo que está haciendo! Porque yo doy las órdenes aquí y ustedes las obedecen!"

El usualmente rudo Angelo inesperadamente rompió en una sonrisa. "Si usted lo dice, Teniente". La solución más sencilla era darle a la niña libertad de acción, e incluso animarla un poco sin ser demasiado obvio al respecto.

Dana enseñó los dientes apretados y el 15to reunido se preguntó silenciosamente si el vapor iba a empezar a salir de sus orejas. "Si tiene algún problema, Sargento, tal vez debo mandarlo a que le perforen su Tarjeta del Capellán. O simplemente está resentido de recibir órdenes de una mujer?"

Eso irritó a Angelo, quien pensaba ser un poco anticuado, pero no quería ser señalado como sexista. Él respiró profundamente. "No es eso en absoluto, Teniente, pero con todo este problema allá en Liberty y en la Base Luna-y si algo pasa y no estamos aquí?" Él le dirigió una sonrisa condescendiente.

Dana estaba furiosa. Dante evidentemente no pensaba que ella era apta para estar al mando, para ocupar el sitio del elegante, despreocupado Sean Phillips. Así que el 15to respetaba sólo a los oficiales con un rasgo desenfrenado, oficiales que eran unos temerarios? Ella les demostraría que Dana Sterling podía dirigir el grupo!

"En ese caso, Sargento", ella dijo, sonriendo satisfecha, "por qué simplemente no se sienta aquí y da vueltas a sus pulgares? El resto de ustedes, vayan a sus Hovercycles! Avancen!"

Ella está actuando como si todo esto fuera un gran picnic, Angelo vio. Sólo espero que no nos meta a todos en problemas.

Pero al mismo tiempo que el 15to se lanzaba por la percha de descenso, gritando y chillando, Angelo estaba justo con ellos.

La percha de descenso era una clase de escalera en esqueleto que, como una banda transportadora o elevador, se movía hacia abajo continuamente, un poste de los bomberos de nuestro tiempo que daba rápido acceso a los vehículos motorizados debajo del nivel del suelo.

En el primer nivel de vehículos motorizados, los soldados saltaron de la percha de descenso con diestra facilidad, justo antes que ésta desapareciera a través de una abertura cuadrada en el piso, en dirección hacia el siguiente nivel hacia abajo, donde estaban guardados los Hovertanks.

El 15to se lanzó hacia sus Hovercycles, vehículos con efectos de superficie de un asiento construidos para la velocidad y maniobrabilidad. Dana saltó a horcajadas sobre su asiento, agarrando el manubrio. "Patrulla de reconocimiento en el sector G, caballeros!"

Ella se puso sus gafas en su cara, aceleró el motor. "Vamooooo!" El 15to se lanzó a gran velocidad tras ella, haciendo yahoo y dando gritos rebeldes.

Dana reía, regocijándose. Y quién dijo que un ejercicio de entrenamiento no podía ser divertido?

Primero se introdujeron a través de Ciudad Monumento en un paseo que enviaba a los peatones civiles a echarse a correr por seguridad. Los Hovercycles rugían arriba y alrededor de las rampas de acceso y los cruces en trébol, colados a través del tráfico, y metidos unos con otros en duelos en las curvas. Los soldados se gritaban unos a otros y chillaban su ánimo a Dana, quien había tomado la delantera.

A ella le gustaba esto, le gustaba establecer el paso y escuchar a sus hombres dándole ánimo. "Vean si pueden mantenerse a mi altura, muchachos!" Ella dio un arrebato de fuerza de impulso,

saltando la baranda para aterrizar sobre una rampa de entrada más elevada arriba y a varias yardas de distancia. Estaban dirigidos en el camino incorrecto, contra el tráfico que se aproximaba.

De algún modo, nadie murió; los Hovercycles saltaban los coches hábilmente con el impulso de sus propulsores, y los coches civiles que iban dando tumbos se las arreglaban para no aniquilarse unos a otros mientras torcían para evitar a los soldados. Éstos eran amenazados con los puños, y les decían groserías, pero los soldados de la Cruz del Sur estaban sobre todo eso, literal y figuradamente.

Luego estaban sobre una carretera de mayor tránsito, para una carrera de velocidad sobre planicie en las tierras desiertas en las afueras de Ciudad Monumento. Restos Zentraedi oxidados de la Guerra Robotech manchaban el paisaje. Esta área particular todavía no se había recuperado de la descarga extraterrestre que había devastado casi todo el planeta cerca de diecisiete años antes; se veía más como la luna.

"La Base Fokker está a sólo unas millas más", Dana gritó sobre el viento y el sonido de los motores. "Nos detendremos allí!"

Al mismo tiempo que Bowie pasaba el recado, ella pensó sarcásticamente, Todo esto de estar al mando es tanto trabajo. Luego rió en voz alta en el impetuoso viento.

Marie Crystal y sus Leones Negros se estaban relajando en la cafetería del escuadrón cuando el chillido de los motores de los Hovercycles se aproximó. Los pilotos VT justo habían terminado una tarde de vuelos de bombardeo de blancos.

Dana alcanzó a detenerse con un estruendo de potencia de propulsor y ráfaga de polvo y escombros. Ella saltó de su Hovercycle al mismo tiempo que el 15to se detenía a su lado. Ella miró la enorme base; Fokker no estaba lejos de los montículos hechos por el hombre que cubrían los caídos SDF-1, SDF-2, y la nave insignia de Khyron el Traidor.

El lugar era el hogar de la Fuerza Aérea Táctica y las Unidades Cósmicas junto con los Veritechs del TASC, además de instalaciones

experimentales y un complejo industrial. Era también un nexo de comunicaciones y cuartel general de mando regional.

Dentro de la cafetería un piloto VT con un corte de pelo mohawk inspeccionaba al 15to a través de una ventana de plástico moldeado. "Oh, parece que ya salió la escuela".

Dana estaba contemplando a los pilotos ahora. "Oye, las águilas están siendo guiadas por una paloma, no?" dijo un León con aprobación.

Marie se puso las manos sobre las caderas e hizo hmm. "Más como pavos siendo guiados por un ganso", ella se mofó.

Dana dejó a sus hombres entrar y fue confrontada por la Teniente Marie Crystal. Dana saludó, y Marie gritó, "Diga su misión".

Dana se dio cuenta que la alfombra de la hospitalidad no fue sacada. Siempre había habido rivalidad entre los TASCs y los ATACs; sus VTs y Hovertanks tenían algunas capacidades Robotech en común y por lo tanto a veces terminaban con responsabilidades de misión que coincidían. Había fuerte desacuerdo sobre cual mecha era mejor en este modo o aquel, y cual era el superior en todas partes. Más de unos pocos puños habían volado por el asunto.

Esta era la primera vez que Dana se había topado con tal hostilidad, sin embargo. Ella había escogido los Hovertanks porque, ella estaba segura, eran los mechas más flexibles, y formidables antes inventados, así que no estaba a punto de aceptar conversaciones arrogantes de algún conductor VT de autobús.

Dana se identificó, luego pronunció en forma lenta, "Ha sido un duro viaje y un camino polvoriento. No tendrías por casualidad un poco de licor por aquí, tú, camarada?"

Eso tenía al 15to riéndose a carcajadas y a los Leones Negros sofocándose con su café. Las cejas de Marie Crystal se juntaron. "Qué haces, niña, escaparte de una película del oeste? No sabes cómo se supone que se comporta una comandante, incluso la comandante de un grupo de coches infantiles?"

Ahora Dana estaba molesta, también. "Mi escuadrón ha tenido más menciones por excelencia de las que tú podrías meter en tu postquemador!. Número uno en cada ejercicio de entrenamiento y juego de guerra en que siempre ha estado presente!"

Marie sonrió complacientemente, de modo exasperante. "Los juegos no prueban nada; sólo el combate lo hace".

Dana llegó a la conclusión que las cosas había llegado demasiado lejos. El 15to y los Leones estaban observándose unos a otros, algunos de ellos frotándose sus nudillos pensativamente.

Dana se volteó para marcharse, pero devolvió sobre su hombro, "Mi unidad nunca daría la espalda en un combate real, Teniente".

Sus soldados empezaron a seguirla, pero uno de los aviadores VT-Eddie Muntz, un tipo pequeño de cara apretada con una reputación de alborotador-se levantó. Llamó tras ellos, "Oigan, esperen! No quieren una taza de café?"

Royce, un soldado alto, flaco que llevaba puestos unos anteojos de monturas con cuernos, se volteó para decirle que no gracias. Él recibió la mayor parte de una taza llena que fue arrojada en su cara.

Eddie Muntz estaba de pie riendo, respirando con dificultad, "Nada como una buena taza de Java, siempre lo digo!" Estaba tan desternillado que no vio lo que se dirigía en su camino.

"Prueba esto", Bowie Grant lo convidó, y marcó a Muntz con un gancho que lo envió estrellándose a través de la mesa. A Bowie no le gustaba el ejército, o la violencia, pero la crueldad sin sentido era algo que sencillamente lo enfurecía.

Un par de Leones ayudaron a Muntz a levantarse, uno de ellos refunfuñando, "Así que, los niños quieren jugar rudo".

Muntz se limpió la sangre de su labio partido. "Bastante bueno para alguien en régimen de guardería", admitió. Luego se lanzó en el aire para abordar a Bowie.

Pero Bowie estaba preparado para él; el soldado del ATAC agarró un punto de apoyo del uniforme de Muntz al mismo tiempo levantando un pie y colocándolo en la articulación donde la pierna se une con el abdomen. Bowie cayó hacia atrás al piso, rodando, jalando a su oponente con él, y empujándolo con el pie que estaba en la sección media de Muntz. Era justo como Bowie había sido enseñado en las clases mano a mano de la Academia; con un grito desesperado el bromista iba volando en el aire sobre la cabeza de Bowie.

El único error de cálculo de Bowie fue que Dana estaba justo en la trayectoria de Muntz. El piloto VT chocó de cabeza con ella y la

empujó al piso. Ellos estaban tendidos en un nudo de brazos y piernas, con Dana lanzando gritos al aturdido Muntz para que se quitara de encima.

La búsqueda nerviosa de la mano de Dana encontró una pieza de metal, una pata de mesa que había rodado ahí después de la primera caída de Muntz. Ella la agarró justo al mismo tiempo que el piloto VT sacudió la cabeza y se puso de pie para enfrentar a Bowie de nuevo.

Su suerte no fue mejor de ninguna manera esta vez. Bowie estaba apenas fuera de la Academia, joven y rápido y en buena forma. Él lo conmocionó de regreso con un gancho de izquierda, y Muntz terminó chocando contra Marie Crystal atrás sobre un sofá, tumbado en su regazo. Mientras Marie golpeaba su cabeza y le gritaba para que se quitara de ella, el alboroto se había vuelto en serio.

Al mismo tiempo que las sillas eran tiradas y los puñetazos lanzados, las patadas y las llaves en las piernas se intercambiaban enérgicamente, Dana de repente se dio cuenta que se había metido ella misma y al 15to en problemas.

Y ella estaba de pie aturdidamente, viendo una imagen mental de sus barras de teniente al mismo tiempo que éstas volaban lejos en las nubes por siempre en pequeñas alas. Me pregunto si Sean tiene algunos paquetes de asistencia y refuerzo para prestar, allá en la prisión militar? Pensó.

Capítulo 5

La ocasión del primer encuentro social del 15to con los Leones Negros fue más bien menos propicia que subsecuente. Es un hecho, sin embargo, que los ATACs de allí en adelante siempre insistieron en referirse entre ellos a reconocimientos Veritech y a golpes de penetración en la jerga del fútbol, como “Los debutantes están listos para la acción.”

Zachary Fox, Jr., Hombres, Mujeres, Mechas: el Paisaje Transformado de la Segunda Guerra Robotech

Dana movía de un lado a otro la pata de la mesa, voceando, “¡Alto! ¡Detengan esto inmediatamente!” Ello no logró nada en lo absoluto.

El alboroto era una sucesión confusa de eventos de fracción de segundo; el tiempo y la distancia parecían extrañamente alterados. Un piloto de VT rubio balanceó su antebrazo en la cara de un soldado del 15to; otro de los hombres de Dana derribó al León Negro mohawk con un puntapié.

Un ATAC estaba en el suelo con la cabeza de un piloto de VT en una llave de piernas; Shiro tenía a Evans abajo y doblado del modo equivocado, dolorosamente, en un “abrazo de cangrejo.” Marie Crystal finalmente logró quitarse de encima a Eddie Muntz justo a tiempo para recibir a Louie Nichols y a un hombre de VT con quien él estaba trabado en combate atropelladamente sobre ella, derribándola en una pila de forcejeos.

Dana no podía pensar en hacer otra cosa que seguir gritando “¡Alto! ¡Alto!” y blandir la pata de la mesa. Ello no logró mucho, y ella tuvo que detener incluso eso y zambullirse repentinamente cuando un León Negro arrojado enteramente por Angelo Dante

atravesó estrellándose la enorme ventana detrás de ella.

La ventana rota dejó entrar un sonido que hizo helarse a la sangre de Dana: las sirenas de la policía. Un transporte de la PM estaba viniendo a toda velocidad por el campo hacia la cantina, todas las luces destellando. Dana se volteó y gritó, “¡La Policía Militar! ¡Hey, es la Policía Militar! ¡Larguémonos de aquí!”

Otras voces levantaron el grito, y en segundos el alboroto había terminado. Marie Crystal contemplaba mientras el 15to corría tras su líder, en vuelo rasante en Hovercycles. Dana se aseguró que todos sus hombres habían salido. “¡Sepárense! ¡Nos reuniremos en los cuarteles!” Los ATACs se alejaron zumbando en todas direcciones.

Dana aceleró fuertemente su máquina y se dirigió directamente hacia la van de la policía. Aquél estaba más cerca ahora, un vehículo abierto de efecto superficial, y ella pudo ver que allí había un robot policía de cuatro metros y medio de alto parado atrás en la caja del transporte de tropas. Dana calmadamente observaba a la distancia cerrarse; estaba resuelta a mantener a los policías militares ocupados hasta que el resto del 15to se hubiese dispersado.

El mayor de la PM parado detrás de la cabina abierta sintió temores repentinos cuando la motociclista vino directamente hacia el parabrisas de la van. Él dejó salir un graznido y sacó su arma de la cartuchera, apuntándola hacia ella con ambas manos por sobre el techo de la cabina. “¡Deténgase o dispararé! ¡Cuidado!”

Esto último fue porque Dana había aumentado la velocidad y activado sus propulsores. El mayor se zambulló por cubierta, pensando que ella iba a decapitarlo. Pero en el último instante ella levantó la motocicleta en un salto de propulsores, hábilmente alcanzando y tocando la cabeza del robot policía con la cola de la moto voladora. El robot caía hacia atrás como una secuoya que cae mientras el mayor gritaba con horror. El sonido que la máquina hizo contra esa carcaza se asemejaba a aquel de varias calderas siendo tañidas como gongs.

Los Leones Negros estaban de pie afuera de la cantina, mirando, mientras Dana les saludaba cortésmente y desaparecía en lontananza. Marie Crystal estaba de pie con las manos en la cintura,

una sonrisa felina en su cara. “Nada mal para un principiante, Teniente Sterling. Es muy prometedora.” ¡Y no ha oído lo último de los Leones Negros!

La van de la PM disminuyó la velocidad hasta detenerse. El mayor sacudió su cabeza en hastío, observando a las motocicletas del ATAC dejar senderos de polvo en todas direcciones. ¿Acaso la Academia no les enseña a estos maleantes la diferencia entre nosotros y el enemigo?

El robot yacía inmóvil, pero su visor se iluminaba con destellos rojos con cada palabra que pronunciaba. “Operador del Hovercycle identificado como la Teniente Dana Sterling,” la voz monótona anunció, “Escuadrón Decimoquinto del ATAC.” Aquel hizo algunos ruidos extraños, entonces añadió, “Recomiendo aprensión inmediata. No me siento muy bien. ¿Podemos retornar al cuartel general ahora? Tal vez usted podría darme una mano, señor. ¡Vvvt! ¡Wwarrzzzp! ¡Kktpssst! ¿Una bonificación de reenlistamiento? ¡Suena bien para mí!”

El mayor dio al robot un poco de mantenimiento de primera categoría en la forma de un bueno y rápido puntapié.

En una noche iluminada por la luna con las venas de plata de nubes en lo alto, Ciudad Monumento tenía la apariencia de un lugar transportado a un cementerio. Los despeñaderos y los picos esculpidos por el viento alrededor de ella, los enormes transatlánticos muertos y oxidados de los restos Zentraedi, la esterilidad del campo que comenzaba en los límites de la ciudad – todo ello favorecía la desesperación de Dana precisamente.

Temprano ese día ella había liderado al 15to en un paseo alocado triunfante por una rampa de acceso de concreto curva; ahora ella estaba acurrucada en un callejón debajo de ella, en una parte de la ciudad donde, ella esperaba, podría pasar por un vagabundo más.

Ubicada cerca de la pila de desechos que ocultaba su motocicleta, abrazándose para conservar el calor corporal, Dana se

sentó con su espalda contra una pared de ladrillo y trató de deducir qué hacer después. Finalmente, ella lo supo, debía retornar a la base y enfrentar los cargos que serían levantados contra ella; ella sólo quería algo de tiempo para pensar las cosas de principio a fin. Ella estaba reevaluando el concepto entero de lo que significaba ser un comandante.

Dana suspiró y levantó la vista hacia la fría y brillante como un diamante luna, y se preguntó si los Humanos –si ella– estarían luchando y muriendo allí pronto. Si había una guerra que se aproximaba, como todos decían, ella no tenía mucho que temer de la PM o de una corte marcial; el Ejército de la Cruz del Sur necesitaría demasiado a un oficial de Hovertank joven y capaz para dejarla estar en problemas por mucho tiempo. Además, estaba el General Emerson, amigo de la familia y guardián no oficial, y sin embargo ella odiaba la idea de pedir ayuda, la influencia de él podía hacer milagros por ella.

Pero ella estaría liderando a hombres y mujeres a la batalla, y a la posible muerte; ella ya no debe hacer juicios errados. Ella odiaba ser ridiculizada y obrar mal, y deseaba tanto conectarse a algo –tal vez sus compañeros de escuadrón podrían ser como la familia que ella nunca había conocido realmente.

Ella suspiró, sacando una cuenta holográfica de un bolsillo interior del uniforme. Manoseándola sin cuidado en la oscuridad del callejón, ella miró de nuevo la imagen que había visto miles de veces antes.

Allí estaba Max Sterling, el máximo piloto de VT que haya vivido alguna vez, pálido y amuchachado, con anteojos correctivos de tamaño exagerado y pelo teñido de azul. Junto a él estaba Miriya Parino Sterling, la mujer que había comandado el Batallón Quadrono élite de los Zentraedi, reducida de una gigante a proporciones Humanas por una cámara de Protocultura, una mujer con la mirada predatoria de una tigresa, y toda la belleza bruñida de un también.

Pero ellos se abrazaban mutuamente afectuosamente, y entre ellos sostenían una feliz bebé de cabellos azules. Dana.

Y ahora ellos están –¿quién sabe donde? ella pensó. Ella miró a las estrellas y meditó, como lo hacía casi todas las noches, que su

madre y su padre podrían estar más allá de la más distante de ellas. O podrían estar muertos. Pocas comunicaciones habían sido recibidas de la expedición de la SDF-3 para encontrar y negociar con los Maestros Robotech.

Dana presionó un muy pequeño interruptor, y la cuenta holográfica mostró su otra imagen. Un trío de apariencia singular estaba parado allí: Konda, alto y delgado, con cabello púrpura y una expresión que decía que él sabía algo que otros no sabían; Bron, grande y ancho, con tales manos fuertes y callosas y sin embargo tal naturaleza dulce y dócil; y Rico, pequeño y delgado pero fuerte y apasionado, de cabello oscuro y mercurial.

Dana los contempló cariñosamente; delante de ellos estaba de pie una Dana que tenía tal vez cinco años, su cabello tenía su color amarillo natural ahora, sonrisa y sosteniendo el dedo índice de Bron, bizcando porque el sol estaba en sus ojos. El nuevo –tal vez ex, ahora– comandante en jefe del 15to izó otro suspiro.

Konda y Bron y Rico eran ex espías Zentraedi, encogidos a tamaño Humano, que habían caído bajo el hechizo de la sociedad Humana. Max y Miriya partieron con Rick Hunter, la Capitán Lisa Hayes, y el resto de la expedición en la SDF-3, y existía cierto lapso de tiempo que Dana no podía explicar y había sido demasiado joven para recordar –cosas a las que aún el General Emerson no era muy próximo. Pero finalmente los ex espías, enterados que por alguna inexplicable razón Max y Miriya habían sido persuadidos de dejarla atrás, se nombraron a sí mismos sus padrinos.

Una crianza extraña ella fue. Ninguna otra persona en la historia había sido sujeta a ambas actitudes y enseñanzas, Humana y Zentraedi, desde la infancia. Los ex espías eran realmente sólo hombres enlistados, no bien educados aún para los Zentraedi, cuya historia entera y saber popular eran una mezcla de los Maestros Robotech. Sin embargo, ellos le enseñaron todo lo que pudieron sobre la gente de su madre, y la cuidaron mejor que lo que muchos padres naturales lo podrían haber hecho, a su propio modo ligeramente inepto y atractivo.

Todos los rebeldes Zentraedi –los que habían desertado hacia el lado Humano sólo para volverse contra la Tierra de nuevo– habían sido cazados cuando Dana aún era un infante, y todo el resto

excepto sus padrinos se habían ido junto con la SDF-3. Finalmente los últimos tres, sus padrinos, murieron, casi al mismo tiempo. Ella nunca estuvo segura si fue debido a alguna enfermedad terrestre o simplemente una soledad vasta; sus tres amores Humanos, Sammie, Vanessa, y Kim, habían muerto con Gloval y Claudia la tía de Bowie en la batalla final de la SDF-1. Los ex espías nunca habían buscado otros.

Con el trío ido, fue escuelas y refugios juveniles del gobierno para Dana otra vez, a menudo con Bowie como su compañero porque Rolf Emerson simplemente no podía tener a niños junto con él. Y entonces, a tiempo, llegó la Academia. Pero cuando Dana oyó amargas palabras sobre el salvajismo innato de la naturaleza Zentraedi, ella recordó a los otrora gigantes que le habían mostrado tal vida familiar feliz, al menos por un ratito.

Ella desactivó la cuenta holográfica con un golpe de su dedo pulgar, apoyando su cabeza de vuelta contra los ladrillos toscos, los ojos cerrados, aspirando profundamente por sus ventanas nasales. Allí estaban las luces distantes de apartamentos, donde las familias se estaban reuniendo para la cena después de un día de vida laborable.

Dana dejó salir su aliento lentamente, deseando de nuevo poder ser uno de ellos, deseando que las imágenes de la cuenta holográfica pudieran cobrar vida, o que sus padres volvieran a casa de las estrellas.

Hubo un gimoteo repentino y el rebote hueco de una lata vacía cerca. Ella estaba de pie, reflexivamente lista para una pelea. Pero no había ningún enemigo allí. Era, en cambio, un conocido bastante especial.

“¡Polly!”

Ella se agachó para recoger a la pequeña criatura, una cosa que se parecía a la cabeza de un trapeador, su lengua colgando. Podría haber pasado por un perro terrestre hasta que uno le echaba un vistazo más cercano. Éste tenía pequeños cuernos terminados en bulto, ojos que estaban ocultos debajo de su melena semejante a un perro pastor –pero esos no eran exactamente los ojos de una forma de vida terrestre– y los pies asemejándose a molletes suaves.

Es un pollinator (polinizador), Bron le había dicho

cariñosamente la primera vez que ella fue presentada a ello. Así es cómo ella le había dado a la cosa su nombre, aunque ella no tenía idea si Polly era macho o hembra.

Ella nunca descubrió cómo los ex espías se habían topado con la pequeña bestia pequeña afectuosa; ellos le habían prometido decirle en el “algún día” que nunca había llegado. Pero ella había aprendido que Polly era una criatura mágica en realidad.

Por ejemplo, Polly iba y venía como le complacía, no importaba si se lo encerraba o se lo ataba. Uno podía mirar a su alrededor, y Polly ya se habría ido, quizá por un ratito o quizá durante mucho tiempo. Éste le recordó a ella un poco de las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas, y más tarde, otro título de un libro de antaño con el que ella topó, El Gato Que Camina Por Las Paredes.

El pollinator fue su primer secreto de estilo adulto, desde que sus padrinos le dijeron que nunca debía mencionarlo a nadie, y ella había mantenido ese secreto toda su vida. Aparentemente, Polly era parte de cierta cosa milagrosa, pero ella nunca descubrió de qué. Polly había logrado encontrarla a través de visitas breves cuatro o cinco veces desde la muerte de Konda, Bron, y Rico.

“¿Me oíste pensar en ellos?” ella murmuró, acariciando a la criatura XT, presionando su mejilla contra ella mientras éstas lamía su cara con una muestra roja de lengua. “¿Sabías cuánto puedo usar un babeo en la cara en este momento?” Sus lágrimas brotaban sin importar cuánto ella tratase de contenerlas. “Parece que ambos vamos a pasar frío esta noche.”

Ella enjugó su mejilla, embadurnando las lágrimas y la suciedad. “No puedo creer que haya dejado salirse de control las cosas de esta manera.”

Pero de algún modo ella se sintió menos terrible. Ella logró quedarse dormida, el pollinator calurosamente acurrucado contra ella. Los sueños oscuros que le venían a ella por momentos, llenos de terrores que eran anónimos y diferentes, se mantuvieron alejados esta vez.

Pero ella tuvo su Visión extraña de nuevo, como ella la había tenido en raras ocasiones desde que podía recordar. En ella, un vórtice de pura fuerza remolinaba hacia arriba desde el planeta Tierra como el embudo de un ciclón; sólo que era un ciclón de

cientos de kilómetros de diámetro, compuesto de energías violentas estallando de un puro poder mental. La parte más alta del tornado mental se extendía más allá de la atmósfera de la Tierra, luego repentinamente se transformaba en un ave fénix incandescente, un ave de fuego de transfiguración racial.

El ave fénix crepitante y radiante extendía sus alas más anchas que el planeta, remontándose más rápido que el pensamiento a otro plano de existencia, con un grito tan magnífico y triste que Dana tuvo miedo y sin embargo estaba agarrada en la poderosa belleza de este sueño recurrente. Su Visión era otro secreto que ella siempre había mantenido para sí.

Mientras Dana se agitaba en su sueño, algo se interpuso entre ella y las luces de la calle. Eso dio paso libre a una vigilancia adiestrada que desde hace mucho tiempo se había vuelto instintiva; ella aún yacía inmóvil, abriendo un ojo sólo un poco.

Asomándose sobre ella estaba la persona de la Teniente Nova Satori de la Policía Militar Global. Respaldándola había una media docena de matones de la PM acunando escopetas recortadas. Un tipo de amanecer estaba tratando de atravesar nubes que parecían que habían sido vaciadas de la bolsa de una aspiradora. El pollinator ya no yacía contra Dana.

Nova estaba disfrutando. Ella estaba vestida con la versión de la PM azul oscuro y malva del uniforme de media gala de la Cruz del Sur, su largo cabello negro azul agitándose y orzando contra sus muslos como una capa, agarrado atrás con un ornamento técnico como el de Dana.

En los ojos oscuros y rápidos de Nova y en la cara en forma de corazón había la astucia de ambas, el policía y el soldado profesional.

“Vaya, buenos días,” dijo Nova con un ronroneo placentero. Es gracioso cómo te tropiezas con viejos camaradas cuando menos lo esperas, Dana meditó, y se puso de pie de un suave movimiento. Ella y Nova regresaron un buen trecho. Dana puso en escena su mejor sonrisa de Srta. del Ejército de la Cruz del Sur. “¡Vaya, Teniente Satori! ¿Cómo está? ¡Se levantó temprano!”

Dana emitió una risa completamente falsa al examinar posibles rutas de escape mientras Nova decía con una voz de gata Cheshire,

“Bien, simplemente bien.”

Polly no se encontraba a la vista, y no había rutas de escape. Uh-oh.

En el cuartel general de la Cruz del Sur, en lo alto de uno de los edificios que se asemejaba a los estandartes de guerra de los cruzados, el centro de comando del ejército operaba a un constante nivel febril, un baño de vapor de reportes, lecturas de sensores, análisis de inteligencia y vigilancia de largo alcance veinticuatro horas al día.

Un gran número de técnicos estaban sentados en sus consolas mientras que diversos oficiales en servicio y suboficiales pasaban entre ellos, tratando de mantener todo coherente. Sobre sus cabezas, exhibiciones visuales destellaban en el domo invertido del techo del centro de comando, mostrando proyecciones de cuadrícula de Mercator, modelos de actividad en el Sistema Solar, y actuales situaciones militares precarias.

En un tablero de disturbio, luces ominosas parpadeaban. Un técnico de operaciones cubrió su micrófono auricular con la palma de su mano y gritó, “¿Capitán? Venga a echar una mirada a esto.”

El capitán de operaciones se inclinó sobre el hombro del técnico y examinó el monitor. Allí había una mutilación total de los usuales mensajes codificados por computadora.

“No viene de la estación espacial, señor,” el técnico dijo. “Es como si alguien estuviera enviando un mensaje con el satélite de comunicaciones, ¿pero quién? Y de donde, si me entiende, señor.”

El capitán mira con ceño a la pantalla y chequeó dos veces los alfanuméricos. Entonces él giró y vociferó, “¡Traigan al General Emerson acá ASAP!” El mensaje estaba siendo retransmitiendo ASAP –tan pronto como fue posible– antes de que él hubiera terminado de hablar.

El técnico levantó la vista hacia el capitán de operaciones. “¿Qué es lo que estima, señor? Calcula que sean–”

“Esperemos que no,” el capitán lo interrumpió.

La Estación Espacial Liberty se parecía a una versión colosal del sonajero de un niño, suspendido infinitamente en el Troyano Punto Cinco Lagrange. Era el único enlace de la humanidad con la fuerza expedicionaria de la SDF-3 que había partido para o negociar un fin a las hostilidades o para abatir a los Maestros Robotech en la sumisión.

Los mensajes habían sido muy raros, pero la esperanza aún prosperaba. O al menos lo había hecho hasta que llegaron los Maestros Robotech.

Un técnico del centro de comando cubrió su micrófono y llamó a un oficial de operaciones, “Señor, tengo un gran marca no identificado.”

Pero el General de División Emerson, Jefe del Estado Mayor, Ministerio de la Defensa Terrestre, estaba en el centro de comando para entonces, y vino a inclinarse cerca del técnico y de la pantalla de suma importancia. El oficial operativo, un capitán, sabía cuando era apropiado ceder el lugar a un oficial de rango. Que era casi siempre.

Además, éste era Rolf Emerson, héroe de una docena de batallas cruciales en la Guerra Civil Global, en la Guerra Robotech, y en los Desórdenes que las siguieron. A pesar de todo eso, él era de voz baja y correcto con el subordinado de rango más bajo. La palabra era que él hubiera sido comandante supremo –hubiera sido un senador de la UEG en cuanto a eso– desde hace mucho tiempo, excepto que él odiaba los juegos políticos. A fin de cuentas él era un GI, aunque uno brillante; los hombres y mujeres bajo su comando lo respetaban por ello y los políticos y los oficiales del estado mayor supremo lo resentían, determinando que él nunca obtendría otra estrella.

Pero él era demasiado valioso para desperdiciar, así que estuvo en el lugar correcto en el tiempo justo en un día cuando la raza Humana lo necesitaba con urgencia.

“Póngalo en la Pantalla Central, por favor, cabo,” Rolf Emerson pidió quietamente.

El objeto y su trayectoria y el resto de los escasos datos

aparecieron en la pantalla central del tamaño de una cartelera. Allí apareció un único silbido suave. “Un OVNI enorme y malo,” Emerson oyó a un suboficial de treinta años murmurar.

“Rápido, también,” una mayor de inteligencia observó; ella levantó un microteléfono combinado y comenzó a pulsar códigos que accesoraron su propia cadena de comando.

“Señor, ¿piensa que esto tiene que ver con una ofensiva lanzada por la Base Luna?” el capitán preguntó.

“Todavía es demasiado temprano para decir,” Emerson rechinó los dientes. El capitán se calló.

El técnico reportó, leyendo sus instrumentos. “Según las computadoras, el OVNI es un vehículo propulsado y está en un vector de acercamiento a la Tierra, el tiempo estimado de la entrada en la atmósfera de terrestre es ciento veintitrés minutos, cuarenta segundos... marca. Contacto visual en aproximadamente tres minutos.”

“Denme una vista de esta cosa,” Emerson dijo en una voz baja y tranquila que las personas alrededor de él habían venido a reconocer como una que no toleraba ningún defecto. Las personas saltaron, balbucearon lenguajes de computadora, teclearon en almohadillas táctiles, hicieron orden del caos. Ni uno de ellos hubiera cambiado lugares con Emerson. La atmósfera en el centro de comando tenía a los oficiales y a los enlistados desatando los cuellos de sus túnicas, trabando combate con el hecho que el Evento Principal podría estar viniendo precisamente durante su guardia.

“Necesitamos ver que apariencia tienen,” Emerson dijo a una suboficial superior de transmisiones que estaba parada cerca. Ella era su especialista de interpretación de imágenes, y se puso a trabajar al instante, coordinando sensores y computadoras de interpretación de imágenes.

En un satélite de inteligencia sensor y de comunicaciones de la Cruz del Sur, las parabólicas del sensor y los mástiles de detección oscilaron y se enfocaron. La información fue alimentada y retransformada y procesada, casi mil millones y medio de dólares (prebélicos) en una tecnología trabajando a máxima capacidad para procesar datos que terminaron delante de un joven hombre larguirucho que había sido reclutado sólo ocho meses antes.

Coronel Green, uno de los más confiables subordinados de Emerson, vociferó, “¡Cabo Johnson, hábleme! ¿No tiene nada aún?”

Johnson se había acostumbrado a que el alto mando le gritase en busca de respuestas; él se había vuelto imperturbable. Él había pasado de ser un estudiante secundario extravagante de la tecnología y sobrenatural, a través de un entrenamiento básico que aún le provocaba pesadillas, a una de las pocas personas que verdaderamente entendía cómo trabajaba el equipo de la Liberty.

Así que el Coronel Green no inquietó a Johnson; él había tenido que introducir a muchos oficiales del estado mayor a los hechos rigurosos de la realidad. Los instrumentos mostrarían lo que mostrarían, o no, y sólo había limitadas cosas que los Humanos podían hacer al respecto. Lo primero que había que enseñar a los oficiales era que el gritar raramente ayudaba.

“Un momento, señor.” La suboficial de interpretación de imágenes se acercó para observar.

Johnson trabajaba en su consola furiosamente, más un mago que un técnico, y fue premiado con una imagen cruda y distorsionada. Los oficiales que observaban por sobre su hombro nunca apreciarían cuánta sutileza eso había tomado, pero el sargento mayor sí.

Entonces se había ido de nuevo. Johnson recuperó la grabación de la intersección y la colocó en la enorme pantalla principal. “Señor, tenía una visual pero la perdí. Contramedidas quizá; no lo sé. Reproducción en la pantalla principal.”

Algo estaba allí afuera, algo enorme y estúpido y se dirigía hacia la Tierra, algo con más masa que cualquier cosa que los humanos hayan puesto alguna vez en el cielo. Algo cuyos niveles de poder hizo saltar todos los indicadores fuera de escala, e hizo que todos los observadores de la Cruz del Sur apretasen los músculos de la mandíbula.

“Desearía que pudiéramos ver esa cosa mejor,” el Coronel Green murmuró. Sea lo que fuera que Johnson había recogido, era artificial y se movía rápidamente; las rayas en la imagen del sensor no les decía mucho más.

Y viene directamente hacia nosotros, Emerson meditó.

Capítulo 6

La importancia y el poder de la Policía Militar Global –la PMG– eran directamente atribuibles a la cercana naturaleza feudal de la sociedad terrestre en ese momento. La PMG constituía la única organización de ejecución de la ley verdaderamente a escala mundial, y era un control y equilibrio sobre aquellos que tenían a su disposición el tremendo poder de la Robotecnología. Como consecuencia, la PMG era una organización con su propia maquinaria de guerra, fuerzas de combate, y red de inteligencia.

Una carrera en la PMG era un camino posible para un rápido progreso personal, pero el recluta tenía que decir adiós a toda amistad exterior; tales cosas ya no podían existir para él o ella.

*S. J. Fischer, La Legión de la Luz: Una Historia del
Ejército de la Cruz del Sur*

“¿Qué podría ser esa cosa?” el Coronel Green prorrumpió. Emerson ya se le había adelantado, preguntándose qué rayos podría encontrarse en el sotavento de la luna.

“Está acelerando,” Johnson dijo. Un sudor fino había aparecido en su ceja. El símbolo de pantalla para el intruso estaba marcando su progreso con integrales viniendo mucho más rápidamente. Estaba abalanzándose sobre la Tierra rápidamente; estaba casi sobre Liberty.

Justo entonces hubo una tremenda oleada por todo el aparato sensor y de comunicación, después de la cual muchos indicadores dejaron de funcionar.

“Están jugando de veras,” Green observó.

Un operativo cercano a Johnson giró para gritar, “Señor, hemos perdido comunicación con Liberty: sonora, visual, todo en el espectro.”

“Conéctese con cualquier cosa, pero mantenga a ese bogie visible,” Rolf dijo con tono medido. Él se volvió al Teniente Coronel Rochelle, su ayudante. “Ponga a todo lo que tiene en alerta roja. Tenga todos los contraataques disponibles preparados para posible contienda armada XT. Aliste a los Hovertanks especialmente, y a los VTs. Deme todo, ¿entendido? ¡Todo!”

¡Oh, Dana, Bowie! Dios los guarde...

Él giró hacia la capitán de inteligencia, a quién él sabía era una delatora de seguridad interna. “Usa cualquier código que tengas que usar, Jackie, y consígame un telequórum de UEG, en este momento.” Ella alejó su vista de la mirada de él al instante, incapaz de encontrarla. Luego ella lamió sus labios, reubicó sus gafas, levantó un microteléfono combinado. Ella acunó el teléfono hacia ella, volviendo su espalda a los otros allí en el centro de comando, e ingresó un código.

Green apareció detrás de Emerson para murmurar ásperamente, “Si son Zentraedi, ¿realmente cree que tenemos oportunidad contra ellos?”

“No se angustie, Coronel.”

“Pero señor, ni siquiera sabemos quiénes son o lo que puedan hacer a—”

Rolf Emerson giró hacia él airadamente, luego repentinamente se aquietó. Él dio un golpe corto y seco con el nudillo de su índice contra los galones de Green, decoraciones de otra guerra y otro tiempo. Emerson vestía poco más o menos más; eran dos hombres encanecidos escuchando las alarmas, sabiendo que era el doble de la paz eterna por la que ellos habían luchado y esperado.

“Este planeta es nuestro, Ted.”

“Pero, General, no hay—”

“¡La Tierra es nuestra! Quizá son Zentraedi; ¿a quién le importa? ¡Este planeta es nuestro! Ahora vaya a ensillar todo lo que tenemos en tierra, y elabore un plan operativo rápido de despliegue, porque vamos a necesitar uno realmente severo.”

Diez días pasaron, y Dana figuró que había calculado mal su valor. ¿O de otro modo, posiblemente, sería que no iba a haber ninguna guerra? En todo caso, ella se desmoronaba en aislamiento solitario, contra toda expectativa.

Raciones duras de galleta de proteína y agua apenas la afectaban; las cosas habían sido peores, mucho peores, en muchas maniobras de entrenamiento; la prisión militar era pan comido.

Principalmente, ella dormía, y se preocupaba acerca de qué le estaba sucediendo al 15to, y miraba fijamente al exterior por la ventana de su litera. En sus sueños había una extraña procesión de imágenes, y dos veces el grito perturbador del ave fénix.

La rendija de observación de la puerta se deslizó; Dana reconoció los ojos que vio allí, y el cabello rubio y flojo alrededor de la cara. El Coronel Alan Fredericks dijo con una voz amortiguada por la puerta, “¿Las facilidades son de su agrado, Srta. Sterling?”

Dana le rizó un labio a él. “Seguro, es mi hogar dulce hogar, señor.”

Fredericks dijo, “Me complace que haya persistido tan bien durante diez días. ¿Algo que decir a su favor?”

Dana indicó su cara tiznada y su uniforme sucio. “Un baño caliente y un cambio de ropas se sentirían bien. Y quizá una manicura y un masaje facial.”

Fredericks se permitió una delgada sonrisa. “No, no —no queremos que se distraiga de la contemplación de sus crímenes, ¿o sí?”

Dana se puso de pie de un salto, sosteniendo sus manos extendidas hacia él implorantemente. “¡Por favor déjeme regresar a mi escuadrón! ¡Señor, podríamos entrar en guerra en cualquier momento; tengo que estar con el decimoquinto!”

“¡Deje de gimotear!” Fredericks le dijo a gritos. “¡Si fuese por mí, usted habría sido expulsada del Ejército de la Cruz del Sur!”

Él rió disimuladamente. “¡La pequeña Dana, la hija de los grandes héroes, Max y Miriya Sterling! Al parecer la sangre no siempre se revela, ¿no es así?”

En realidad, Fredericks era de la opinión de que la crianza si lo hacía, y estaba alegre de que esta media raza lo había probado. Pero él no se atrevía a decir tal cosa con los guardias cerca como testigos.

Dana cayó sobre sus rodillas, casi llorando, enfrentando los ojos fríos en la ranura de observación de la puerta. “Señor, se lo ruego: deme una oportunidad para componer las cosas, para probarme. Nunca deshonraré mi apellido o romperé un reglamento de nuevo, juro que—”

“¡Deje de lloriquear!” Fredericks gritó.

La verdad era, que había presión sobre él desde lo más alto para que liberase a Dana. Algo de ella venía del comandante de regimiento de ella, quien la necesitaba, y otro poco de la oficina del Auditor General del Ejército; JAG pensaba que diez días eran más que suficientes. El General Emerson había dicho unas cuantas palabras a su favor en los oídos adecuados, también.

Pero había sin embargo otra fuente de presión, una de la cual Fredericks no había sido bastante capaz de averiguar el origen. La evidencia señalaba que venía por canales civiles –desde muy alto en realidad en la estructura de poder científica y de investigaciones. Un nombre que él oyó lo tenía sorprendido y precavido: Dr. Lazlo Zand.

Zand había sido el discípulo del Dr. Lang, el sumo sacerdote de la Robotecnología. Cuando Lang se marchó con Rick Hunter, los padres de Dana, y el resto en la SDF-3, Zand se quedó. Ahora las actividades y el paradero de Zand estaban tan envueltos en misterio como para desafiar incluso los esfuerzos de investigación de Fredericks.

“Ya que usted está tan arrepentida, tal vez vea lo que puedo hacer,” Fredericks dijo a Dana fríamente. La rendija de observación se cerró.

Dana, de vuelta de pie, empujó su puño hacia arriba en el aire. “¡Yahooo!”

Había pasado menos de una hora cuando la puerta de su celda se corrió abriéndose. Dana salió al pasillo para encontrar al Coronel Fredericks dándole a ella mejor mirada feroz. Él sostenía un bastón ligero de cuero que se asemejaba a un látigo de jinete, de todas sus cosas. Parada en el lado opuesto de la entrada estaba Nova Satori.

Alguien más se estaba acercando, siendo escoltado por dos guardias cargando rifles. Fredericks había arreglado la reunión casual para ver que sucedería.

“¡Hey, Dana!”

Ella giró rápidamente, y una sonrisa soleada brilló en su cara. “¡Sean! ¿Qué estás haciendo en aislamiento? No, no me digas; tú, ah, ¿le hiciste proposiciones amorosas a la esposa de un general?”

Sean Phillips, ex comandante en jefe del 15to, le dio a ella una de sus famosas sonrisas bribonas. Él era aún más famoso como un Don Juan que como un guerrero, un joven alto, atlético de veintitrés años con un corte de pelo amuchachado y mechones largos de cabello castaño enmarcando su cara.

Sean le guiño el ojo a ella. “Nooo. Decidieron que necesitaba algo de privacidad, supongo; tú sabes cómo es cuando eres una celebridad. Además, me van a soltar mañana.”

Nova captó una señal sutil de Fredericks, y vociferó, “Cállate y sigue moviéndote, Phillips!” La mirada en la cara de ella dejaba saber a todos que ella era inmune a los encantos de él; ella había puesto a Sean en su lugar cuando él intentó su rutina de Romeo con ella. Y la segunda vez y la tercera.

Sean fue empujado dentro de la celda que Dana acababa de dejar vacante, y la puerta se corrió cerrándose. Nova dijo a Dana, “Sólo descárriese una vez más, Teniente, y ni siquiera sabrá qué le golpeó.”

Dana sofocó la réplica que vino a sus labios. “Sí, señora.” Ella saludó a los dos oficiales de la PM, puso una cara seria, y se alejó.

“No confío en ninguno de ellos, Nova,” Fredericks dijo quietamente, abofeteando su palma con el bastón ligero. “Manténgame informado de sus actividades, y de las de Phillips, también, una vez que sea liberado.”

“Lo haré, señor.”

La liberación de Dana llegó precisamente cuando el UEG hacía público las noticias de la aparición de los alienígenas. Era una declaración breve, redactada sucintamente terminando con el hecho que la nave había asumido una órbita geoestacionaria a unos treinta y seis mil ochocientos kilómetros en el espacio.

Por supuesto, el Ejército de la Cruz del Sur entero iba a pasar a alerta roja; ése era el porqué ella había sido puesta en libertad. Dana pronto se encontró en un jeep con Nova Satori y dos guardias, siendo empellada de regreso al 15to. Su comandante de regimiento quería cada Hover-tank tripulado; había cierto rumor que Sean podría conseguir una liberación temprana, también.

En una base de la Cruz del Sur, las puertas de chorro del silo estaban abiertas y el misil más poderoso de la Tierra estaba preparado. El Capitán Komodo, comandante de batallón, examinaba su instrumental. Él era un hombre ancho, de apariencia poderosa de la descendencia Nisei, hijo de padres japoneses, con un pecho lleno de medallas.

Un técnico de control de fuego lo miró. “¿Señor, hay alguna noticia sobre quiénes son estos alienígenas?”

Komodo frunció el entrecejo. “Es obvio que son los mismos que atacaron la Base Luna. Pero ahora estamos listos para ellos.” Komodo había perdido un hermano en esa incursión; él estaba hambriento de venganza.

Él giró para mirar de frente a un operador de comunicaciones. “¡Le dije que me mantuviera informado! ¿Y bien?”

El operativo encogió los hombros desvalidamente. “No hay nuevas órdenes, señor; aún estamos instruidos de permanecer en espera.”

“¡Tontos!” murmuró Komodo. “¡Tenemos que atacar ahora!” Él se extendió hacia abajo para quitar de un golpe rápido los escudos de seguridad rojos y exponer una fila de interruptores de disparo. Luego el Capitán Komodo miró airadamente al cielo, esperando.

En los Cuarteles Generales del Comando de la Cruz del Sur, Emerson estaba en el ojo de la tormenta.

“Señor, el alienígena se está trasladando a una órbita inferior,” un técnico reportó.

“¿General, por qué estamos esperando?” Green exigió. “Con todo el debido respeto, señor, debe dar la orden de atacar. ¡Inmediatamente!”

Emerson sacudió su cabeza lentamente, mirando las pantallas. “Es imperativo que descubramos quiénes son y por qué están aquí. No podemos disparar primero.”

Green hizo rechinar sus dientes. Su esperanza de que el Comandante Supremo Leonard o algún otro alto mando anulase a Emerson no había ocurrido. “¡Pero mataron a nuestra gente, señor!”

Emerson giró hacia él. “Estoy consciente de eso. ¿Pero qué pruebas tenemos de que la Base Luna no atrajo el ataque sobre sí misma disparando primero? ¿Desea iniciar una guerra que nadie desea?”

Green se tragó su réplica airada. Él tenía edad suficiente para recordar la primera aparición de los Zentraedis y su asalto desastroso.

Y así también Emerson; el general había visto suficiente guerra para temer empezar una.

En la base del misil el operativo de comunicaciones miró al Capitán Komodo. “Señor, la astronave enemiga está descendiendo de la órbita –veinte mil ochocientos kilómetros y descendiendo rápidamente.”

Komodo permaneció con los dientes apretados, los músculos de la mandíbula saltando. “¿Estás seguro que tu equipo trabaja, Sparks? ¿Que no ha habido ninguna orden de abrir fuego?”

“Afirmativo, señor.”

Los puños de Komodo temblaron. ¡Si esos cobardes de los cuarteles generales tuvieran las agallas de darme luz verde, volaría a esos alienígenas del cielo!

Con la Tierra una gema de océano azul y nubes blancas debajo de ella, la nave de los Maestros Robotech repentinamente lanzó tres objetos de color rojo arenoso de forma semejante a botellas de whisky. Sus propulsores aullaron, y se zambulleron hacia el planeta de abajo.

“Capitán, naves de desembarco de cierto tipo han dejado la nave madre y comienzan maniobras de entrada.”

Komodo miró sobre el hombro del técnico de control de fuego. “¿Ya los tienes en el radar?”

“Eso es afirmativo, señor.”

Komodo dio una palmada al hombro del hombre. “¡Bien! Quiero que las baterías A y B eliminen la nave madre primero; no lanzará ningún ataque furtivo más. Las baterías Charlie y Delta se encargarán de las naves de ataque.”

El técnico le esté mirando con los ojos muy abiertos. “¿Qué sucede? ¡Le di la misión de abrir fuego!” Komodo gritó.

“¡Pero señor! El cuartel general dio órdenes específicas de que—”

Komodo levantó al jovenzuelo desafortunado por su arnés de torso y lo arrojó a un lado. “¡Idiota! ¿Quieres esperar hasta que vuelen en pedazos al planeta entero?” Sus dedos volaban sobre la consola de control; en momentos la tierra tembló.

Los enormes y destellantes pilones –misiles Skylord– se elevaron entre fuentes de llama y humo, sacudiendo la base y el campo circundante.

Los Maestros Robotech probaron no ser infalibles o invencibles;

sin embargo vaporizaron dos Skylords con rayos de partículas cargadas, los otros dos pasaron, produciendo destellos brillantes contra la enorme nave madre.

En la Tierra, Emerson y los otros en el centro de comando miraban a sus pantallas con asombro. “Lanzamiento de misil de la Cruz del Sur confirmado, señor,” alguien dijo. “Se consideran daños graves sufridos por la nave enemiga; los sensores indican que están flotando a la deriva en el espacio.”

Emerson giró hacia sus subordinados con ira frenética. “¿Quién lanzó esos pájaros?” Hubo confusión entre ellos y, Emerson lo sabía, no había tiempo para derrochar determinando la culpa.

Ahora estamos involucrados. “¡Abran fuego! Golpéenlos con todo lo que podamos arrojar. ¡Informen al Comandante Supremo Leonard y digan a Defensa Civil que se preparen!”

“Guerra,” dijo el Coronel Fredericks, saboreando la palabra y la idea. “Mi mala suerte de estar atascado aquí cuidando un racimo de mocosos malcriados.”

“Sí, señor,” Nova contestó. Ella no estaba tan deseosa de matar o ser muerta como su superior, pero sabía que sería sabio ocultar el hecho.

“Sin embargo, la pequeña Dana verá algo de acción,” Fredericks frunció el entrecejo, abofeteando su escritorio con su bastón ligero. “Probablemente le haga bien, también.”

Él se levantó de su silla. “Bien, veamos qué podemos hacer para garantizar eso, ¿eh?”

Todos los Skylords se habían lanzado; el Capitán Komodo miraba fijamente con furia mientras las pantallas le mostraban cómo, uno tras otro, eran volados en neblinas inofensivas por las armas de energía del enemigo que descendía. No de modo sorprendente, las

naves de asalto alienígenas se dirigían hacia la fuente de los misiles que habían dañado su nave madre.

“¡Fuego!” Komodo bramó, y grupo tras grupo de misiles Swordfish montados en APCs salieron hirviendo al aire, dejando estelas blancas serpenteantes. Rayos de pulso enormemente poderosos de las naves de asalto los volaron del cielo en dúos y tríos, mientras los alienígenas se acercaban a la base.

Komodo engulló y observó a las naves de forma de botella entrar en rango visual. Él buscó a su alrededor un rifle o un lanzacohetes; él no tenía ninguna intención de correr y no tenía ninguna intención de caer sin dar pelea.

En lo alto, puertos de acceso se abrieron y mechas enemigos salieron en enjambre. Liderados por un Bioroid rojo como una visión carmesí de la muerte, los guerreros de los Maestros zambulleron sus Hovercraft y buscaron sus objetivos, disparando y disparando.

Capítulo 7

¡Hwup! ¡Tup! ¡Thrup! ¡Fo'!

¡Cuerpo! ¡Blindado! ¡Táctico! ¡Alfa!

¡Olvida a Jody! ¡Olvida a Dotty!

¡El ATAC ES DUEÑO DE tu cuerpo de estudiante!

*Marcha al paso popular entre los instructores militares
del ATAC*

En la habitación de alistamiento del escuadrón 15to, el ATAC, el Soldado Winston estaba sentado con la barbilla en las palmas de las manos y observando a sus compañeros de escuadra agriamente. “¡Finalmente, la acción se presenta –y nosotros estamos atascados aquí!”

Junto a él, Coslow, con los brazos cruzados en su pecho, asintió con la cabeza. “¿Por qué es siempre nuestro turno en el barril?”

Angelo Dante asintió con la cabeza. “Todo este magnífico talento siendo derrochado sólo porque ambos de nuestros oficiales están por casualidad cumpliendo una condena.”

Ellos ni siquiera estaban vestidos con sus armaduras. Órdenes expresas del Alto Mando decían que ningún equipo Hovertank sería permitido en una situación de combate sin un oficial comisionado –preferiblemente uno entrenado por la Academia– en el comando.

Bowie, caminando a pasos regulares, se cruzó con Angelo. “¿Por qué sólo no le dejan asumir el mando a usted, Sargento?”

Angelo suspiró filosóficamente y sacudió su cabeza. “Me encantaría, chico, pero no hay forma, ¿sabes a lo que me refiero?”

Cualquier tanquero de Hovertank conocía las instrucciones y podían actuar independientemente en una misión de combate –incluso podía tomar el comando si se llegaba a eso– pero los

Hovertanks tenían que ser capaces de hacer más. El knowhow para integrarse con otros tipos de mechas, con unidades TASC como los Leones Negros, etcétera; interpretar escenarios tácticos complejos; comprender los varios lenguajes de comunicaciones de computadora; ver, en resumen, la misión del Hovertank desde el punto de vista de un plan operativo integrado de la Cruz del Sur, y trabajar en beneficio máximo de ese plan general era algo que tomaba años de estudio –estudio que Angelo no había recibido.

Angelo levantó sus hombros, los dejó caer. “Este no es uno de los ejercicios de Dana. Habrá vidas en peligro esta vez, Bowie.”

Por no decir nada de uno de los primeros equipos de Hovertank enteramente operacionales en la Cruz del Sur, una gran inversión de tiempo y tesoro y tecnología. El arma de combate más nueva de los UEGs debe servir bien y proteger a las personas que han pagado su costo.

Louie Nichols estaba puliendo su arma de mano de nuevo. El rumor era que él había ideado una modificación desautorizada que triplicaría la potencia de sus pulsos; las personas se alejaban de él cuando éste jugaba con el arma, no queriendo estar en la mira en caso de que Louie haya descuidado algún mal funcionamiento potencial.

“Sin ánimo de ofender, Angelo,” dijo Louie, “pero estoy un muy ocupado para morir en este momento.”

“De cualquier modo, gracias por el voto de confianza, Bowie,” Angelo terminó.

Justo entonces la puerta hacia la habitación de alistamiento se separó y allí estaba parada Dana, vestida completamente con la brillante armadura de combate laqueada en blanco, negro, y escarlata, su casco en la curva de su brazo izquierdo. La armadura, toda de aleación ultratecnológica, de algún modo tenía la apariencia de un período más temprano a ella –un vuelo en la cintura y hombros ese sugería un traje ceremonial de justa y corsetería de barba de ballena.

“¡A formar!”

La boca colectiva del 15to quedó boquiabierta. Angelo se puso de pie. “Yo pensé que estaba confinada por treinta días. ¿No hablará en serio, verdad?”

Dana se dirigió a él. “Equivocado de nuevo. ¡Arriba, Decimoquinto! ¡Nos dirigimos a un punto caliente, para detener al enemigo o morir en el intento!”

Angelo soltó un profundo aliento. “Sí señora.” Pero morir al mando de una adolescente chiflada –no es exactamente el modo en que esperaba extinguirme.

Louie se acercó caminando, enfundando la pistola, los ojos ocultos en los oscuros googles. “¡Bueno, cuando el silbato toca, todos van, Angie, así que pongámonos en marcha!”

Esta vez ellos tomaron la escalerilla de descenso un nivele más profundo, saltando limpiamente entre las bahías de estacionamiento de Hovertanks mientras las luces aumentaban a su brillantez completa. Todos estaban armados ahora, lanzándose a sus naves con la seguridad del entrenamiento constante. Las luces sobre sus cabezas destellaban blanco, rojo, blanco, rojo, para indicar que el 15to estaba rodando en un despliegue de tiempo de guerra prioritario.

Los Hovertanks eran más grandes que sus contrapartes pre-Robotech, y más pesados; sin embargo ellos se elevaron ligeramente con los propulsores, girando extremo a extremo como rinocerontes haciendo cabriolas, muy maniobrables y sensibles. El 15to manejaba sus mechas con controles manuales; no había ninguna necesidad de los cascos pensantes todavía.

Las voluminosas máquinas de guerra prosiguieron mientras Dana lideraba el camino en su tanque comando, la Valkyria, subiendo rápidamente el túnel de acceso, siguiendo las resplandecientes flechas de asignación de ruta de tráfico empotradas en el pavimento.

Ellos dejaron la base y la ciudad detrás, dirigiéndose a su objetivo asignado. Los Hovertanks tomaron una formación de escaramuza precisa detrás de ella. Los faroles delanteros de los mechas, bajo el barrido descendente de la capota delantera, les daban la apariencia de cangrejos airados.

Hoy les mostraré que tengo lo que se requiere. Dana se acercó.

“El escuadrón Decimoquinto procederá ASAP al sector Q, repito, Q por Quebec.” La orden llegó por la red de comando. “Se sospecha sitio de aterrizaje alienígena. Use cautela extrema.”

“Entendido; todos saben qué hacer,” Dana dijo a sus ATACs. Pero internamente ella se sobresaltó. ¡Alienígena! ¡Yo soy media alienígena, y estoy en camino a poner mi pellejo en peligro por este planeta, que penoso!

Sí, aquí es donde pertenezco, Angelo pensó, el viento dándole duro en su cara, el tanque chillando debajo de él.

Los Hovertanks eran montajes de blindaje de calibre pesado en formas angulares y aplanadas y bordes agudos, con proas redondeadas y de pendiente hacia abajo, montando vainas de propulsores. Los ángulos, como en la armadura a lo largo de la historia, era para desviar las andanadas apuntadas a los tanques.

Los Hovertanks levantaban enormes plumas de polvo mientras se movían rápidamente hacia el sector Quebec. Mucho antes de que llegasen allí, los miembros del 15to pudieron ver que ellos habían atraído una situación acalorada; explosiones florecían mientras detonaciones arrojaban escombros elevados en la distancia, mientras rayos de energía dibujaban líneas por el aire.

Ellos llegaron a la cima de una elevación y observaron abajo un campo de batalla humeante. Dispersadas todo alrededor estaban sobras voladas en pedazos y quemándose de mechas de guerra, casi todas de origen terrestre. Un equipo de la Fuerza Aérea de la Defensa Civil estaba tripulando anticuados VTs de diez años de antigüedad. La aeronave había vuelto a la vida y asumió configuración de Battloid, pero ellos carecían del tamaño, potencia de fuego, y habilidad de combate terrestre para lidiar con el asolador mecha XT.

Una parte pequeña de la telemetría del enemigo había sido interceptada, la mayor parte de ella impenetrable. Pero usando ciertos programas antiguos de decodificación Zentraedi, los rompedores de código habían dado con lo que pensaban era la designación de las máquinas de guerra de los invasores: Bioroids.

Dana se colocó su casco pensante, el que mostraba alas graciosas a ambos lados, y una cresta curva como un arco iris de acero a lo largo de su centro. Cuando ella lo aseguró a su armadura, éste se selló y se volvió hermético; así protegida, ella podía sobrevivir a la radiación, agentes químicos, agua, vacío, presiones altas –casi cualquier entorno hostil. Las alas y la cresta le daban a ella una

apariciencia que validaba el nombre con el que ella había bautizado a su tanque, Valkyria.

“¡Aquí vamos!”

Ella aceleró la planta de poder de su tanque, luego emprendió el viaje, guiando el camino. El 15to se movió velozmente tras ella.

Abajo, los de DC la estaban pasando mal. El mecha enemigo les estaba dando una paliza terrible; mientras el 15to miraba, dos gigantes azules liderados por uno rojo, todos montando plataformas volantes parecidas a aurigas futuristas o esquiadores acuáticos alienígenas, se detenían para otra matanza.

Mientras los tanqueros se echaban a la carga, el trío de Bioroids liderados por el rojo arremetían contra dos VTs que resistían su posición en configuración Battloid. El Bioroid rojo, en liderazgo, disparó disparos rápidos y exactos con el arma montada en su varilla de control, y voló en pedazos a dos de los VTs, fácilmente evitando la mayor parte de su fuego y no dando importancia al resto.

Los Hovertanks estaban en el aire ahora. “¡Cambien a modo Gladiador!” Dana gritó por la red táctica. En medio del aire los tanques cambiaron, se reconfiguraron, se mechamorfosearon. Cuando aterrizaron, eran torretas cañoneras de dos patas, puestas en cuclillas, del tamaño de una casa, cada una con un único cañón masivo extendiéndose ante ellos. Las enormes armas eran la batería primaria del mecha, aún más poderosa que el cañón del tanque.

Los Gladiadores dispararon, hombro a hombro.. Fue como un cañoneo de la artillería más pesada. Dos Bioroids azules hicieron explosión furiosamente, luego un tercero. Otro saltó liberándose de su plataforma volante justo cuando la plataforma fue volada en pedazos. El Bioroid disparó en medio del aire, con una pistola para el tamaño del Bioroid de forma algo así como un disco gordo sostenido de canto, y se ocultó inmediatamente cuando golpeó la tierra.

Otros Bioroids ya estaban allí, habiendo visto que fuego intenso los Gladiadores podían arrojar al aire. Los alienígenas instalaron un contrafuego determinado con armas pequeñas de Bioroid.

Dana tomó un aliento profundo e hizo saltar a su Gladiador alto, imaginando el movimiento a través de su casco pensante. Ella

aterizó en un extremo de una línea de fuego Bioroid para instalar un fuego de enfilada. Pero un alienígena la había divisado, y giró para disparar. Dana despachó el primer disparo y agujereó al mecha extraterrestre por completo con una lanza brillante de energía que dejó metal fundido y fulgurante alrededor de los bordes del punto de entrada.

“¡Te di!”

Los Bioroids continuaron una resistencia obstinada y refunfuñante, pero era claro al instante que los Hovertanks Gladiadores tenían ventajas que los Veritech Battloids no tenían. Eran más grandes, más poderosos, y más pesadamente blindados, y cargaban mayor poder de fuego. Sobre el terreno, golpeando con fuerza brazo a brazo, los Bioroids habían encontrado la horma de sus zapatos.

Descargas cerradas ensordecedoras de fuego de cañón como novas martillaban de un lado a otro en el pequeño valle; los Bioroids caían, descubriendo que sin sus Hovercrafts estaban por igual con los ATACs.

La lucha de disparos se encolerizó, ningún lado ganando o perdiendo mucho terreno. Repentinamente, el Bioroid rojo saltó alto desde su posición detrás de los azules. Mostrando gran destreza, éste evitó las pocas descargas de cañón que los sobresaltados Gladiadores le despachaban, para aterrizar entre dos mechas del 15to. Aquel voló uno a quemarropa, y giró para disparar al segundo al mismo tiempo que el otro Gladiador giraba su cañón desesperadamente.

El Bioroid rojo disparó al segundo Gladiador mientras el primero hacía erupción en una bola de fuego; el segundo mecha terrícola, también, hizo una explosión que sacudió el suelo. El rojo saltó de nuevo, para continuar su imponente ofensiva.

Dana se sacudió para recobrar del shock de ello; dos soldados muertos en segundos, dos mechas totalmente destruidos, y el rojo dirigiéndose al ataque de nuevo. ¡Muy bien, Dana! ella se dijo firmemente. ¡Muéstrales lo que tienes! “¡Dante, cambien a tu equipo a modo Battloid, ahora!”

Ellos hizo lo mismo, haciendo saltar a su mecha a una mejor posición de fuego. La nave pasó por la mechamorfosis en el medio

del aire, tomando la forma de un enorme acorazado en forma de humano, un caballero ultratecnológico. La mitad del 15to se erigía ahora en forma de Battloid, el resto estaba agachado en modo Gladiador para dar apoyo de artillería.

Los Bioroids azules parecían intimidados, sorprendidos por la mechamorfosis e inseguros sobre trabar combate con las máquinas de forma humanoide. Pero el Bioroid rojo cargó el ataque otra vez, apuntando el enorme disco-pistola en Dana y liberando una descarga violenta de energía.

“¡Oh, no, no lo harás!” Ella hizo saltar su Battloid alto mientras el disparo aniquilaba la tierra donde ella había estado parada. A su comando el Battloid tomó su rifle de plasma –el que era el cañón del tanque ahora reconfigurado– en sus manos mientras éste volaba por el aire. Dana disparó en vuelo, murmurando, “¡Ahora es tu turno!”

El rojo se agachó, luego corrió para encontrarla cuando su Battloid aterrizaba con un diestro salto mortal. En momentos estaban zambulléndose en las rocas cercanas, levantándose de repente para dispararse mutuamente, luego agachándose por cubierta de nuevo, mientras el resto del 15to trababa combate con los invasores otra vez. Sin el rojo para liderarlos, el asalto de los azules vacilaba.

Pero entre tanto, Dana estaba combatiendo un duelo desesperado contra un enemigo muy capaz. Es más, ella no podía dejar de lado el extraño sentimiento de que ella conocía a esta máquina, de que sabía algo de suma importancia y fatal sobre ella. Era más fuerte que un mero déjà vu, más como una Visión enfática.

Ella divisó al Gladiador de Louie Nichols en los acantilados sobre ella. “¡Dame algo de fuego de protección, Louie!”

“¡Enseguida!” La magnificación en las gafas protectoras de Louie era la normal, y ellas estaban dejando entrar toda la luz disponible aunque eran opacas desde el exterior. Él confió en el telémetro de su tanque antes que en el telémetro de sus gafas cuando giró violentamente los mangos de dirección, imaginó el disparo a través de sus receptores de casco, y se alistó para disparar uno.

El rojo lo divisó justo cuando él apuntó, y saltó. Louie estaba tan ocupado tratando de lograr el tiro, tratando de guiar su objetivo

confinado precisamente; que él no se dio cuenta que una de las naves de asalto se había suspendido a poca altura sobre la batalla.

La ronda del cañón golpeó la parte inferior de la nave casi en el mismo centro, sacudiéndola –tal vez el evento más raro de un día bizarro. Los Bioroids se detuvieron, pareció que escucharon algo, y comenzaron a retirarse.

En momentos sus Hovercraft vinieron hacia los invasores sobrevivientes, convocándolos como perros de caza fieles. Los mechas enemigos saltaron a bordo, y aceleraron al máximo en busca de su nave. Cuando giraba para irse, el Bioroid rojo hizo una pausa para mirar a Dana una la última vez. Parecía estar mirando fijamente directamente en los ojos de ella, teniendo pensamientos que eran para ella. Otra vez ella tuvo la extraña sensación, parecida a un recuerdo imposible, que ella y el enemigo tenían cierto lazo esencial.

“¡Lo hicimos, Teniente!” Angelo expresó, exaltado, por la red táctica. “¡Nada mal para un bautismo de fuego!”

“Señor, todos los mechas enemigos y las naves de desembarco se han retirado,” Green reportó a Rolf Emerson. “Se dieron a la fuga como si no fueran a detenerse hasta que estuvieran en casa. La nave madre ha regresado a una órbita geoestacionaria. Tenía razón, General; ¡una vez otrora los corrimos y hoy lo hicimos de nuevo! Todas las unidades están en alerta amarilla y esperando órdenes.”

Emerson se volvió de su contemplación de Ciudad Monumento. “El personal de Inteligencia del G2 ha concluido, y yo concuerdo, que los alienígenas están aquí por nuestras provisiones de Protocultura, señores. Pueden estar seguros de que los veremos de nuevo.”

El Teniente Coronel Rochelle, el ayudante de Emerson, lucía consternado. El Coronel Green dijo ásperamente, “¡Déjenlos! ¡Mis muchachos y niñas están listos, cuando quiera!”

Pero eran noticias deprimentes. La Protocultura era esencial para la operación de la Robotecnología, y el aprovisionamiento de

la Tierra era limitado. Hasta donde los Humanos sabían, todo lo que quedaba de ella era lo que había quedado después de la Guerra Robotech. Los Zentraedi habían invadido originalmente la Tierra para reclamar la Matriz de la Protocultura de la nave estrellada de Zor, pero investigaciones subsecuentes habían fracasado en sacar a la luz algo. Parecía que los últimos recursos remanentes para la producción real de Protocultura habían desaparecido para siempre.

Zentraedis y Humanos por igual no estaban enterados de lo que yacía debajo de los tres montículos de entierro cerca de las ruinas de Ciudad Macross –del trío de espectros que protegía los restos de las SDF 1 y 2 de la nave de Khyron, y del único tesoro que ellas protegían.

“¿Reporte de daños?” Emerson dijo.

“La lucha fue contenida en áreas no pobladas,” Green contestó.”

“Pérdidas mínimas; el escuadrón ATAC Quince detuvo en seco los traseros de esos alienígenas, señor,” Rochelle agregó.

Emerson asintió con la cabeza. “¿El Decimoquinto, hmm? Parece que el Teniente Phillips se consiguió otra recomendación.”

Rochelle aclaró su garganta. “Él no estuvo allí, señor; no consiguieron sacarlo de la prisión a tiempo. La Teniente Dana Sterling lideró el escuadrón hoy.”

Emerson se permitió una sonrisa orgullosa. “Ah, Dana. Sí.”

El trabajo fatigoso de verificar completamente sus mechas y el equipo después de la batalla, preparándose para entrar en combate de nuevo al anuncio en un instante, era trabajo sobrio para el 15to. Ellos habían ganado, pero habían tenido pérdidas, también: muertos y heridos que fácilmente podrían haber sido cualquier de éstos que salieron ilesos.

Después de que recibieron la orden de salir de la guardia, ellos trabajaron, combatiendo cada instante y cada porción de la batalla de nuevo, repetidamente, entre ellos; recontando y argumentando, haciendo bromas y lamentándose.

Aún seguía en la habitación de alistamiento, cuando la puerta se

abrió y Sean Phillips entró, escoltado por Nova Satori. “Hola, muchachos. ¿La vida es bastante aburrida sin mí en los alrededores, ¿no es así?”

“Nos las arreglamos para mantenernos ocupados.” Louie sonrió falsamente.

Nova dijo bruscamente, “Por orden del comandante, Sean Phillips, del Cuerpo Táctico Blindado Alfa, es degradado al rango de soldado raso de segunda clase.”

Todos en la habitación quedaron boquiabiertos. Nova continuó. “Y en cuanto a usted, Sterling—”

Dana se llamó rápidamente a la atención. “Cualquier cosa que haya hecho esta vez, señora, estoy lista y deseosa de aceptar acción disciplinaria.”

“¡Silencio!” Nova ladró. “Usted ha sido promovida al comando permanente del Decimoquinto, Teniente. No pierda esta oportunidad, porque la estaré vigilando.” Nova giró y salió. A excepción de Sean, todos allí estaban mirando a Dana.

La barra controlada por computadora que dispensaba bebidas sólo no alcohólicas a aquellos en servicio estaba lista para servir algo un poco más fuerte. Sean ya se había acercado a ella lentamente, y estaba tomando un trago largo de un vaso alto. “¡Soldado Raso de Segunda Clase Phillips!”

Sean escupió parte de su bebida cuando Dana voceó su nombre. “Lo estaré vigilando,” ella le dijo.

Sean parecía sobresaltado, luego le dio una dosis de la famosa sonrisa. “Sólo dé la orden. Estoy a sus órdenes, Teniente.”

Hubo risas perspicaces y cierta silbatina del resto del 15to, pero Dana estaba satisfecha de que el punto había quedado claro, y que todos aceptaban el cambio de comando. Ella no podía afrontar tener a Sean adelantándosele, o teniendo a sus tropas esperando que él lo haga.

Sean era un gran soldado y una posesión definida, pero ella no tenía en buen concepto la idea de poner a un comandante en jefe fracasado de vuelta en el equipo que él había comandado. Pero parecía que ella tendría que vivir con ello.

Más tarde, en la ducha, ella repasó las cosas que ella quería tener listas cuanto antes. Los reemplazos para las bajas y para los

destruidos Hovertanks estarían llegando, y ella tendría que hacer cierta reorganización de su Mesa de Organización y Equipo. Habría entrenamiento y más entrenamiento, para convertir al 15to en una unidad de combate bien integrada una vez más –y habría poco tiempo para hacerlo.

En medio de todas sus meditaciones ella repentinamente se detuvo, parada tiesamente, inmovilizada. Tan claramente como si en realidad estuviese allí ante ella, ella vio al Bioroid rojo de nuevo... sintió de nuevo esa extraña sensación de un lazo entre ellos.

Capítulo 8

Estoy satisfecho que ahora he terminado cualquier plática blasfema de negocios con los alienígenas, o entre mis subordinados o el Consejo. Estos alienígenas son una abominación, una violación del Plan Divino; debemos exterminarlos a todos. Esa es nuestra obligación santa.

*Del diario personal del Comandante Supremo Anatole
Leonard*

Anuncios mediáticos tranquilizadores de la situación eran rápidamente seguidos por una declaración formal de guerra. Las tropas armadas apostadas en esquinas de calles y patrullando por todas partes eran más para la paz mental de los civiles que cualquier valor disuasivo.

Pero la raza Humana había sido una cultura muy militar desde la Guerra Civil Global y, organizada a lo largo de líneas feudales bajo el GTU, aceptaba la necesidad que debía luchar una vez más.

“El pensamiento del cuartel general es que no podemos sentarnos y esperar a que ellos hagan el próximo movimiento,” Rochelle dijo a los oficiales reunidos. “La opinión es que su Robotecnología y conocimiento científico pesan más que nuestros números y ventaja de campo. Tenemos que empezar a sacarlos del juego con guerreros, asestar una andanada de misiles en esa nave insignia. Tenemos que mantenerlos fuera de balance.”

“No está en nuestra sangre sentarnos y esperar a que ellos nos

den órdenes,” un coronel frívolo del G3 coincidió.

Un mayor de inteligencia del G2 se quitó sus anteojos, sacudiendo su cabeza. “Pero su contraataque pueda terminar aniquilando nuestra fuerza de defensa entera, ¿no comprende eso?”

“¡Es cierto, es insano atacar ahora! Es como hundir una vara en un nido de avispas –una vara muy corta,” un capitán de reconocimiento rió ásperamente.

“¡Basta ya!” Rochelle refrenó, y los oficiales reunidos se calmaron. Dana miró de arriba abajo la mesa, estudiándolos.

Marie Crystal estaba allí; al igual que Fredericks. Y así también estaban otras personas del ATAC, algunos de Defensa Civil –era curioso saber que la supervivencia de su unidad dependería de estas personas, o la de ellos de ella.

“La decisión ha sido tomada,” Rochelle continuó. “Ustedes en esta Fuerza de ataque llevarán la guerra al enemigo. El escuadrón de la Teniente Sterling manejará la retaguardia y proveerá una posición de retirada atrincherada. Habrá cobertura adicional de bases cercanas de misiles y artillería y de las varias unidades de contraataque. Teniente Cristal, sus Leones Negros serán nuestra punta de lanza.”

Ellos ya conocían el plan, tenían los archivos instructivos frente a ellos y los despliegues tácticos en las pantallas alrededor de la habitación, pero él repasó para ellos otra vez más de cualquier modo. Cuando él terminó, Marie dijo, “Estaremos listos, señor.”

Dana puso una cara agria. “Algunas personas tienen toda la suerte. No dejes que te disparen en el trasero, Marie.” Marie le hizo suavemente un guiño.

“Coronel Fredericks,” Rochelle estaba diciendo, “Pongo estas unidades y sus instalaciones en alerta roja a partir de ahora; quiero las bases selladas y una suspensión de comunicaciones completa impuesta. Este ataque tiene que ser una completa sorpresa. Nadie entre o sale o se comunica con el exterior de ninguna manera excepto por mi orden directa, ¿entendido?”

Fredericks parecía estar saboreando la idea de tener a los soldados de la Fuerza de ataque enjaulados por sus Policías Militares y hacerles obedecer. “Afirmativo, señor; puede contar con ello.”

Sean Phillips rezongó, “¡Qué alguien me diga qué sucede aquí!”

Él estaba parado con los puños amartillados en las bahías de estacionamiento de los Hovertanks, mirando ceñudamente a Louie Nichols y a unos cuantos de los otros que estaban haciendo mantenimiento.

“Yo n-no lo quise mencionar,” Louie farfulló, familiarizado con el temperamento colérico de Sean. “Es decir, uh—”

“A partir de hoy, has sido asignado a un nuevo Hovertank,” Bowie intervino.

“Alguien se equivocó,” Louie se apresuró. “Contigo en el calabozo y demás. Supongo que olvidaron decírtelo.” Sean agarró con el puño parte del uniforme de Louie y lo empujó hacia atrás contra un tanque, gruñendo como un glotón enfurecido.

El tanque de Sean, la Reina Maeve, era su orgullo y alegría, finamente afinado de modo que funcionaba como un reloj, mantenido afectuosamente desde todo punto de vista. Eso hacía más indeseable, según la estimación de Louie, ser el que le dijera lo que había sucedido.

Louie aulló, y Bowie gritó, “¡Basta ya, Phillips!” Pero antes de que alguno pudiera separarlos, Sean dejó caer al delgaducho y anormal técnico y giró, los ojos errando por las bahías.

“Escucha, enviaron a un sujeto nuevo de la estación de reemplazo cuando tú fuiste a la prisión,” Louie confesó, frotando su pecho. “Luego Dana fue puesta al comando y luego ellos la encarcelaron y luego la soltaron y la hicieron comandante en jefe – en toda la confusión, el sujeto nuevo de reemplazo obtuvo la Reina Maeve. Y él fue uno de los sujetos que no lo lograron, Sean.”

“Tu tanque está en mil pedazos, lo que queda de él,” Bowie agregó.

“¿Así que cuál es el mío ahora?” Sean bulló. Entonces sus ojos se fijaron en un objeto cubierto en una bahía en un extremo. “¡Ah! ¿Qué es eso? ¿Es el mío?” Él corrió hasta él antes de que alguien pudiera decirle la verdad.

Sean haló la cubierta, perdiendo el equilibrio y cayendo sobre su trasero. Él quedó sentado, mirando con sorpresa. Era un nuevo

tanque recién salido de la línea de producción, un mecha de guerra destellante con todo lo último en mejoramientos Robotecnológicos.

“Oh-hh,” él respiró reverentemente. En otro momento él se estaba subiendo a bordo, riendo con delicia. Bowie y Louie se acercaron corriendo.

“Hermoso, ¿no es así?” Louie dijo. Él y Bowie intercambiaron miradas resignadas; habría problemas.

“¡Vaya, este bebé fue fabricado pensando en mí!” Sean rió, pasando sus manos sobre los controles, verificando la cabina. “¡Qué belleza! Nadie más en el Decimoquinto podría manejar este tesoro—”

“Pero me temo que alguien más tendrá que probar, Soldado Raso Phillips,” una voz dijo fríamente. Dana estaba parada cerca, los brazos en jarra.

Sean se recostó en el asiento del piloto, entrecruzando sus dedos, mirando hacia el techo e ignorándola. “Noup.”

Dana se acercó para pararse al lado de la resplandeciente Valkyria. “Este tanque está reservado para uso del oficial, ¿lo entiendes? Lee mis labios mientras repito esto, Soldado: tú nunca pilotearás esta nave.”

Así que la luna de miel había terminado y era tiempo de decidir quién realmente dirigía las cosas en el 15to. Y Dana tenía cada as. Recordando cuánto Fredericks parecía disfrutar tenerlo como un invitado de la casa abajo en Ciudad Alambre de Púas, Sean se resignó. “Maldita sea, no existe justicia en este mundo.”

Bowie y Louie y algunos de los otros apenas estaban sofocando su risa. “Este destructor y yo hubiéramos hecho historia sobre ruedas. Pero—” Él miró a Dana. “Por supuesto, aún hay una oportunidad para ti y par mí, pequeño tesoro.”

Ella había estado esperando eso. Sean había sido bastante decente con ella como un comandante en jefe, nunca había dado un paso hacia ella –pero eso fue antes de que él quisiera algo de ella. “La única historia que haremos será cuando envíe tu penoso trasero de regreso a la prisión militar por insubordinación, genio.”

Él la conocía bastante bien para darse cuenta de que ella lo haría. Algunas mujeres simplemente no sabían cómo ser amistosas. Sean saltó fuera del tanque. “Muy bien; desisto. Sólo estaba pensando en el beneficio del Cuerpo. ¿Así que, qué se supone que

voy a usar?”

Ella le dio una expresión inocente y señaló. “Mira justo allí arriba.”

Sean dejó salir una maldición. “¿Ese vejestorio? ¿El Malas Noticias? ¡Esa es la chatarra más vieja que tenemos!”

“Y es toda suya, Soldado; será mejor que se ponga a trabajar en ella.”

Sean exhaló un suspiro profundo. “Gracias.”

“Ahora, escuchen, todos,” Dana continuó. “Órdenes del Alto Mando. Nos vamos a las mil trescientas horas mañana. El alto mando decidió que es hora de que lancemos súbitamente algo de daño sobre estos invasores.”

Hubo las confusiones usuales, los usuales apremios y esperas, pero todas las unidades estuvieron en posición sólo ligeramente después de la hora cero programada.

Por alguna razón, el comandante de la Fuerza de ataque cambió de opinión al último momento, ordenando a otra unidad TASC ir como primera oleada de ataque. Marie Crystal estaba en la torre de control de la base y observaba a los VTs del Equipo Halcón Rojo despegar.

En la habitación de alistamiento del 15to, los tanqueros aguardaban vestidos con sus armaduras, los cascos entre las manos. Dana se esforzó para avistar brevemente a los guerreros despegando de la distante Base Fokker. ¡Maldita sea, odio esta espera en segundo plano! Esto me está volviendo loca.

“¿Qué sucede, Teniente?” Louie Nichols sonrió con afectación. “¿Ser puesta en reserva no va con usted?”

“A veces es difícil mantenerse firme,” Angelo aludió.

Dana giró hacia ellos. “¡Al igual que ustedes! ¡No necesito que

me recuerden cuáles son mis órdenes!”

En ese momento el alto parlante chilló, y ellos recibieron la orden de salir. El 15to estaba entre las últimas unidades a ser movidas a sus posiciones mientras el comando de la Cruz del Sur hacía algunos arreglos finales en despliegue defensivo.

Los tanqueros se hicieron a la carga hacia las escalerillas de descenso, y en momentos estaban vertiéndose en la autopista, con destino hacia un área industrial en las afueras de Ciudad Monumento. El 15to iba sin los cascos puestos por ahora; los controles manuales bastarían para un mero traslado desde el punto A al punto B.

Todo lo que vamos a hacer es ir y venir, ¿es eso todo lo que vamos a llegar a hacer? Dana echó humo.

Los VTs Halcones Rojos se presentaron en un ascenso balístico, luego se formaron para atacar y se dirigieron directamente hacia los alienígenas. En el centro de comando, Emerson y su personal estudiaba una imagen visual del lado de debajo de la nave insignia de los Maestros Robotech.

Era un hexágono alargado, una tableta enorme de aleación del tamaño de una ciudad, sus características superestructurales tan grandes como domos deportivos y rascacielos. El parpadeo de sus luces continuas blancas y púrpuras –si eso era lo que las luces eran– era el único signo de actividad en la nave.

“No hay dudas de que sus sensores han detectado a los Halcones Rojos, señor,” el Coronel Green dijo.

“El ataque empieza en treinta segundos,” Rochelle reportó. “¿Me pregunto con qué nos responderán?”

Emerson se inclinó hacia delante para regañar a un oficial en el piso de operaciones de abajo. “¿Está seguro que no ha recogido ninguna reacción de los alienígenas?”

El oficial examinó las consolas atendidas por sus técnicos, y las pantallas principales grandes como pantallas de película. “Eso es afirmativo, señor; no hay ninguna respuesta de ningún tipo.”

Pocas cosas podían haber inquietado más a Rolf Emerson, pero era demasiado tarde. Las pantallas comenzaron a retransmitir transmisiones visuales de las cámaras montadas en los VTs mientras los guerreros se acercaban. Una escuadrilla se separó para hacer un pase sobre el casco superior del enemigo, para juzgar el objetivo y atraer el fuego de modo que una segunda escuadrilla pudiera hacer ataques de supresión sobre las baterías alienígenas.

Las cámaras mostraban estructuras cónicas del tamaño de pirámides, proyectándose fuera de un paisaje de circuitos eléctricos. Allí había zigurates, domos, y torres semejantes a tenedores de dos dientes. Pero la nave permaneció silenciosa e insensible, inerte excepto por las luces. Dos pases más no cambiaron eso.

Emerson sabía que las cosas habían ido demasiado lejos para simplemente retroceder ahora. Si él no daba la orden, Leonard o alguien más de más arriba lo haría. “Muy bien; provocaremos una respuesta. Comiencen el ataque inmediatamente.”

Los VTs se precipitaron, soltando docenas de misiles Mongoose. Los misiles fueron poderosos y precisos, produciendo explosiones brillantes y mucho humo, pero cuando el humo se disipó, fue evidente que no habían causado ningún daño perceptible, ninguno en modo alguno.

Entonces alguien dijo, “Señor, estoy registrando algo de movimiento de la nave enemiga.”

“Correcto.” El líder de los Halcones Rojos los podía ver, también, ahora: cosas alargadas y bulbosas semejantes a lágrimas invertidas, pareciendo más vítreas que metálicas, elegantemente acanaladas con estrías espirales. Ellas hicieron recordar a algunos observadores Humanos de bombillas de araña, emergiendo de alojamientos o elevándose de donde habían yacido planas a lo largo del casco, para caerles encima a los guerreros.

“Todos tengan mucho cuidado con el fuego antiaéreo,” el líder Halcón Rojo dijo, aunque él tenía la sensación de que éstos eran más que sólo armas antiaéreas asomándose para seguirle la pista a su

escuadrón.

Las descargas en serpentina blancas y verdes de rayos de energía crepitaban desde los cañones, retorciéndose y entrelazándose como cosas vivas. De repente estaban viniendo desde todas partes, la nave invasora protegida por una red llameante de corrientes entrelazadas de destrucción. Un VT fue volado en pedazos, luego otro, y dos más, antes de que los pilotos pudieran librarse.

Alguien dijo, “Señor, estoy recogiendo una nave emergente no identificada de la nave madre; la firma de identidad indica que es una de sus naves de asalto. Corrección: son dos naves de asalto.”

Las naves XT se alejaron rápidamente juntas y se abalanzaron sobre los VTs al mismo tiempo que el líder Halcón Rojo advertía a sus hombres. Un par de VTs que intentaban bombardear un emplazamiento de cañón fue asaltado por detrás, volado en restos llameantes por corrientes de discos de energía blancas y verdes.

Emerson ordenó al líder Halcón Rojo, “¡Suspenda el ataque sobre la nave madre y avance sobre esas naves de asalto al instante! Eviten que regresen a la nave madre o alcancen cualquier blanco terrestre.”

“Lo copio, señor.” Pero el líder VT no sonó muy confiado en ello.

Green dijo a Emerson, “Los datos de los sensores indican que el poder en cada una de esas naves de desembarco es superior a la del escuadrón Halcón Rojo entero.”

“No me sorprende, Coronel,” Emerson dijo. “Pero no es sólo cuestión de poder en bruto. Si podemos aislarlas –¿quién sabe?” Suficiente poder de fuego concentrado en el lugar adecuado podría surtir efecto; un torpedo podría hundir un portaaviones, después de todo; un cohete podría destruir un arsenal.

Los Halcones Rojos alcanzaron a una de las naves de asalto en su zambullida hacia la superficie terrestre; ellos estaban teniendo un mal rato concentrando con precisión el fuego de artillería en la segunda.

“Muy bien, la tenemos ahora; manténganla en la mira,” el líder dijo, colocándose en posición para un dar un tiro en la cola del invasor. Las armas de los VTs regaban discos de energía blancos y verdes bastante parecidos a la de los alienígenas; era Robotecnología contra Robotecnología.

Pero el objetivo había desaparecido abruptamente. El líder Halcón Rojo estiró el cuello para ver qué había sucedido. “¿Adónde se fue?”

Él tuvo su respuesta un momento más tarde. La nave de desembarco había ido en una increíblemente poderosa zambullida, hecho un rizo, y venido sobre la cola de la formación de los Halcones Rojos.

“¡Rompan y dispérsense!” gritó el líder, pero era demasiado tarde para usar evasivas. El alienígena desplumó la nave posterior en el diamante de cuatro, y fue tras los otros. Una segunda descarga del invasor consiguió otro VT y lo precipitó surcando sobre sus compañeros de escuadrón.

El líder llegó en carrera para un tiro de alta desviación sobre el bandido, pero éste lo evadió con agilidad asombrosa y se deslizó alrededor a su cola, disparándole. Los compactos paquetes de energía destructiva agujerearon el fuselaje del guerrero, y enviaron al líder Halcón Rojo en picada hacia la Tierra, esparciendo llamas y humo.

La lucha había hecho descender a las naves cerca del suelo; no había tiempo para expulsarse.

Sean Phillips observó al VT del líder Halcón Rojo arar dentro del suelo, lejos en lejanía, hacia la base aérea.

“¡Mi Dios! ¡Increíble! ¡Un escuadrón entero aniquilado en dos – tres minutos!”

Angelo Dante sacudió su cabeza lentamente. “Quizá no los derrotamos el otro día después de todo; quizá sólo querían esperar por el Evento Principal.”

“Los vencimos una vez, y los podemos vencer de nuevo,” Dana

contradijo en voz alta. Pero un momento más tarde ella quedó boquiabierta al ver a la segunda nave de asalto vincularse con la primera. Ellas giraron y comenzaron un acercamiento hacia la base, el origen de los guerreros que habían atacado a su nave insignia. Mientras iban comenzaron a dejar caer Bioroids, los mechas se dispersaban y avanzaban en sus Hovercrafts antigravedad para un ataque.

Y a la cabeza de los invasores blindados y gigantescos iba el Bioroid rojo.

Capítulo 9

Un biplano WW I tenía tal vez quince indicadores e instrumentos, un caza WW II unos treinta y cinco más o menos. En la época de la Guerra Civil Global, un caza bombardero de primera línea tenía aproximadamente cuatrocientos indicadores, pantallas de datos, etcétera. Los mechas Robotech hacían ver a esos aviones tan simples como monociclos. ¿Es de extrañar que la RDF, y el Ejército de la Cruz del Sur que tomó su lugar, no necesiten personas con reflejos rápidos y demás, pero quién podría imaginar, podría pensar a sus mechas en una pelea? Era el único modo concebible de controlar tal instrumental.

E incluso eso no siempre era suficiente.

Zachary Fox Jr., Hombres, Mujeres, Mechas: el Paisaje Transformado de la Segunda Guerra Robotech

Los vehículos armados convencionales y la artillería autopropulsada en la base hizo lo mejor que pudo para enviar andanadas defensivas, pero los Bioroids eran demasiado ágiles y su contrafuego demasiado devastador. Los Bioroids se abrieron paso por los trazadores y el fuego de proyectiles sólidos, y luego abrieron fuego.

Ráfagas de las armas de mano en forma de disco convirtieron a las piezas de campo y tanques de batalla en ruinas violentas. Las baterías de misiles no tuvieron mejor suerte; más Bioroids llegaron en ángulos bajos, aniquilándolas con fuego altamente preciso.

Los pilotos escarabajeaban hacia sus aviones, horrorizados porque habían sido atrapados en tierra por la increíble velocidad del ataque alienígena. Hombres y mujeres con un pie en la cabina, o

bajando la cubierta corrediza, o comenzando su carreteo, eran incinerados en sus aeronaves que explotaban. Hileras enteras de naves estacionadas desaparecían en tremendos latigazos de energía. Infantería blindada a pie, bravíamente intentando defender la base con armas de fuego de pequeño calibre, era segada en ataques de bombardeo.

Los Bioroids comenzaron a cortar la base en tiras, determinados a volverla una pira funeral enorme, derribando con rayos torres de comunicaciones y sensoras, bombardeando los cuarteles, atacando furiosamente cada objetivo que veían.

Una de las pocas unidades TASC que logró subir era la de Marie Crystal. Ella formó a los Leones Negros, luego los hizo bajar para hacer lo que pudieran a pesar del pasmoso contraataque.

Ellos divisaron una escuadrilla de Bioroids azules liderados por el rojo. “¡Muy bien, atrapemos a esos bastardos!” ella gritó; los VTs se abalanzaron. Pero los Bioroids en sus plataformas volantes eran intrépidos y capaces; ellos vinieron de frente, derribando primero un León, luego otro.

Pero los VTs avanzaron en el marcador, también; Marie enceró a un azul completamente, lo vio caer en piezas abrasadoras junto con su trineo aéreo roto. Otro azul cayó como una cometa llameante, y la lucha aérea se intensificó. Pero Marie tuvo un momento para notar que el líder rojo había desaparecido, se había ido adelante, ella supuso, para dirigir el ataque en la base.

Pero ella no pudo liberarse para ir en persecución; justo entonces dos azules más le cayeron encima.

Desde el otro lado del valle, en las afueras de Ciudad Monumento, el 15to observaba elevarse humo desde el campo de aviación. Era obvio para todos ellos ahora que el ataque estaba completamente concentrado allí, pero no recibieron ninguna orden para trasladarse al medio del alboroto. Dana sólo pudo suponer que el centro de comando debía ser un manicomio en ese momento. Apparentemente nadie se había detenido a pensar que se necesitaban los Hovertanks.

Eso, o el mensaje nunca había llegado a su destino.

“Esos sucios, asesino—” Bowie rechinó.

Dana tomó una decisión. “Tomemos la ofensiva.”

Eso dejó a Sean y a Angelo mirándola con fijeza en sorpresa mientras ella subía a bordo de su destellante Valkyria. Otros soldados del 15to se movieron rápidamente para ponerse en movimiento.

Cuando Valkyria comenzó a moverse lentamente hacia delante sobre sus propulsores de efecto superficial, Angelo se movió para cerrarle el paso. “¡No! ¿Se ha vuelto loca?”

Dana frenó, el tanque asentándose, el tono de sus motores cayendo. “Fuera de mi camino, Sargento.”

“Estamos asignados a proteger este sector, Teniente. ¿O usted ha olvidado esas órdenes?”

Ella lo miraba con fijeza desde su cabina-torrecilla. “¿Qué, así ellos pueden destruirnos una unidad a la vez? Las redes de comunicación son inservibles, y existe una cosa llamada iniciativa personal.”

Angelo bajó su cabeza como un toro para mirarla con ira. “Nuestras órdenes son que esperemos justo aquí.”

Ella aceleró el tanque de nuevo. “Entonces puedes esperar aquí, y recordarles eso en mi corte marcial, Angie.”

El corpulento sargento tuvo que zambullirse hacia un lado cuando el 15to siguió a Dana, gritando hacia la batalla. Sean, los brazos cruzados, lo estaba mirando. “Tú sabes que ella va a terminar de regreso justo en el calabozo,” Angelo dijo amargamente.

“Asumiendo que aún tenemos un calabozo.” Sean sonrió. Luego abordó el Malas Noticias. “Nos vemos más tarde, Sargento.”

Angelo se quedó rascándose su cabeza, enmudecido, mientras Sean se apresuraba a alcanzar a los otros. Entonces él oyó otra voz, una muy estridente.

“¡Teniente, está desertando de su posición! ¡Regrese al instante! ¡Confirme!”

Nova Satori estaba avanzando en un Hovercycle de la PM, su cabello negro azul ondulando detrás de ella bajo el confinamiento de la banda de su gafa. Estaba gritando en un micrófono de radio.

Con los sistemas de comunicaciones tan completamente estropeados –por la confusión y el daño hechos por las naves corsarias– ella había sido urgida a servir como mensajera.

“¡Regrese aquí o enfrente una corte marcial general!” ella gritó, pero detuvo el ciclomotor cerca del tanque de Angie; era inútil tratar de seguir al 15to cuando se estaban moviendo a máxima velocidad –especialmente por el medio de una batalla campal.

Angelo sacudió su cabeza en resignación. “Entonces sería mejor que me incluya, también, Teniente.” Él saltó hacia su tanque, el Caballo de Troya, ignorando los griteríos de ella.

Grandes lanzaderas y naves de transporte, pequeñas aeronaves de reconocimiento, hangares, y puentes de grúas de reparación –todos eran objetivos iguales de la horda azul. Y los defensores se estaban volviendo menos y menos.

Intentando ver a través del humo en la cabina de su dañado VT, Marie se zambulló hacia los atacantes. Ella se había convertido en un as y más en el transcurso del ataque, pero el número seis adivinó las intenciones de ella, y consiguió un pedazo de ella justo cuando ella lo terminaba.

Ella logró mover los interruptores y formar la imagen que precipitó a su VT a modo Guardián. Éste se reconfiguró justo a tiempo, los propulsores de los pies sonando a toda fuerza cuando éste aterrizaba vertical.

Como a menudo era el caso con la Robotecnología, el daño sufrido en un modo era menos crítico en otro, y el mismísimo acto de la mechamorfosis parecía ayudar a la nave salir adelante.

Pero ni bien ella estuvo parada las ráfagas del enemigo excavaron la pista de aterrizaje y despegue todo alrededor de ella. El Bioroid rojo, como un ave de rapiña que se abate sobre su presa, se zambulló hacia ella. Los propulsores del Guardián hicieron efusión, y ella lo hizo saltar alto.

¡Tengo que eliminarlo! Ellos corrieron deprisa uno hacia el otro, disparando.

“Copio.” Green volteó del teléfono hacia Emerson. “La base aérea sólo está poniendo resistencia dispersa, señor. Podría caer en cualquier momento.”

Emerson se preguntó qué sucedería si lo hacía. ¿Tratarían los alienígenas de anexarla —establecer operaciones terrestres? ¿O simplemente pillarían la Protocultura que pudieran hallar y quemarían la instalación entera?

Leonard y los otros altos mandos habían sido obstinados en que los Hovertanks fuesen empleados para proteger los centros de población antes que ser desplegados hacia la Base Fokker, donde Emerson los quería en primer lugar. Pero ahora el alto mando estaba fuera de contacto, la comunicación virtualmente era cero, y Emerson tenía espacio para usar la propia iniciativa de su personal.

“Traigan a los Hovertanks. Envíe al decimoquinto allí ASAP”

“Aún ‘cuanto antes’ no es lo bastante pronto, señor,” Rochelle observó. “Tomará demasiado tiempo hacer llegar un mensaje y redesplesgarlos.”

“¡Inténtenlo de todos modos!” Emerson dijo bruscamente. Rochelle se apresuró a obedecer.

“Señor, ¿debo informar a todas las unidades que estén listas a evacuar la base?” Green arriesgó la pregunta. Emerson sólo miraba con fijeza las pantallas tácticas.

Marie y el Bioroid rojo jugaban su juego mortal de subir y bajar, ocultarse y buscar mientras Bioroids y VTs chocaban, disparaban, y eran destruidos por todas partes.

El Guardián de Marie aterrizó y echó un vistazo alrededor del área de reparación en dónde éste se encontraba, una enorme arma de pulso láser sostenida como una pistola en su puño ciclópeo. “Bien, ¿dónde estás ahora?” ella murmuró.

Ella no tuvo que esperar mucho por una réplica. El rojo cayó en picada sobre ella desde un edificio. El Guardián saltó para encontrarlo; como en una justa, ellos se pasaron a la longitud de un brazo, esquivando los disparos uno del otro.

Pero cuando Marie aterrizó, las rodillas de su mecha cedieron, cortadas a la mitad por los disparos de energía del rojo. El Guardián

se estrelló sobre su barbilla, aturdiéndola. Ella combatió el aturdimiento, haciendo estallar la cubierta corrediza de la cabina y arrastrándose al exterior.

Ella se quitó su casco y lo empujó a un costado, entonces se heló. El rojo había colocado su Hovercraft directamente frente a ella, y ella estaba mirando fijamente el cañón de la pistola en forma de disco, un cañón tan grande como un desagüe de tormenta. Marie observaba, inmóvil, esperando el final.

Pero no fue el fin que ella o el rojo habían esperado. Una descarga de cañón llegó, una delgada de alta resolución regulada para faena de larga distancia. El tiro no quitó por poco el extremo del brazo del Bioroid; falló por sólo unos cuantos metros.

Sin embargo, aquel levantó humo y ripio, y pareció hacer tambalear al rojo. Marie se protegió la cabeza. Luego levantó la vista, y vio de dónde había venido el tiro.

El 15to estaba alineado lado a lado y esperando. Dana se puso de pie en su cabina-torrecilla, examinando su obra manual orgullosamente mientras el Bioroid rojo giraba para enfrentarla. Ella lo saludó. “¡Por acá, maldito dink! ¿Acaso ni siquiera puedes decir cuando alguien te está disparando?”

Como ella esperaba, el Bioroid se subió a su plataforma, olvidando a Marie, y se precipitó hacia ella. Dana estuvo de vuelta en su tanque en un momento, la Valkyria pasando por mechamorfosis a Gladiador, el resto del 15to imitándola.

La siguiente descarga de Dana erró al rojo pero lo golpeó sacándolo de curso, casi fuera de control. El resto de los ATACs estaban disparando a los Bioroids azules que bullían hacia ellos. Las masivas baterías principales del 15to volaban alienígena tras alienígena fuera del cielo; el aire brillaba tenuemente con olas caloríficas por las vastas fuerzas liberadas. Humo espeso de la base en llamas y de los mechas que explotaban se alzaba por el aire. Los enormes Gladiadores en cuclillas disparaban y disparaban, aniquilando más invasores mientras mantenían al resto a raya con su tremendo volumen de fuego.

El Bioroid rojo se tiró de su plataforma al suelo, y se le unió uno azul, para atacar a pie.

“¡Uno a su derecha, Teniente!”

“¡Lo veo, Bowie!” Cuidarse mutuamente era un hábito que nunca dejarían, ella supuso. Eso le agradó.

El rojo apareció inesperadamente por detrás de un montículo de concreto caído para coser el lateral de su Gladiador con una hilera de tiros. Cualquier otro mecha en el arsenal de la Tierra habría sido severamente dañado o hecho trizas, pero el Valkyria fue apenas tocado. Dana cruzó el cañón del fusil y golpeó ruidosamente de nuevo. El tiro erró el blanco, y el rojo y el azul vinieron cargando hacia la posición del 15to.

El rojo parecía tan grande como el Monte Everest. Él y Dana dispararon al mismo tiempo, escapándose por un pelo uno del otro. “¡Bowie, cúbremel!”

“¡Lo tienes!” Bowie hizo retroceder al rojo, disparando con todo lo que tenía su tanque, el Diddy-Wa-Diddy, aunque los cañones gemelos de la batería secundaria apenas arañaron la piel del Bioroid. El resto del 15to estaba ocupado manteniendo el escudo de fuego antiaéreo; Dana pasó a modo Battloid, saltando por el aire para confrontar al rojo.

Los dos mechas se catapultaron por el aire uno hacia el otro. Dana se protegió de los disparos del arma de mano del enemigo con la curva gruesa de armadura montada a lo largo de un brazo como un antiguo targone de un duelista.

Entretanto ella tomó puntería con su propio rifle de batalla titánico, el cañón de modo tanque reconfigurado. El tiro perforó el hombro izquierdo del rojo en una salpicadura de metal fundido y humo negro aceitoso, una herida de mecha que vomitó chispas y fragmentos y lenguas fuego. El rojo se tambaleó y cayó hacia atrás por el aire, golpeó el suelo con un choque, y quedó desparramado. Dana corrió hacia aquel, con la intención de quitar violentamente los empalmes de poder y los tubos conectados al área de la cabeza, para inhabilitarlo completamente.

Pero cuando Dana iba a la carga, aquel reasumió el fuego. Sólo los reflejos de una joven profesional en condición magnífica le permitieron hacer saltar su Battloid fuera de la línea de tiro. El rojo saltó para cubrirse como también lo hizo Dana; en otro momento estaban jugando a agacharse y disparar otra vez.

“Angie, cúbremel, ¿puedes?”

“¡Está en camino!” El cañoneo del Caballo de Troya hizo retroceder al rojo brincando; el Battloid de Dana se lanzó detrás.

“¡Ahora te tengo!” Ella disparó al vuelo, anotando otro tiro en el hombro izquierdo mientras el rojo giraba y se lanzaba para evadir. El alienígena aterrizó torpemente, casi cayéndose. Cuando éste giró para dispararle otra vez, ella estaba lista.

El rayo del rifle-cañón de Dana quitó el arma de mano en forma de disco del puño del rojo; éste se quedó inmóvil, como si aturdido.

Dana lo centró en su mira. ¡La guerra ha terminado para ti, cabeza de media! Finalmente, la Tierra tenía un prisionero de guerra.

Precisamente entonces el Bioroid estuvo en movimiento de nuevo. Directamente hacia ella. “¿Huh?”

Éste caminó a zancadas directamente hacia la boca del arma de ella. “Qué ray—”

Ella disparó de nuevo, un rayo de alta resolución que chamuscó un agujero precisamente a través de aquel a la altura de la cintura. El rojo tropezó, recobró el balance, y se echó a la carga hacia ella como un enorme atajador defensivo.

De nuevo las visiones y las extrañamente apremiantes imágenes la llenaron. ¿Era ello porque esta era la manera en que ella iba a morir? ella se preguntó. El aluvión de emoción y desorientación la paralizaron donde ella habría indudablemente en otras circunstancias cortado al enemigo en dos con tantos disparos como éste aceptase.

Antes de que ella pudiera librarse del trance, sin embargo, el rojo pateó de rebote su Battloid. Ella se quitó su estupefacción y su Battloid se estiró para luchar cuerpo a cuerpo, pero el rojo ya había saltado alto, su plataforma volante deslizándose debajo de él para llevárselo por el aire.

El alienígena le disparó con las armas emplazadas en la vaina de la varilla de dirección; ella apenas se quitó del camino rodando a tiempo para evitar ser golpeada. El rojo pasó rápidamente.

“¡Maldita sea!” El Valkyria se lanzó al aire, mechamorfoseando. Éste aterrizó sólidamente sobre ambos pies, en modo Gladiador, la batería principal moviéndose lateralmente, el retículo de la mira de Dana buscando. ¡Veamos qué les parece cuando haga limpieza en su

nave de asalto!

Ella disparó a una ronda a máximo poder, recordando cómo el tiro accidental de Bowie del día anterior había detenido momentáneamente a los invasores. Ella le apuntó y golpeó el domo vítreo azul en el lado superior de su proa, presumiendo que era el puente; el disparo destrozó el domo y produjo una salpicadura de explosión secundaria, humo, y flamas.

El rojo tambaleó de nuevo, sacudido por el rayo tanto como la nave de asalto, y su inexpresiva cara-visor matizada giró hacia atrás para dar una mirada a Dana. Ella y el resto del 15to abrieron fuego sobre las naves corsarias con todo lo que tenían, primarias y secundarias trabajando asiduamente. Tres más de los azules cayeron en la tormenta de descargas, pero el rojo y el resto siguieron en curso serpenteado a través del fuego para regresar a su humeante y alistada nave.

Las naves corsarias se zambulleron a bordo. La nave de ataque de color rojo óxido se realineó, luego se lanzó hacia arriba fuera de la vista a gran velocidad, antes de que el ATAC pudiera aplicar sus armas en ella.

Capítulo 10

Repentinamente, un nuevo Triunvirato

Dana, Nova, Marie,

Cada una zigzagueando desde su lado hacia

El centro del triskelion.

Mingtao, La Protocultura: Viaje Más Allá de la Mecha

“Todos los Bioroids estaban conectados a la nave de asalto,” Rochelle reportó. “Inteligencia de señales y observadores terrestres, sensores, y reportes de después de acción, todos coinciden,” él agregó. “Los Bioroids fueron forzados a retirarse cuando Sterling disparó a la nave y desorganizó su capacidad de comando. Al menos tenemos alguna idea de cómo manipular sus mechas.”

Pero era obvio que el enemigo sería mucho más cuidadoso la próxima vez. Emerson frotó su cara cansadamente, sintiendo las pelusas y esperando con interés dormir un poco. “Al menos hay una buena noticia.”

“Sí señor. Um—” Rochelle introdujo un muy delicado tema. “Sobre el abandono de su puesto y desobediencia de las órdenes de la Teniente Sterling —¿qué hacemos?”

Todos sabían que Emerson era el guardián oficial de Bowie Grant y el no oficial de Dana, pero eso nunca había hecho ninguna diferencia en cuanto al tratamiento de los jóvenes en las fuerzas armadas de la Cruz del Sur militar. Emerson sabía lo que él haría a cualquier oficial subalterno que hubiera hecho lo que Dana hizo, y después de la vacilación de un momento se concedió que ello fue sólo legítimo.

Dana estaba cantando ruidosamente y, como de costumbre, cruelmente desafinada. El rociador de la ducha decayó a su vapor caliente, y ella masajeó las magulladuras y los músculos adoloridos. Ella mordió su labio una o dos veces, pausando en su canción para luchar contra las imágenes del Bioroid rojo.

¿Quizá esos pensamientos eran algún arma alienígena? En todo caso, ¡ella no debía caer víctima de ellos de nuevo!

La batalla había sido suficientemente mala, pero habría también una fila de noches desveladas por delante, mantenimiento continuo y reparaciones, recepción de reemplazos y revuelta de la MOyE y más entrenamiento, para tener al 15to listo para el combate de nuevo en menos tiempo del que quizá tomaría.

Hubo un golpeteo en la puerta de su baño. Ella pudo oír la voz de Nova Satori sobre el agua que caía, “Sólo pruebe con las arias, Teniente, y muévase.”

Dana dejó de mala gana la ducha, enrollándose una toalla alrededor, y emergió del pequeño cubículo de baño en una nube de vapor. “¿Qué opinas Nova? ¿Tengo futuro en la farándula?”

La teniente de la PM dijo despectivamente. “Seguro, barriendo después del desfile del circo. Ahora, apresúrate; estamos retrasadas.”

Dana estaba perfectamente contenta para haraganear; Nova se negó a decirle adónde estaba siendo llevada, o por qué, pero parecía bastante simple. “¡Aw, tómallo con calma! ¡Me tendrás de regreso en tu calabozo bastante pronto!”

Nova estaba inclinándose contra la pared con los brazos cruzados. Ella dijo abrupta y airadamente, “La ceremonia ya ha—” Ella se detuvo, vio que Dana había lo había atrapado, se encogió de hombros, y continuó. “Te estoy llevando a recibir una promoción por valor.”

“Te están ascendiendo a teniente primero.”

“¡Adelante, Estación Espacial Liberty! Estación Espacial Liberty, Estación Espacial Liberty, este es Control Tierra, Control Tierra, por

favor confirme, fuera.”

La transmisión se había cortado desde que los Maestros aparecieron para comenzar sus sondeos de las defensas terrestres. El GTU y la Cruz del Sur estaban seguros de que Liberty aún estaba allí en su punto Lagrange Troyano –Número Cinco– cerca de la órbita de la Luna. Todas las indicaciones eran que la tripulación aún estaba viva. De alguna forma que los científicos e ingenieros aún estaban tratando de comprender, los Maestros parecían estar observando todo en el espectro fuera de la esfera de Liberty. Tan pronto un operativo probaba una frecuencia ésta era perturbada, al menos en cuanto a los enlaces Tierra-Liberty concernía.

Con la llegada de las naves insignia en órbita terrestre, hasta los satélites de relevo de telecomunicaciones habían dejado de funcionar, e inmediatamente después de esa primera andanada del capitán Komodo, los satélites habían sido volados del cielo. Las comunicaciones vía láser con base en tierra eran inútiles, debido a la distorsión causada por la atmósfera del planeta.

Pero la gente de comunicaciones tenazmente seguía intentando. La Estación de Radio Liberty, con su único equipo de comunicaciones de largo alcance Robotech, era la única esperanza de la Tierra para el contacto final con la SDF-3 y la expedición de Rick Hunter. Más aún, el personal de Liberty eran seres humanos, separados de su planeta; la Tierra debía hacer cada esfuerzo en su beneficio. Una misión de rescate a Liberty era imposible, sin embargo. La Tierra carecía de las naves, el equipo, e instalaciones para montar tal expedición en el futuro previsible, ahora que su principal instalación aeroespacial había sido tan cruelmente asolada por los Bioroids.

Pero un equipo de investigación superior en el oficio de los sistemas de codificación en Seguridad de Señales apareció con una solución temporal. La Tierra y Liberty podían poner en fase sus equipos para saltar frecuencias, aparentemente al azar, de una a la próxima, en milisegundos, y tener comunicaciones breves en cada una antes de que los Maestros pudieran perturbarla. El resultado sería reasumir comunicaciones con Liberty y, se esperaba, con los sobrevivientes de Base Luna.

El único problema era que, alguien tenía que conseguir

comunicarse, y el plan meticulosamente calculado de los saltos de frecuencia, con Liberty.

“Ahora, no voy a engañarlos,” el oficial de información decía a los jóvenes comandantes de unidad alineados alrededor de la gran mesa en herradura. “Poner un láser de comunicación de rayo compacto en órbita y penetrar una señal a Liberty va a ser una misión peligrosa.”

Él miró a su alrededor a los líderes de las Unidades Cósmicas, TASC, ATAC, y el resto. “El Cuartel Supremo solicita voluntarios. Personalmente, pienso que debe ser hecho por asignación, pero así están las cosas. Hasta ahora, sólo la Teniente Crystal del TASC ha consentido ir en esta misión.”

Dana sabía muy bien a quién él estaba esperando. Junto con los Leones Negros, su 15to tenía la única experiencia real de combate en tratar con mechas enemigos, y los pesadamente blindados Hovertanks eran las armas más efectivas que la Tierra tenía. Al igual que cualquier soldado que había corrido mundo por algún tiempo, ella sabía que una de las reglas básicas de la existencia era nunca ofrecerse como voluntario. Sin embargo, algo extra se esperaba de los ATAC; ella sabía eso cuando aplicó para el entrenamiento, y de igual manera lo sabían todos los otros en el 15to.

Ella tragó y se puso de pie. “Puede contar con nosotros, señor.” Marie alzó una ceja y dio a Dana media sonrisa.

“Muy meritorio,” el oficial de información inclinó la cabeza. “Pero tendremos espacio para sólo tres Hovers. Debe escoger.”

Dana comprendió a qué asignación crítica ella se había ofrecido como voluntaria cuando descubrió que las instrucciones de la misión iban a ser dadas por el General Emerson en persona.

Él no era el dulce y ceñudo Tío Rolf entonces; él era todo negocios y precisión militar. La única concesión de él a su relación anterior fue cuando, estrechando las manos de ella y las de Marie y las de los otros, él le dio a ella un corto y mínimo destello de sonrisa y gruñó, “Buena suerte, Teniente Sterling; vaya por ellos.”

Ella decidió llevar a Angelo y a Bowie. Bowie lo aceptó sin ninguna exhibición de emoción, con apenas una palabra de aceptación. Angelo tuvo que poner en escena una exhibición elaborada, con una gran cantidad de conversación sobre ir de frente contra una armada enemiga sin ayuda, pero Dana tenía confianza en él desde que él acompañó su decisión de “iniciativa personal” para correr al rescate de la Base Fokker.

El resto del 15to mostró cierta desilusión sobre ser dejado atrás, pero se lo guardó para sí, incluso Sean. Dana se recordó de ser cautelosa del propio rompecorazón de los ATACs, pero estaba comenzando a sentir que podía contar con él, también.

Emerson y Green seguían estudiando la imagen del acorazado enemigo. “¿Está seguro que Sterling y Crystal están calificadas para comandar esta misión, señor?” La voz de Green hizo eco a través del centro de comando. “Parecen ser algo jóvenes para tanta responsabilidad.”

Emerson inclinó la cabeza pensativamente. “Sí, pero son las mejores que tenemos liderando nuestros mechas más poderosos, y son los dos únicos comandantes de unidad vivos que han enfrentado a los Bioroids. Y ambas lo hicieron efectivamente.”

Emerson frunció sus labios por un momento, luego añadió ominosamente, “Si alguien lo puede hacer, son ellas.”

Un capitán del centro de comando de nombre Anderson señaló cambios en las lecturas; la nave madre enemiga estaba en movimiento de nuevo. “Parece que se están moviendo a una órbita más baja de nuevo.”

Todas las plataformas de lanzamientos para los pesos pesados reales aún eran inservibles. Sólo quedaban dos que podían aceptar a los

transbordadores, y así la misión fue construida alrededor de ese límite; las plataformas de lanzamiento eran para uso repetido, por supuesto, pero no en un tiempo de respuesta bastante corto para ser de alguna ayuda. La reparación de las plataformas dañadas continuaba las veinticuatro horas del día, pero eso era aún de menos utilidad hoy.

Los dos transbordadores espaciales enlosados en blanco descansaban como flechas de ballestas ala delgadas en las rampas de lanzamiento inclinadas. Marie estaba en el asiento del piloto en la nave número uno, el Challenger IV; sólo unos cuantos cientos de metros lejos descansaba el Potemkin.

Su copiloto, Heideger, era un capitán experimentado de las Unidades Cósmicas. Fue sólo sobre las objeciones de las Unidades Cósmicas que a un oficial de TASC se le había dado el comando, pero Marie estaba contenta de tener a Heideger como su primer oficial de todos modos; el hombre realmente conocía su trabajo.

Ellos estaban completando la larga lista de verificación de pre-vuelo. “Ahora estamos en las computadoras internas,” Heideger dijo. La puerta de la cubierta de vuelo se deslizó abriéndose y Dana y Bowie entraron. Ellos no vestían sus armaduras, la carga g estimada siendo la que era, y Dana llevaba –Marie no podía creer en sus ojos– ¡una revista! ¡Como si esto fuera algún vuelo de transbordo!

“Están retrasados,” Marie se erizó.

“Estábamos asegurando los tanques–” Bowie empezó, desconcertado.

“¡Guárdese, Soldado, y vaya a su puesto de servicio!” Marie escupió.

Ahora era el turno de Dana de encrespare. “Él estaba siguiendo mis órdenes, Teniente. ¿O preferirías unas cuantas docenas de toneladas de Hovertank rebotando por ahí durante el lanzamiento?”

Marie inspiró profundamente. “¡Dana, cállate y siéntate! Ya estamos en pre-ignición.”

Voces del control de lanzamiento le estaban hablando a ella y a Heideger. Marie regresó a su tablero de instrumentos y comenzó a golpear ligeramente cuadrados de almohadillas táctiles; Dana y Bowie llegaron a sus asientos justo cuando los motores principales

comenzaban a encenderse. Todos los sistemas estaban en verde.

Dana se sentó en un puesto de servicio un poco detrás de Heideger, enfrentada al exterior, en la estación del oficial de navegación espacial, la que servía también como una posición de armas. En caso de ataque, su campo de fuego protegería el área de babor a mitad del transbordador. Bowie era el próximo a popa, en la posición de comunicaciones, que también controlaba las armas de popa de babor. Angelo Dante estaba en las armas de estribor de mitad de la nave, y un tripulante del transbordador estaba al otro lado de Bowie en las armas de popa de estribor.

Dana estaba afectada hasta el hastío con los procedimientos del conteo regresivo final. Ella había estado en lanzamientos antes, en entrenamiento, y los consideraba como sobre dramatizados e innecesariamente complicados –precisamente el tipo de cosas que los sujetos de las Unidades Cósmicas y el TASC amaban. ¡Los tanqueros creían en resultados, no en ceremonias! Toda la cosa puso en escena su veta rebelde.

Heideger giró para encargarse de algo más, ingresando balísticas orbitales corregidas, y vio que ella había abierto la revista de moda en su regazo. “¡Teniente, esto no es como el ATAC; preste atención, porque por aquí trabajamos para ganarnos la vida, y todos tienen que estar alerta!”

Él giró regresando a sus deberes al instante, y Marie, aunque ella lo había oído, estaba demasiado ocupada para reprender a Dana. Dana, como siempre, reaccionó a las órdenes de alguien más con obstinada provocación. Ella abrió la revista y hojeó las últimas modas de alrededor del mundo.

Qué creen; ellas estaban vistiendo cosas opacas y entalladas en Río, con diseños metálicos de body-paint por debajo –muy osado. El furor en Osaka era todo sintético pegado al cuerpo y en cintas. ¡Los Micronesios se interesaban por modelos adornados con cuentas con una cobertura total casi equivalente a una envoltura de barra de caramelo!

El impulso de pre-ignición continuó mientras las plataformas de lanzamiento alzaban a los transbordadores hasta su correcto ángulo de lanzamiento. Todos los sistemas verificados. Marie encontró un momento para desear no haber hecho lo incorrecto al no

argumentar contra la presencia de Dana en la misión. La muchacha tiene agallas, pero es terca. Y ahora sale con esto de la revista. Sólo espero que pueda mantener su mente despejada del mismo modo que lo hace en tierra.

Los transbordadores espaciales llegaron a la posición vertical cuando sus motores primarios llamearon y los montículos alpinos del escape de los cohetes se levantaron. En el momento preciso las estructuras de lanzamiento los liberaron, y las dos naves despegaron, lentamente al principio, rápidamente adquiriendo velocidad.

Dana se sintió profundamente presionada hacia atrás en su asiento de aceleración.

Repentinamente su revista se deslizó de donde ella la tenía doblada entre sus rodillas. Aquella se abrió y se pegó en la cara de ella como una estrella de mar resuelta atacando a una ostra escogida. Ella luchó contra ella, sus alaridos amortiguados por la revista. ¿Me ha sucedido algo más vergonzoso alguna vez a mí? Noup, no puedo pensar en ninguna....

“Se lo dije,” ella débilmente oyó a Heideger decir con asco. Nadie podía ayudarla; todos estaban agobiados por las pesadas g. Lo mejor que ella podía hacer era palanquear la revista hacia arriba y respirar alrededor de los bordes.

De repente una voz dijo, “Este es el Potemkin, habla el Teniente Borgnine –¡Oh!”

Ella se dio cuenta que su transmisión de algún modo había sido encaminada a su consola así como a las de Marie y Heideger. Así que, Borgnine estaba mirándola directamente. “¿Um, se encuentra bien?”

“Un segundo,” Dana trató de decir, pero salió, “Mnff uh ff-uh.” Entretanto, al final de una eternidad, el impulso del motor terminó, y ella sintió un momento de gravedad cero cuando la gravedad artificial del transbordador entró en funcionamiento.

Dana bajó la revista, la sangre regresando corriendo a su cara blanca en un rubor furioso. Ella tuvo la sensación de que estaba expuesta a cierto amoratado por su encuentro cercano con la alta costura.

“¡Estoy bien!” ella trató de decir brillantemente.

El copiloto de Borgnine, que parecía de alrededor de trece años, se inclinó hacia delante para informar a su jefe, “Las computadoras dicen que nos estamos disponiendo para una nueva corrección de curso.”

Borgnine frunció el entrecejo. “¿Qué? Es demasiado pronto. ¿Marie, qué muestran tus computadoras internas?”

“Lo verificaremos y volveremos inmediatamente con ustedes,” ella dijo. Idealmente, ellos habrían enviado el problema a la Tierra, pero la interferencia de los Maestros ya los había puesto más allá del rango de comunicación.

Marie se tomó un tiempo de descanso para recrearse, “¡Hey, Dana! ¿Cómo se sentirá ese tratamiento facial?”

Ambos transbordadores desecharon los propulsores auxiliares de combustible sólido consumidos mientras las tripulaciones trabajaban para descubrir por qué la computadora de Borgnine se estaba portando mal. El piloto automático del Potemkin parecía obstinado en que una corrección de curso era necesaria, y las anulaciones no parecían estar disuadiéndolo.

“Tengo más malas noticias,” Bowie dijo calmadamente. “Los invasores vienen hacia nosotros. Sólo que esta vez son dos, dos naves madres.”

Capítulo 11

En este momento mi mano está sangrando; aplasté un vaso en frustración porque no puedo descubrir lo que sucede allí –¡ninguno de nosotros puede! Y sin embargo puedo decir que algo le ha sucedido a Dana, le está sucediendo, por medios que son mi secreto a guardar.

¡Ah, la Protocultura, exige tanto a cambio de revelar sus misterios! Mi vida es un precio pequeño a pagar. Y la de Dana, aún menos.

*Dr. Lazlo Zand, notas para el Horizonte de Eventos:
Perspectivas sobre Dana Sterling y la Segunda Guerra
Robotech*

Marie giró hacia Bowie. “¿Cuándo a más tardar podemos despachar esa transmisión?”

Bowie, que era responsable de hacer la transmisión presente, no pensaba que las cosas lucían muy bien. “No estoy recibiendo nada de ellos aún, Teniente.” Y el rayo láser ni siquiera había sido desplegado aún. Era uno muy compacto, por el largo alcance hasta Liberty; se había presumido que tomaría algún tiempo establecer contacto, y allí no parecía haber mucho de eso.

“Apresúrate; se nos aproxima compañía,” Marie dijo, y volvió a su pilotaje.

El transbordador de Borgnine no transportaba ningún aparato especial; era una nave de escolta. Además, había poco que él pudiera hacer para ayudar a alguien ahora, con sus computadoras siguiendo su propio camino. Y todo el tiempo, los gigantescos transatlánticos alienígenas se acercaban a los transbordadores.

Entonces, a pesar de lo que Borgnine y su tripulación pudiera

hacer, sus motores se encendieron. “¡Apaguen sus motores! ¡Retroimpúlsense!” Marie gritó en su micrófono. Ello no tuvo ningún efecto; Potemkin aceleró, directamente hacia el monolito de los Maestros que se asomaba en su vector.

Nadie podía decir si lo que estaba sucediendo era algún mal funcionamiento explicable –algún daño hecho durante el ataque de los Bioroids, tal vez, y no detectado –o algo que los Maestros Robotech habían instigado. No importaba; el transbordador ardía hacia el invasor como un misil interceptor.

Borgnine probó todo lo que pudo pensar, inútilmente. Los motores no se apagarían, los retropropulsores no encenderían, las computadoras no escucharían, y los jets de elevación estaban insistentemente silenciosos.

“Vamos, niña, detente. Detente ahora,” Borgnine imploró a su nave.

Una computadora del sistema de advertencia separada hizo destellar luces rojas y sonar alarmas, diciendo con su voz femenina sin emoción, “Peligro, peligro. Alerta de colisión. La colisión es inminente, repito, inminente.”

“Teniente Crystal, tengo un caballo desbocado aquí,” él dijo a Marie. “No hay nada que podamos hacer.” Sin embargo, probaron todo en lo que pudieron pensar.

Una nave invasora –la nave insignia de los Maestros Robotech– crecía enorme frente a ellos mientras éstos se dirigían hacia ella. “Queden informados: esto podría ser inducido por el enemigo. Están por su cuenta. Buena sue–” El transbordador embistió a la super nave alienígena a máxima velocidad; el impacto y las armas, el combustible y los sistemas de poder que detonaron, produjeron una explosión que iluminó las caras de Marie y su copiloto a cientos de kilómetros de distancia.

Marie instintivamente interpuso una transmisión a la Tierra, para informarles de la muerte del Potemkin, en acaso de que ellos estuviesen recibiendo abajo.

Dana quedó helada por la repentina destrucción de tantos hombres y mujeres, oyendo las últimas palabras de Borgnine. Están por su cuenta.

“Por qué... por qué no pudimos... ayudarles...”

Pero incluso más que por el shock del choque, ella estaba helada por esta primera mirada cercana a la nave insignia alienígena. Ésta, también, parecía una cosa recordada de un recuerdo imposible. Superpuesta en ella estaba la enigmática y vacía visión del Bioroid rojo.

Ella estaba sentada temblando como una hoja en su puesto de servicio, sólo oyendo parcialmente la réplica penetrante de Marie. “No hubo nada que pudiéramos hacer, lo sabe. Todos somos voluntarios, ¿recuerda? A decir verdad, Teniente, yo esperaba algo mejor de usted. ¡Ahora, cálese y haga su trabajo!”

“El enemigo está ahora a mil trescientos kilómetros y acercándose rápidamente,” Heideger dijo prosaico. No tenía ningún sentido procurar aventajar a los rápidos alienígenas, y además, el Challenger IV tenía una misión que cumplir.

“Parece que Potemkin ha sido destruido, señor,” el anuncio entró al centro de comando.

“¿Qué hay del Challenger IV?” un oficial de operaciones preguntó.

“La información es limitada debido a la interferencia del enemigo, pero las naves madres parecen estar acercándose al transbordador restante.”

A la distancia de seiscientos cuarenta kilómetros, la nave insignia lanzó naves de asalto. Bowie aún no tenía contacto con la Estación Espacial Liberty.

“Teniente, hágase cargo del control de fuego,” Marie ordenó.

Pero Dana sólo se quedó sentada, temblando, los ojos congelados en sus instrumentos y en el control de fuego del mango de la pistola. Frente a ella se superponían imágenes de la nave alienígena, de la nave de asalto, y del Bioroid –cada momento de

sus combates contra él regresando con detalles abrumadores, desechando todo otro pensamiento. Y en la periferia de su conciencia había emociones a las que ella no podía poner nombre.

Bowie la miraba preocupado, pero no había tiempo para detenerse a averiguar qué estaba mal. “Tengo una nave enemiga a ciento sesenta kilómetros y acercándose.”

Angelo había girado en su silla de aceleración. “Teniente, ella le dijo que ‘tome el comando.’ ¿Dana? ¡Vamos, deja de preocuparte!”

“Guárdeselo, Sargento,” Marie lo interrumpió. “Me haré cargo del control de fuego. Artilleros escojan objetivos y disparen tan pronto estén a tiro.”

Las naves de asalto comenzaron a instalarse a un rango más lejano que aquel de las armas del transbordador, pero pronto las dos fuerzas estuvieron suficientemente cerca una de la otra para, ambas, arrojar todo lo que tenían. El transbordador tenía un escudo defensivo que lo protegía de daños inmediatos, pero el escudo no podría durar mucho bajo la paliza que estaba recibiendo.

Marie, Angelo, y los otros se entregaron a sus armas –todos excepto Dana. Los controles de fuego eran disposiciones Robotech estándares, tan familiares a los soldados del ATAC como al piloto del TASC.

Las naves de asalto se desplegaron. “¡Están tratando de rodearnos!” Marie gritó mientras los montajes del arma de cañones gemelos giraba y echaba torrentes de discos llameantes, el enemigo respondiendo con lo mismo. “Tome acción evasiva,” ella agregó a Heideger.

“Tratando, Teniente,” él dijo tranquilamente, pero el undulante transbordador no era partido para los atacantes.

“Señor, naves enemigas están rodeando al Challenger,” un oficial del centro de comando retransmitió la noticia.

“¿Ha sido golpeado?”

Nova Satori, observando las pantallas al lado del Coronel Fredericks, temió la respuesta. A ella podría gustarle poco la falta

de disciplina de Dana y de Marie, pero Nova estaba detrás de ellas cien por cien en este momento, y alentándolas en silencio.

“Hay actividad pesada allí afuera, señor, y aún no estamos obteniendo lecturas de sensor confiables –no podemos estar seguros.”

Nova observaba las pantallas y esperaba.

“¡Viene uno en su dirección, Sargento!” Marie gritó.

“Lo veo,” Angelo dijo distraídamente, equilibrado sobre su campo de acción y palanca de control de la pistola. Él aventajó a su objetivo y le dio justo en el centro; aquel se desvaneció en una nube de gas recalentado.

“¡Buen disparo!” Marie gritó. En ese momento otro bandido taladró una línea de agujeros a lo largo del lado de babor del transbordador.

“Los escudos están fallando,” Heideger dijo. “Aún no hay contacto con Liberty o control terrestre.” Otro cercano sacudió la astronave.

Marie se dio cuenta abruptamente que Dana no estaba disparando. “¿Sterling, qué sucede contigo?” Una rápida mirada le dijo que Dana no estaba herida. “¡Vamos, defiende tu sector! ¡Te necesitamos!”

Tengo que... controlarme, Dana se mantenía repitiendo como si fuera un encantamiento. Pero ella no se podía mover, hipnotizada por las visiones que la asaltaban. Por pura fuerza de la voluntad se compelió a decir, “Sí. Estoy bien.”

De repente su trance se transformó en un miedo que todo lo sumía. ¡Yo no debo estar aquí! ¡No puedo manejar esto! ¡Dejaré morir a todos!

Marie estaba de pie, para girar la silla de Dana y abofetearla duro en la cara. “¡Deja de mortificarte! ¡Deja de actuar como una cobarde!”

Dana seguía sentada, aturdida. Marie giró hacia Heideger. “¡Envíe a alguien más aquí para que se haga cargo de estas armas!”

Ella regresó de un salto al asiento del piloto.

Dana estaba mirando fijamente los controles de fuego como si ella nunca hubiera visto unos antes, y otro impacto de disco de energía dejó al transbordador bamboleándose. “¡Le erré!” Angelo gritó. “Dana, él está virando por tu lado.”

Más estaban haciendo lo mismo; los alienígenas se habían dado cuenta que el sector de Dana era un punto vulnerable.

La sacudida había arrojado a Dana contra la palanca de mando de fuego, y ella se aferró a ella por reflejo. Instintivamente ella presionó el gatillo repetidamente. La nave de asalto interrumpió su ataque cuando el fuego de ella casi lo golpeó.

“Es bueno tenerla de regreso.” Ella oyó la sonrisa de Angelo en su tono mientras luchaba para centrar el retículo de la mira del arma en la nave de asalto.

¿Qué estaba haciendo? ¿Pude haber provocado que nos maten a todos! Pero ella hizo a un lado el pensamiento cuando el bogie se acercaba para otro pase. El retículo centrado. ¡Te ha llegado la hora, tonto!

Ella presionó el gatillo una y otra vez. La nave de asalto repentinamente dejó su curso bamboleándose, dejando salir llamas, y la descompresión explosiva convirtió la fuga en un breve silbido, como un soplete. El invasor lisiado desapareció debajo del transbordador.

Más naves enemigas habían estado viniendo hacia el campo de fuego de Dana, y pensando que era un punto débil, apiñados. Ella derribó a otro, y dañó a un tercero mientras ellos buscaban frenéticamente evadir.

“Buen tiro, Teniente,” Angelo admitió.

Heideger consiguió recuperar el control del transbordador y estabilizó el daño mientras los otros trataban de hacer retroceder las naves de asalto y Bowie hacía esfuerzos desesperados para conseguir una orientación hacia Liberty.

“Creo que el único modo en que lo lograremos es poniendo de vuelta al transbordador en un curso estable,” él dijo.

“Nos estamos acercando a la nave madre,” Marie les informó. No había mucha esperanza de evadirla. “Todos prepárense.”

Dana esperaba en su puesto de servicio; había sido una buena

prueba, una buena prueba.... Una lucha final elegante.

Ella se preguntaba adónde se habían ido los objetivos. Entonces Heideger exclamó, “Las naves de asalto se están retirando. Parecen estar suspendiendo el ataque.”

Las armas del transbordador quedaron en silencio y la tripulación sentada y aturdida, no creyendo que aún estaban vivos. “No lo entiendo,” Dana parpadeó. Nadie más tampoco lo entendía.

Pero Angelo reportó, “Estoy recogiendo un campo de fuerza orientado en la nave madre. Creo que es un proyector de rayo de partículas cargadas.”

Repentinamente, enormes guiones de energía estaban llameando a todo su alrededor, descargas monstruosas como nada que los Humanos hubieran visto alguna vez antes. Pero parecía que las megaandanadas eran tan enormemente poderosas que eran por lejos menos precisas que las otras armas de la nave insignia.

O quizá sólo estén jugando con nosotros de nuevo, se le ocurrió a Marie. Lo sabremos en unos cuantos segundos. Ella encendió los propulsores de la nave, acelerando tan rápidamente como ella se atrevió –directamente hacia la nave insignia. “¡Ahora, si sólo podemos llegar bajo ella antes de que nos dé!”

Las cometas brillantes de la superarma de los Maestros caían en cascada alrededor del transbordador mientras Marie serpenteaba y se deslizaba hacia un lado patinando con toda la destreza en su comando. Había gritos y objeciones de todos los demás en la cubierta de vuelo.

“¡No hay tal cosa como ‘fuera de alcance’ para esa arma de partícula!” Marie gritó. “¡Tendremos que acercarnos, donde no pueda fijarnos en la mira!” El transbordador tembló y pareció querer partirse. “¡Prepárense!”

El Challenger IV se lanzó hacia la nave insignia, dirigiéndose hacia debajo de su vasta panza. Sobre sus cabezas, ellos pudieron divisar algo como una enorme lente de 180 grados entre los guiones de destrucción que ésta vomitaba. Entonces de repente el transbordador estaba en un área de paz y quietud, fuera del campo de fuego de la megaarma. Los Bioroids, por supuesto, habían retrocedido una vez que ese enorme golpe de gracia se soltó. El transbordador estaba moviéndose rápidamente solo.

“Buena jugada, Teniente,” Angelo concedió.

Ella se movía debajo de la enorme panza de la nave, serpenteando entrando y saliendo de los rasgos superestructurales. “¡Esto sólo es un respiro! Aún están esos cañones de fuego antiaéreo que derribaron a los Halcones Rojos.” Y, todos ellos sabían, los Bioroids probablemente no se habían exactamente dirigido a los vestuarios, tampoco.

Marie quitó la mayor parte de su velocidad con un encendido de los retros, navegando con descargas de propulsores extremadamente derrochadores que no podían ser evitados. El transbordador pasó como un rayo junto a la parte inferior de la nave madre sólo unas cuantas docenas de metros sobre él. Él serpenteó entre una gruta estupenda de los mástiles de comunicaciones insectiles, como un crucero por cierta ciudad submarina misteriosa. Aquel pasó entre cosas de apariencia de diapasones al revés tan grandes como edificios de muchos pisos, y Torres de Babel colgando al revés.

“Parece despejado por allí, Teniente,” Heideger dijo, señalando.

Angelo olvidó respirar por algún tiempo, mirando a su alrededor a las pantallas, a los puertos de observación. Los informes no habían hecho justicia a la nave. “Esta cosa gigantesca,” él expuso inadecuadamente.

Marie asintió para sí mientras encaminaba la nave. Ella murmuró, “Yo –yo nunca he visto nada como esto....” Se sentía más como estar en un submarino que en una astronave.

“¿Lo repite, Teniente?” Dana levantó la voz.

Marie le devolvió una mirada severísima. “¿Prestando completa atención a prácticamente todo hoy, no es así, Teniente?”

Dana lucía contrita. Marie avistó más allá de ella. “¡Hey, Bowie! ¿Algo de suerte estableciendo comunicación?”

Bowie seguía trabajando. “No hay suerte. Ningún curso de visión. Además, todos estos ecos electrónicos y toda esta confusión de energía están friendo la aviónica.”

“¿No hay ninguna noticia aún, joven?” El Comodoro Tessel

preguntó en el centro de comando.

Un técnico contestó agudamente, “Bueno, señor, estamos mostrando algo en los sensores, pero no estamos seguros de lo que sea. Estamos obteniendo imágenes borrosas, y las computadoras de interpretación no las pueden clasificar.”

Sean Phillips y Louie Nichols entraron al centro de comando. Nadie los había invitado, pero Emerson notó su entrada, no se opuso, y sus subordinados siguieron con sus cosas. “¿Se sabe algo del Challenger?” Sean preguntó a Nova Satori calmadamente, ansiosamente.

El centro de comando era un área restringida; ella no tenía idea de qué favores habían sido cobrados o qué ardides de Phillips habían sido usados para entrar, pero Nova sabía que ella debía estar expulsando a los dos soldados del ATAC.

Sólo que no parecía correcto, sin embargo, con tantos muerto así como muchos más, tal vez, a punto de morir. “Estamos recibiendo señales distorsionadas, así que no estamos seguros de lo que esté sucediendo,” ella dijo a Sean.

“Allí,” el técnico dijo justo entonces. “¡Creo que son ellos! Pero – la razón de que nuestra señal esté distorsionada es porque están tan cerca de una de las naves madres enemigas. ¡Caray! ¡Está justo encima de ellos!”

El transbordador apenas iba a la deriva. “Mantén tan cerca como sea posible,” Marie dijo, estrechamente inclinada.

“Qué silencio lúgubre. Hombre, odio los silencios lúgubres,” Dana murmuró.

“¿Supongo que preferirías tenerlos disparándonos de nuevo?” Angelo replicó.

“¡No se preocupen; trituradores terrestres!” Marie dijo acremente. “Habrá mucho más disparos, y pronto.” Los tres ATACs fruncieron el entrecejo; ellos eran soldados del cuerpo blindado, no trituradores terrestres de la infantería.

Marie se encorvó hacia delante en su silla; el transbordador

estaba llegando al final de la panza de la nave insignia. “Prepárense para tratar de lograr contacto de nuevo.”

“Listo y esperando,” Bowie dijo tranquilamente.

“Todos obren con cautela,” Marie dijo. “Nos estoy llevando arriba para una inspección.”

Ella encendió los propulsores principales y ascendió rápidamente de debajo de la inmensa nave insignia. Inmediatamente, dos de los cañones como bombillas de un candelabro colgante giraron colocándose en posición y enviaron vides enredadas de destrucción blanca y verde.

“Oh, ahora se las arreglaron para hallarnos, ahora que no estamos ocultos.” Marie dijo riendo desdeñosamente, llevando al transbordador por maniobras evasivas. “¡Alertas, todos ustedes! ¡Recibiremos compañía!” Sin embargo, el hecho de que el enemigo parecía haber perdido la pista del Challenger, una vez que el transbordador se acercó por debajo no sería olvidado.

“Nave de asalto alienígena en nuestra cola,” Angelo exclamó.

“Y yo estoy captando a dos más acercándose por nuestros flancos,” Dana agregó.

Pero las naves alienígenas se abstuvieron de disparar esta vez. Aún había más que los Maestros Robotech deseaban conocer sobre estos primitivos habitantes de la tierra, criaturas semejantes a eslabones perdidos realmente, quienes habían en cierta manera insondable eliminado a los gigantescos Zentraedis.

Las bahías de lanzamiento de las naves de asalto se abrieron, y Bioroids salieron zumbando.

Marie había recuperado parcialmente los escudos, pero voló zumbando a baja altura del casco superior de la nave insignia, rozándolo, de modo que los cañones enemigos no pudieran ser bajados lo suficientemente bajo para dar al transbordador.

Los Bioroids, por otra parte, tenían problemas para obtener un tiro limpio, enjambrados tan densamente como lo estaban; ellos corrían el riesgo de asestar a su propia nave o unos a otros.

“Bowie, reasume escaneo de contacto,” Marie ordenó.

“Entendido; explorando,” Bowie respondió. El contacto de láser con Liberty requería enorme precisión. Eso significaba que el Challenger IV tendría que hacer menos maniobras, al menos por un

ratito. Y eso a cambio significaba que alguien iba a tener que mantener a los Bioroids lejos del transbordador; repelerlos tal vez, o mejor aún, servirles de señuelo.

“Hágase cargo,” Marie dijo a Heideger. “Me voy a vestir.” Ella comenzó a dirigirse hacia la bahía de carga posterior, y a su Veritech.

Capítulo 12

No puedes tener a alguien en tu mira en combate sin perder mucho tiempo después de ello preguntándote si no estás en la de algún otro.

Observación realizada por Dana Sterling a Nova Satori

Los Bioroids comenzaron a apresurar su ataque; Heideger se arrojó en un zigzag mientras las puertas superiores de la bahía de carga se abrían para que el lanzamiento de Marie fuera menos de un tiro al pichón.

El VT salió rugiendo al oscuro vacío, y la mayor parte de los Bioroids giraron para perseguirlo al instante, dejando a los otros para esquivar el fuego del transbordador. Dana y Angelo cada uno logró flamear un mecha enemigo azul.

Entonces de nuevo todo fue vueltas y quemaduras para Marie, una furiosa lucha aérea en el despreocupado vacío. Ella cazó a tres de ellos con furiosas y atormentadoras maniobras mucho más apropiadas para la lucha atmosférica que para el espacio falto de aire; las naves Robotech se movían mucho más de acuerdo con la imaginación del piloto, y Marie estaba mucho más cómoda volando donde la aerodinámica y las superficies de control contaban.

Entonces un cuarto enemigo alienígena consiguió acertar una línea de tiros en su fuselaje, pero sólo a un ángulo de rozamiento, de modo que ellos hicieron poco daño. Ella giró hacia el azul vengativamente, lo flameó, y hábilmente evitó el fuego de dos más.

Repentinamente una forma proveniente de sus pesadillas se le acercó en picada, era el Bioroid rojo apuntándole. “¡Oh, no, no lo harás!” Ella conectó la potencia de emergencia, disparando continuamente, al mismo tiempo haciendo mechamorfosear al VT.

El VT se reconfiguró a modo Guardián. Marie estaba a punto de virar para otra embestida al rojo, pero dos azules se abalanzaron sobre ella antes de que pudiera hacerlo.

Dentro del transbordador, Heideger gritó, “¡Marie está en problemas!”

Dana enceró a otro azul pero erró al que estaba detrás. “Oye, todos tenemos nuestros propios problemas. Bowie, háblame.”

Bowie estaba atento a su trabajo en el departamento de comunicación. “Contacto provisorio. Creo que los he localizado.”

“Levanta el transmisor láser,” Dana ordenó; eso lo arriesgaría a ser dañado, pero no quedaba mucho tiempo, y los voluntarios tendrían que correr el riesgo.

Afuera, Marie condujo al primer azul, colocándolo entre ella y el segundo, luego borrándolo completamente. El segundo pasó a través de la bola de fuego esférica del primero, cegado algo por ella, de modo que ella lo tomó por sorpresa y lo sazonó con un disparo sostenido. Éste, también, fue pulverizado.

“El transmisor está en posición,” Bowie dijo por la red táctica.

Marie echó una mirada frugal mientras maniobraba y estiraba el cuello para ver más contrarios. “¡Recibido! ¡Lo veo!” El láser había emergido de una vaina blindada sobre la cubierta de vuelo. Era un dispositivo tan frágil y de aspecto no impresionante, que molestó a Marie, para haber sido el centro de tal carnicería.

Un azul pareció notar el aparato y se interesó en dispararle, pero Marie le cayó encima desde la posición de seis en punto y voló a la máquina de guerra en pedazos.

“Muy bien, Bowie, es ahora o nunca,” Dana dijo, girando sus armas hacia un nuevo objetivo.

Bowie comenzó a enviar la transmisión codificada en formato de estallido; toda la información estaba contenida en un único micro-pulso que se repetía una y otra vez. Si sólo un pulso pasaba, los operadores de Liberty lo podrían decodificar instantáneamente, reprogramar sus transmisores, y reasumir contacto. El pulso-mensaje también detallaba qué había sucedido en la Tierra desde la aparición de los alienígenas.

El problema era que el transbordador estaba siendo golpeado tan cruelmente por el fuego enemigo que ni siquiera el complejo

aparejo compensador podía mantener al rayo bien en el objetivo.

Los voluntarios del transbordador comenzaron a disparar de nuevo, presionando los gatillos hasta que sus pulgares se cansaron, mientras más Bioroids venían hacia ellos para reemplazar a los que ellos destruían. Marie volteó y por una fracción de segundo no pudo esquivar, y el Bioroid rojo vino sobre ella desde ninguna parte y dio en el blanco. Ella torció al Guardián para evitar lo peor de la ráfaga, y golpeó violentamente contra el fuselaje del transbordador. “¡Me dieron!”

“¡Marie!” Dana gritó por la red.

“Es ese Bioroid rojo,” Marie gimió de dolor mientras el merodeador venía hacia ella en otro pase. Su Guardián apenas se apartó del camino, pero el rojo dio la impresión de estar jugando con ella. “¡Es demasiado rápido para mí!”

Dana miraba la escena en los monitores externos, con los ojos muy abiertos. Es el mismo, ella lo sabía con una certeza que nunca cuestionaba. Al que yo –yo le temo. ¿Pero por qué? ¿Qué son estos extraños sentimientos? Y ahora va a matar a Marie.

Pero una férrea determinación surgió en ella. ¡No! ¡No lo dejaré! “Voy a salir,” ella decidió, levantándose de su lugar.

Bowie y Angelo comenzaron a oponerse, pero ella ya estaba lanzándose hacia popa. “¡Hagan su mejor esfuerzo para detenerlos. Y hagan pasar ese mensaje!”

El interminable entrenamiento de la Academia y deber con el 15to le sirvió bien; en segundos ella estaba vestida con la armadura, subiendo a su mecha en modo Battloid. ¡Yo sé cómo piensa esa Bioroid! ¡No sé cómo, pero lo sé! ¡Puedo vencerlo!

“Más bandidos se aproximan,” Angelo reportó mientras las puertas de la bahía de carga se abrían de nuevo. Las puertas se abrieron hacia arriba para revelar un volumen del espacio lleno de los brotes mortales de explosiones y discos en torrentes de las armas de energía Robotech.

Un azul vio la apertura y trató de montar su Hovercraft directamente hacia abajo a la bahía de carga del transbordador. El Battloid de Dana levantó su pesado rifle y regó al azul con energía llameante, devolviéndolo en fragmentos.

Ella giró el rifle de un lado a otro, haciendo retroceder a los

atacantes cercanos. “¡Resiste, Marie! ¡Estaré contigo en un instante!”

“Gracias,” Marie dijo, sonando atormentada. “Podría usar la ayuda.”

“¡Bowie! ¿Alguna respuesta de Liberty?”

El sudor corría por la cara de Bowie en riachuelos. “Todavía no.”

Tessel trataba de contener su frustración. “¿Por qué no ha respondido Liberty? ¿Por qué?”

Al igual que todos los demás en el centro de comando, él temía de cual podría ser la respuesta. Tal vez toda la teoría detrás del plan estaba mal, o el equipo no estaba a la altura del trabajo. O tal vez no había nadie vivo en la Estación Espacial Liberty para oír.

“Señor, no podemos divisar a Liberty o al transbordador. Comienza a parecer que es un limpión, señor,” un analista del G2 reportó.

Nova oyó la profunda inspiración a su lado, Sean y Louie. Los tres jóvenes soldados no decían nada, temiendo que podría traer mala suerte; miraban las pantallas, sin pestañear, sin moverse.

Dana sumó el tremendo poder de fuego de su Battloid al del Guardián de Marie y al de las baterías del transbordador. Heideger de algún modo mantenía el poder de los escudos al mínimo, aunque la nave recibió varios golpes. El área entera alrededor del transbordador era un entrecruzamiento del fuego más pesado que Dana había visto alguna vez. Los Bioroids eran despedazados, sólo para ser reemplazados por más.

Entonces Marie exclamó, “¡No puedes ganar! ¡Ni siquiera eres Humano!” y Dana vio que el rojo había reaparecido como un Jinete del Apocalipsis, zambulléndose hacia el líder León Negro. Marie y el rojo se dispararon mutuamente con fuego intenso hasta que la

distancia fue muy corta, casi a quemarropa. Entonces el rojo se desvió y viró para otro intento.

“¡Dana, se dirige hacia ti! ¡Me uniré a ti!”

En momentos, Marie estuvo en la bahía junto a Dana, hombro a hombro, los cañones apuntados alto mientras el líder enemigo acometía hacia ellas de nuevo, su arma de mano oval escupiendo rondas una encima de la siguiente.

Se convirtió en un curso de colisión, las dos mujeres y el alienígena compitiendo para ver qué lado podía proporcionar un volumen de fuego más asesino. El VT Battloid y Hovertank Battloid mantuvieron su posición mientras el rojo se acercaba.

“¡Sólo manténte disparando, Dana, manténte disparando!”

Disparos del pesado cañón que era el rifle de Dana marcaron tanto finalmente, rompiendo el borde del visor del rojo, de modo que humo y trozos llameantes salieron girando de él. Sin embargo el rojo cambió de dirección de nuevo, para recobrar el equilibrio.

“¡No te detengas! ¡Él no puede resistir por mucho tiempo!” Marie dijo mientras el rojo venía hacia ellas en un nuevo curso. “¡Tienes el ángulo; es tuyo!”

El Battloid de Dana extendió sus pies y se mantuvo de pie como un titán metálico arrojando estrellas de fuego. El rojo se precipitó, y, como si los eventos se hubiesen enredado en un tipo de lazo crono-dimensional, ella consiguió un tiro continuo en la misma parte del hombro izquierdo en el que ella había acertado en la lucha en la Base Fokker. Otra vez el hombro casi se separó; otra vez el rojo se alejó dando volteretas como un abatido Lucifer chamuscado y azotado.

La mente de Dana dio vueltas. ¿Era esto el pasado, el presente, el futuro? ¿Era real? “Yo –¡yo le di!” ella gritó, sacándose de la desorientación.

“Buen trabajo, infante.” Marie rió. Como antes, los Bioroids azules interrumpieron su ataque tan pronto como su líder se retiró del campo de batalla.

Dentro del transbordador, Bowie activaba el nuevo sistema de comunicaciones de frecuencia saltadora, conectando un mensaje entrante con la red táctica de modo que Dana y Marie lo oyeran. “Esta es la Estación Espacial Liberty llamando a la Tierra, Estación

Espacial Liberty llamando a la Tierra. ¿Nos reciben? Hemos retransmitido su mensaje a la Base Luna. Repito, la Base Luna ha reasumido contacto también.”

Bowie y Angelo estaban de pie, dándose palmadas mutuamente en las espaldas. Estaban a punto de arrastrar a Heideger en ello cuando vieron que estaba desplomado, sin vida, en el asiento del copiloto. La alegría se fue consumiendo en ellos.

“Oh, no...” Heideger había recibido una descarga fatal de una oleada de energía durante el ataque final. Angelo, casi llorando, cerró los ojos del hombre por última vez.

“¡Lo lograron! ¡Misión realizada! ¡El Challenger regresa a casa!” un técnico del centro de comando gritó. Sean y Louie que estaban de pie vieron convertirse al lugar en un manicomio de celebración. Hasta Nova Satori estaba sonriendo, los ojos brillantes.

Louie ajustó sus anteojos oscuros y se encogió de hombros hacia Sean. “Con tres ATACs allí arriba –¿qué esperaban?”

Muy en lo alto sobre la Tierra, en la nave insignia de los Maestros Robotech, todos los aspectos del encuentro eran reexaminados y sujetos a un escrutinio fríamente despiadado. El triunvirato clon Científico tenía responsabilidad primaria en este asunto, aunque, por supuesto, el triunvirato Político estaba trabajando en cercana coordinación –una coordinación difícil de imaginar para los no clones.

Discusiones y debates silencioso tenían lugar, moderados por el casquete de Protocultura jorobado del triunvirato de los Maestros. Las muchas voces mentales hablaban con la precisión de un contacto psíquico artificialmente inducido; eran libres de trabas por cualquiera emoción.

Era claro que la estación espacial y la base lunar estaban en

contacto con los primitivos de abajo otra vez, en cierto modo que frustraba, por ahora, la habilidad de los Maestros para interferir. Los humanos tenían millones y millones de frecuencias entre las cuales saltar, y hasta los recursos de los Maestros Robotech eran finitos –más aún ahora que la reserva de Protocultura estaba tan escasa.

La comunicación reasumida era de poca monta, sin embargo, y las pérdidas en Bioroids y naves de asalto era de poca preocupación. Era lo desconocido lo que inquietaba a los Maestros. Hasta ahora, no había habido señal de las enigmáticas armas o poderes que habían destruido la mayor parte de la raza Zentraedi, y unas cinco millones de naves de guerra.

Ciertamente, no había habido uso de tal cosa hasta ahora. Sin embargo, aunque los Maestros eran arrogantes y supremamente egotistas –a pesar de su decadencia, y lo ciegos que se volvieron a su propia declinación– ellos no albergaban ningún ensueño cuando tenían que reconocer el poder de los gigantescos guerreros clonados que ellos habían creado. Sea lo que fuera que había derrotado a los Zentraedis –que había tragado virtualmente a los innumerables goliats y sus flotas y mechas como un agujero negro– era una fuerza para ser temida hasta por los Maestros Robotech.

Tal vez todo eso que había ocurrido antes fue un inteligente artificio Humano, se les ocurrió a los fríos intelectos en la nave insignia. Tal vez todo este sacrificio y aparente vulnerabilidad de parte de los primitivos eran una estrategia para atraer a los Maestros hasta que encontrasen el destino de los Zentraedi.

Otro cuerpo de opinión sostenía que cualquiera sea la fuerza que había aniquilado a los Zentraedis –y había evidencia de que esa fuerza podría haber sido los Zentraedis mismos– ya no existía. Por lo tanto: hay que seguir avanzando; dirigirse hacia el tesoro más allá de los tesoros que yacen abajo.

Y pendiendo sobre todo debate estaba la necesidad, el hambre, por Protocultura. Aunque los Maestros nunca lo habrían planeado así, sin la grandiosa creación de Zor ellos eran una raza moribunda de refugiados; sin embargo, con ella ellos serían, como ellos se imaginaban a sí mismos, Señores de toda la Creación.

El anhelo y la necesidad eran más grandes de lo que cualquier

mortal podría concebir alguna vez; la sed de un vampiro era una mera sequedad de garganta en comparación. Una decisión fue alcanzada inmediatamente después de la batalla; la próxima fase del plan de los Maestros Robotech fue puesta en marcha.

Capítulo 13

Por supuesto, Dana Sterling no estuvo aislada físicamente en su crianza; en realidad, fue algo desordenado por momentos. Pero, mientras que existen indicaciones de que ella no era virgen para cuando se graduó de la Academia, ella parecía no haber formado ningún lazo sexual fuerte de ningún tipo –como si algo la estuviera resguardando tan seguramente como Rapunzel siendo mantenida en una torre.

Yo remito al lector a los escritos de Zand, Zeitgeist, y del resto en lo tocante a qué era eso; parece cierto que los eventos en los montículos y de allí en adelante los confirman.

Altaira Heimel, Mariposas en Invierno; Las Relaciones Humanas y las Guerras Robotech

Dos Hovercycles aullaban por la noche codo a codo.

Dana sabía que habría arenilla del camino y polvo de las cenizas de la Tierra herida que lavar de su cabello más tarde, pero no se preocupó. Sus luces delanteras arrojaban conos de luz áspera a través de la desolación mientras ella y Bowie corrían a gran velocidad a través del erial.

Una patrulla nocturna ordinariamente habría sido un gran aburrimiento. Era un bastante parecido a proteger el Desierto de Gobi; ¿quién iba a robar este pedazo de bien inmueble? Pero el Ejército de la Cruz del Sur se colocó en alerta amarilla inmediatamente después del tumulto del Challenger, y todo aquel que no estaba tomando el sueño tan necesitado estaba listo para entrar en acción. Vigilancias de marcha en la sala de alistamiento

del 15to acabaron de volver loca a Dana, así que ella había aceptado en el acto la oportunidad de tomar esta patrulla, para alejarse de la base por algún tiempo. Bowie naturalmente la había acompañado, leal y preocupado como cualquier hermano.

Además, existía la oportunidad, aunque remota, que los Maestros Robotech intentasen una invasión, lo que agregaba al paseo alocado un poco de voltaje.

Su cabello sólo en parte estaba confinado por la banda de sus gafas y la cinta para el cabello tecno-ornamentada que vestía; Dana se deleitaba con el vapuleo de las cortas y espesas ondas rubias y la sensación del viento en su cara.

Cuando la base se comunicó, ella dejó que Bowie lo manejara; ella estaba disfrutando a lo grande. Entonces la realidad la alcanzó.

Bowie se le aproximó todavía más cerca, hasta que estuvieron rodilla a rodilla a noventa y seis kilómetros por hora. Ambos disminuyeron la velocidad un poco, de modo que pudieran hablar antes que usar su enlace de comunicaciones; Bowie sabía que Dana odiaba tener a la base escuchando furtivamente.

“¡El cuartel general nos ha estado siguiendo la pista!” Bowie gritó lentamente, de modo que ella pudiera leer sus labios – iluminados por las luces de su tablero de instrumentos y la contracorriente del farol delantero– así como también esforzarse para oír. “¡Dicen que volvamos, en este momento!”

Ambos tomaron un montecillo bajo de arena vitrificada por una descarga Zentraedi hace mucho tiempo, como un par de corredores de carrera de obstáculos. Dana le inclinó la cabeza. “Muy bien, vamos.” Ella había aprendido temprano en la vida que la libertad nunca duraba por mucho tiempo.

Pero cuando daban vuelta, sus luces delanteras ahuyentando conejos y extrañas cosas criadas en la radiación que habían salido en la oscuridad, precipitándolos deprisa por cubierta, Dana exclamó con sorpresa, luego gritó, “¡Espera!”

Ambas motocicletas recularon, luego se detuvieron, los motores marchando en vacío suavemente. “Hmmm.”

Bowie vio que Dana estaba mirando lejos en la distancia y miró hacia allí. “¡Hey!” él aulló.

Reflectores, o al menos los que parecían reflectores, cuarteaban

el cielo hacia el este. En una generación más temprana alguien habría dicho que parecía la apertura de un supermercado.

Dana colocó sus googles en burbuja en su frente para mirar mejor. “Ese sector ha estado totalmente prohibido desde que tengo memoria,” ella reflexionó. En alguna parte por allí se encontraba la nave en proceso de destrucción que había destruido finalmente Ciudad Macross, y los montículos en los cuales el género Humano había sepultado los restos de las SDF-1, SDF-2, y la nave insignia de Khyron el Traidor, el loco señor de la batalla Zentraedi.

Sepultado allí, también, estaba lo que quedaba de Claudia, la tía de Bowie, el Almirante Henry Gloval, y las tres jóvenes mujeres a cuyas fotos los padrinos de Dana virtualmente habían rendido culto todas sus vidas.

Bowie estaba equilibrado sobre las yemas de sus pies, montando a horcajadas la motocicleta, la que se meneaba de arriba abajo suavemente sobre sus propulsores de efecto superficial, el motor zumbando. “Teniente, no sé. Y no estoy deseoso de averiguar, tampoco.” Él había visto los montículos desde lejos, muchas veces, pero algo sobre ellos lo incomodaba, lo inquietaba.

Ella había estado pensando precisamente lo contrario, él lo sabía; Dana le devolvió una mirada enfadada. “¿Lo repites?”

“¡Sólo era una broma! ¡Para divertirnos!” él la tuvo a raya.

“No es cómico, Soldado, ¿me entendió?”

“¡Muy bien! ¡Perfectamente!” Pero él vio que la ráfaga había pasado. Ella estaba mirando esas luces de nuevo. “¿Qué hacemos ahora?” él preguntó, como si él no tuviera un presentimiento de cuál sería la respuesta.

Eran los mechas, o robots, o máquinas, o cualquier cosa que fueran, más extraños que Dana había visto alguna vez. Había una docena de ellos o más, como enormes reflectores caminantes del tamaño de un Gladiador, sólo que las lentes redondas habían sido reducidas como el iris de un gato hasta que fueron ranuras delgadas. Y las ranuras estaban girando, por ello había abanicos estrechos de luz

extendiéndose en el cielo, aparentemente gruesos, luego delgados, luego gruesos de nuevo cuando eran vistos desde un lado. Los rayos barrían de un lado a otro a través del gigantesco montón de piedras de la caída SDF-1, algunos ocasionalmente barrían más allá, para arrojar los rayos aéreos de luz que Dana y Bowie habían divisado.

Dana no podía encontrar ni pies ni cabeza a los reflectores de dos patas que caminaban con pasos pesados de un lado a otro o estaban parados en filas y parecían iluminar el montículo, pero hubo algo más a lo que sí, y que casi hizo parar su corazón.

La voz sonaba aguda y distorsionada, como una voz Humana oída por una transmisión de una sola banda lateral: artificial por alguna razón, y vibrante. “No puede haber ningún error,” el Bioroid rojo decía. “Las criaturas de este planeta han intentado disfrazar la Protocultura con una sustancia radioactiva.”

El mecha alienígena andaba a pasos regulares alrededor del área de trabajo, a cincuenta metros abajo, sosteniendo un extraño instrumento circular o herramienta en un puño muy blindado. En ese momento, Dana no cuestionó cómo ella y Bowie oían y entendían las palabras; parecía que eran amplificadas por un sistema de altavoces.

“Notificarán a la nave madre que nuestros cálculos eran correctos,” el rojo continuó hacia una hilera de tres azules que estaban en posición de firmes. “Haremos preparaciones adicionales para excavar.”

Pero el rojo sabía que no sería tan simple como eso, y que el esfuerzo para recobrar la Matriz enfrentaba oposición más seria que la mera interferencia humana. Los tres entes inorgánicos, los espectros de la Protocultura que los Maestros habían detectado a su llegada, habían hecho sentir su presencia. De algún modo, los guardianes de los montículos estaban resistiendo los esfuerzos de los Bioroids para conseguir una localización precisa de dónde exactamente estaba la Matriz, significando que la excavación, usando las técnicas no sutiles de los Maestros, corría el riesgo de dañar o hasta destruir los últimos recursos existentes de producción de Protocultura.

Más aún, los espectros exudaban un aire de confianza de frío ártico, un aura de que el Plan, la grandiosa Visión, del Zor original

no sería descarrilada. Los espectros eran formados por la Protocultura, por supuesto; incluso los Maestros Robotech debían proceder con cautela.

Sin embargo los espectros no habían demostrado ningún poder físico o psíquico más allá de esa pequeña confusión de los instrumentos de los Bioroids. El Bioroid rojo podía considerar dos vías para proceder: una exhumación gradual, casi quirúrgica, o un cavado en bruto del área entera de los montículos y todo alrededor de ellos para posterior disección. Ningún proceso podía ser emprendido mientras los primitivos locales fueran aún capaces de oponer resistencia; eso arriesgaría la destrucción de la Matriz con un misil perdido, una andanada de energía –cualquiera de varias posibilidades terribles.

El Bioroid rojo esperaba las órdenes de los Maestros mientras el trío de apariciones negras dentro de los montículos, creado por la Matriz para su propio propósito, siguiendo las instrucciones y la visión de Zor, gozaba, y ridiculizaba a los Maestros Robotech.

Desde la cima del acantilado que dominaba la operación de los invasores, Dana y Bowie miraban con frías ventilaciones de desesperación agitándose por ellos. Una nave enemiga más grande que una nave de asalto, de apariencia de algún modo industrial, utilitaria, estaba suspendida con su casco inferior a unas pocas docenas de metros del suelo. Otros Bioroids estaban moviendo equipo pesado en derredor en plataformas de carga y trineos que nunca tocaban el suelo.

¿Cómo habrán podido traspasar nuestros sensores? Dana pensó con una sensación de amilanamiento. ¡La Tierra está abierta de par en par a ellos! Ella simplemente almacenó las referencias sobre la Protocultura y la excavación para su reporte de después de misión; los analistas de inteligencia tendrían que lidiar con todo eso.

Ella y Bowie estaban apoyados sobre sus estómagos, curioseando la escena de la minería de los Bioroid. Dana debatía entre el impulso para comunicar esta catastrófica cabeza de playa alienígena

al instante y la conciencia de que cada fragmento de inteligencia podría ser de suma importancia –de que otros pocos momentos de escucha furtiva podrían redituarse en la clave para la guerra entera.

El entrenamiento y los procedimientos de los libros vencieron por primera vez. Ella tenía información vital que regresar a los cuarteles generales; continuar sería el problema de alguien más. Ella se extendió para dar a Bowie una silenciosa y todo menos invisible señal de contacto, un código de presión de puño y dedos que le diría que era tiempo de dejar el área silenciosamente, luego correr como el diablo.

Entonces fue cuando el Bioroid rojo, deteniéndose, volteó su lustroso visor facial negro y azul en la dirección de los Humanos.

Dana oyó las palabras tan claramente como si el ornamento estilizado en su cabello fuera un auricular real: Siento una presencia enemiga.

Los azules estuvieron en alerta al instante. El rojo volteó ponderosamente y caminó airoso a través del ruido fuerte y las luces estroboscópicas del área de trabajo, la gran cabeza estirándose para mirar el escondite de ellos. “¡Abajo! ¡No te muevas!” Dana dijo susurrando, haciendo lo mismo. Ellos oyeron el resonante paso metálico detenerse cerca de la base del acantilado. Parecía emanar de esta área, la voz-mente dijo. Sería aconsejable echar un vistazo.

Un torrente de luz vino desde abajo. Contra todo entrenamiento y cada instinto de evitar la curiosidad, Dana fue movida por esos mismos impulsos misteriosos a curiosear sobre el filo del acantilado.

Bowie susurró, “¿Qué sucede, Teniente?” pero ella simplemente no pudo responder, transfigurada por lo que veía. Bowie se levantó para curiosear también. Él vio que Dana estaba transfigurada, en cierto tipo de ofuscamiento.

El Bioroid rojo se había detenido y abierto, su coraza pectoral balanceándose hacia delante, las piezas de las hombreras y la visera de su casco apartándose, como una ilustración esquemática en un manual técnico. Cobijada dentro había una esfera resplandeciente, como una torreta esférica de un artillero, con una armazón metálica semejante a líneas de latitud y longitud, emitiendo una radiación aún más intensa que la de los reflectores. La luz de la esfera se

volvió más y más brillante, luego lanzó líneas largas de sombra mientras algo se movía en su mismísimo centro. Una forma de piernas largas y alta emergió del centro de la incandescencia intolerable.

La raza Humana había estado trabajando en la suposición de que estos nuevos invasores se parecían a los Zentraedi, diez veces más grandes que la estatura humana, y que las cosas metálicas contra las que la Tierra estaba combatiendo eran básicamente gigantes extraterrestres en armadura. Eso obviamente no era verdad, y Bowie no sabía qué esperar ahora. Él estaba pensando en términos de repugnancia, criaturas pegajosas, cuando un joven semidiós salió caminando para apoyar un pie calzado con bota en el borde de la placa pectoral abierta, examinando todo a su alrededor con un aire de arrogancia suprema.

La criatura parecía ser masculino, y lucía bastante Humana, aunque con un aire de duendecillo y largos ojos y orejas. La cara era un arquetipo cincelado, siempre joven y esbelto, guapo como una estatua griega. Montones de bucles color lavanda caían alrededor de la cabeza y los hombros del ser. Las extremidades eran largas, también, pero musculosas y elegantes; el torso era esbelto pero poderoso y bien definido en la vestimenta apretada y negra brillante que el piloto del Bioroid vestía.

La vestimenta tenía un aspecto militar, con un cuello alto y abierto, cinturón amarillo y ancho, y mediasmangas de color escarlata cubriendo los antebrazos. En otro momento, la cara habría sido guapa, casi bella, Dana se dio cuenta, pero en ese momento estaba severa y vigilante. Ella estaba teniendo dificultades respirando, y repentinamente se sintió como si el aire estuviera enrarecido, recalentado, bajo en oxígeno. Ella respiraba con alientos cortos y rápidos muy rápidamente, y miraba esa cara.

Bowie engulló, luego jadeó, y eso disparó un jadeo en Dana. Parecían ser sonidos demasiado bajos para ser detectados en el ruido del área de trabajo alienígena, pero de algún modo el piloto del Bioroid rojo se percató de los observadores, o por oírlos o por algún sentido más elevado.

Ellos oyeron sus palabras bastante claramente, aunque sus labios nunca se movieron. /¡Cómo pensé: allí están!/ Luego él les habló

directamente, de mente a mente. /¡No intenten escapar!
¡Permanecerán donde están!/

/¡Luces! ¡Guardias: atrápenlos!/ el semidiós ordenó a su horda. Dana, mareada y suspirando por aliento, recurrió a cada reserva de voluntad mientras combatía la compulsión silenciosa del piloto del Bioroid rojo. Entonces ella sintió la mano de Bowie cerrarse alrededor de su brazo, presionando el brazal de la armadura del ATAC duramente dentro de la carne justo cuando los reflectores totalmente dilatados giraron los rayos para convergir en el escondite de los soldados, y ello pareció romper el hechizo. Los azules estaban moviéndose hacia ellos, las armas apuntadas.

Dana y Bowie se escabulleron y escarabajearon hacia atrás colina abajo, rayendo las manos y desgarrando los uniformes, dando vueltas y resbalando. Pero a tiempo alcanzaron la base, ya de pie y corriendo. Ellos eran dos regulares del ATAC en forma magnífica; ignorando las heridas menores, saltando por encima de pedrones rodados, estuvieron montados a horcajadas en sus motocicletas y acelerando fuertemente los motores en momentos.

Detrás de ellos ya podían oír el entropaso de las preparaciones para la persecución, como el aullido de sabuesos. Y la única palabra de aliento que Dana había dejado para dar a su hermano de sangre, hermano en lágrimas y en armas y en paz, era una palabra usada descuidadamente por otros pero enfáticamente en el escuadrón 15to: “¡Más rápido!”

Las motocicletas saltaron alejándose, dejando espumas de polvo en la luz de luna, casi parándose en sus colas, y Dana sintió la vulnerabilidad desnuda que cualquier tanquero sentiría en esa situación. Su pensamiento, al igual que el de Bowie, era para la seguridad de la velocidad, la velocidad... pero ya había persecución rápida tras sus huellas, y ella sabía mejor que virtualmente nadie más vivo cuán rápidamente esas aeroplataformas se movían.

Los alienígenas habían vuelto los destellantes y enigmáticos visores faciales hacia Zor Prime, su líder, quien gritaba silenciosamente, /¡Todos los Bioroids a sus Hovercraft!/

Entonces las aeroplataformas salieron presurosas de la nave de desembarco, en respuesta a la orden mental, los azules moviéndose en tropel a batallar, y el Bioroid rojo, con el hipnótico alienígena

dentro una vez más, saltó alto para aterrizar en su plataforma de montar los cielos con gracia siniestra. El rojo salió tras Dana y Bowie, un mismísimo Ángel de la Muerte.

El cañón era demasiado estrecho para las evasiones; Dana y Bowie iban por todas partes, montaban el lado alto de las paredes pétreas, y dejaban a la fuerza centrífuga halarlos hacia abajo, hacia el otro lado y arriba de nuevo para montar la pared opuesta. Ellos se entrecruzaban y disparaban, todo el tiempo esperando el tiro que terminaría con sus vidas; los discos de aniquilación alienígena se estrellaban a su alrededor. Pero no había ninguna calle lateral; era un curso llano. Y las veloces aeroplataformas estaban borrando la delantera de las motocicletas a una tasa terrible.

“¡Oiga, Teniente! ¡Estos androides van a estar en nuestros cuellos en otro par de segundos!” Bowie gritó en la prisa de su pasaje.

¿Androides? Ahora, ¿por qué asumí que son clones?

Dana se preguntó mientras se estiraba hacia abajo para alcanzar la carabina de energía de calibre corto sujeta en su funda debajo de su asiento. Con su culata plegada, un motociclista de Hovercycle podía dispararlo con una mano si la necesidad se presentaba.

“¿Bien, qué te parece un poco de práctica de tiro, Bowie?” ella le respondió gritando, tratando de sonar como si no tuviera ningún temor.

Bowie ni siquiera alcanzó una sonrisa cuando más discos erraron alrededor de ellos, detonando. “¡Cualquier cosa es mejor que esto!” Él empezó a liberar su propia carabina.

Ellos se prepararon para girar. “No dispares hasta que yo lo haga.”

“¡Entendido, Dana!”

Ellos habían montado y entrenado juntos lo suficiente para girar sus motocicletas en apretados giros a casi el mismo tiempo, viniendo extremo a extremo y cargando de vuelta contra los Bioroids que venían a la carga.

“¡Ahora!” Dana se inclinó hacia un lado de su manillar, sujetó su arma con ambas manos, y disparó. La maniobra sorpresa de las motocicletas atrapó a los Bioroids completamente desprevenidos. De hecho, el fuego enemigo se detuvo mientras los alienígenas

trataban de deducir lo que sucedía.

Y cierta suerte increíble estuvo con ella en ese momento. La carabina era una poderosa arma pequeña, pero nada comparada con las armas que ya habían fallado en derribar Bioroids; sin embargo, la descarga golpeó a un mecha enemigo sobresaltado y lo sacó de equilibrio, de modo que cayó de su Hovercraft.

Dana se desvió para eludir al rojo, y condujo hacia el agujero en la formación invasora dejado por el derribo del azul. Por una fracción de segundo ella estuvo entre los enormes mechas extraterrestres, luego se había ido. Dana esperaba a que un disco la aniquilara, pero ninguno llegó.

Ella arriesgó una mirada rápida hacia atrás, y se dio cuenta que Bowie ya no estaba con ella. Ella realizó otro súbito giro en un baño de polvo y arenilla, y se detuvo en seco. A la distancia hacia atrás, el Bioroid rojo estaba triturando con un enorme pie provisto de dos dedos los restos humeantes de la motocicleta de Bowie.

Y, muy arriba en el vasto puño metálico, sostenía a Bowie. En el extraño silencio siguiente al primer pasaje de brazos, él alzó su cabeza y la divisó a pesar de los golpes repetidos por los que él había pasado.

Más aún, ella lo podía oír. “¡Huye, Dana! ¡Sálvate!”

Esto, después de que ella lo había llevado a este horripilante lío. “¡Resiste!” ella gritó, y levantó la nariz de su motocicleta como un caballo de batalla encabritado. Ella rugió directamente hacia los Bioroids reunidos.

Bowie le gritó que diera la vuelta, pero él pudo ver que ella no iba a hacerlo. El rojo lo sintió luchar, y cerró su puño hasta que él no pudo respirar, sus costillas sintiéndose como si estuviesen a punto de ceder.

Dana fue rápida y directamente hacia el rojo, el cual esperaba inmóvil. Dana vio en su imaginación los ojos sobrenaturales del piloto. Ella se inclinó hacia fuera hacia un lado del asiento, disparando, rogando por otro tiro milagroso.

Pero esta vez un azul saltó delante del rojo, para escudar a su líder y al prisionero con su propio cuerpo. Dos más saltaron para flanquearlo, y los tres establecieron un fuego asesino con sus armas de mano. Dana montó directamente dentro de éste, esquivando y

gatillando locamente.

Los tres alienígenas comenzaron a mejorar su línea de tiro, sus discos convergiendo en una resplandeciente nova de destrucción. Estuvo tan cerca que la sacudió de su motocicleta, ella hizo lo que pudo.

Bowie, esforzándose, vio que el Hovercycle se convirtió en un rayo ensordecedor. Él puso todo lo que tenía en un último esfuerzo para escapar, para llegar hasta Dana y, si ella estaba muerta, para de algún modo vengarse. Pero el rojo cerró su puño estrechamente y él se desplomó súbitamente, inconsciente.

Capítulo 14

Tal como yo me tenso siempre que alguien dice la palabra “alienígena,” hay una palabra que siempre en cierta medida pone a Bowie en silencio y pensativo. Aún si –y yo he visto suceder esto– alguien inocentemente menciona el modo intermedio de un Veritech, Bowie en cierta medida se pone esfinge.

Entonces, yo reacciono del mismo modo, también, un poco. Nadie puede decirme “Guardián” sin evocar la imagen del General Rolf Emerson.

*Observación atribuida a la Teniente Dana Sterling por
la Teniente Marie Crystal*

Cuando Bowie volvió en sí, él aún estaba siendo sujetado por el rojo. Éste supervisaba desde un lado, mientras los azules escarbaban a través de los restos de la motocicleta de Dana. No quedaba mucho, y lo que quedaba estaba ampliamente disperso. Los Bioroids ni siquiera habían sido capaces de encontrar pedazos de Dana.

A una señal silenciosa del rojo, la búsqueda se detuvo. No era posible decir si los humanos habían reportado la presencia de los alienígenas; la misión de suma importancia para recobrar la Matriz de la Protocultura requería prioridad.

Los Bioroids abordaron sus plataformas antigravedad y pilotearon de regreso a los montículos, donde luces extrañas aún sondeaban el cielo y el terreno. Bowie yacía indefenso en el puño del rojo, llorando y jurando una venganza terrible.

Pero desde la hendidura de una roca, una figura golpeada se asomó para observar a los invasores marcharse. Dana escupió sangre, habiendo mordido su propio labio profundamente y perdido

algunos dientes en la caída. Su cuerpo se sentía como una sola gran magulladura. Afortunadamente, su resistente uniforme estaba hecho para este tipo de cosas, y la había salvado de tener la carne raída por el tumbo. Las muchas caídas de práctica realizadas en el entrenamiento habían resultado, también.

Después de que ella había sido sacada de la motocicleta, los alienígenas habían seguido disparándole, pensando que ella aún estaba a bordo, incapaces de verlo bien en medio de la explosión y los escombros que llovían. Ella logró arrastrarse hasta la seguridad fuera del área donde ellos buscaron sus restos.

Pero ella no podía sentir gratitud. “¡Bowie!” Ella trató de pararse, para seguir a la banda de Bioroids, pero gimoteó en agonía repentina por el dolor que se desató en su hombro.

Dana fue llevada ante el General Emerson sin mucha limpieza y sólo el más superficial interrogatorio. Cualquier cosa que ella había descubierto aún continuaba, y el tiempo era de suma importancia. Su brazo izquierdo era sostenido por un tirador; los médicos decían que no era una dislocación, pero era una torcedura dolorosa. Ella había sobrevivido al choque mejor que cualquier derecho que tuviera.

Emerson descartó la reprimenda a Dana por haber desobedecido órdenes; había cuestiones más importantes a la mano. Además, si no hubiese sido por su curiosidad, la Tierra muy bien podría haber permanecido ignorante del aterrizaje alienígena hasta que fuera demasiado tarde –si en realidad ya no lo era.

“Se me ha informado que usted ha visto de cerca a estos Bioroids alienígenas,” Emerson dijo tan pronto como Dana saludó y se reportó.

“Sí, señor. En el erial al norte de la Sección Dieciséis.”

“Y un ser Humano, o algo parecido a un ser Humano, estaba operando uno?”

Dana no pudo retener un pequeño resuello, cuando una visión repentina del piloto del Bioroid rojo vino a ella. “Así lucía desde

donde yo estaba oculta, señor.”

Rochelle giró hacia su superior. “General, Humano o no, ¿qué estarían buscando en ese erial?”

“¿Podrían ser pillos o algo por el estilo, buscando tecnología recuperable?” Green interpuso.

Emerson sacudió su cabeza de modo irritado. Green era un tipo juicioso como líder de combate, pero la sugerencia era absurda. Estos invasores habían venido de una cultura avanzada con una tecnología altamente desarrollada, y todo sobre ellos sugería que tienen un extensivo sistema de soporte tecnológico y social detrás de ellos –a menos hasta recientemente.

“No, esa no puede ser la respuesta.” Él había leído los archivos de los interrogatorios a los Zentraedi tan minuciosamente como nadie. “Ellos están al servicio de los Maestros Robotech.”

Rochelle se puso de pie. “Entonces, señor, sugiero que ataquemos cuanto antes, antes de que se vuelvan imposibles de desalojar de su posición establecida.”

Emerson sacudió su cabeza de nuevo. “Aún no. Primero quiero saber más sobre esta situación, y sobre estos Bioroids. Y sobre todo, quiero saber qué están buscando.”

Dana dijo quejumbrosamente, “¡Pero uno de mis hombres ha sido tomado prisionero! ¡Por favor, tiene que dejarme ir allí tras él!”

“Permiso negado.” Emerson se puso de pie, no más contento con las necesidades de la situación que lo que estaba Dana, pero en una mejor posición para ver el cuadro completo.

“Fue su decisión regresar a los cuarteles generales con esta información. Era lo correcto a hacer; estamos luchando por la supervivencia de la Tierra. una gran cantidad de vidas ya se han perdido, y más se perderán antes de que esta cosa haya terminado. Pero nuestra misión es repeler una invasión alienígena, ¿me comprende?”

Él lo hizo, para todos aquellos que estaban escuchando. Todos eran soldados en una guerra desesperada, incluso Bowie, quien significaba tanto para él.

Pero todo lo que Dana seguía oyendo eran esas palabras, fue su decisión.

En las barracas ella volvió a la sala de alistamiento, sumida en meditaciones desesperadas, hasta que se dio cuenta que alguien le estaba bloqueando el camino.

Angelo Dante estaba apoyado contra un lado del marco de la puerta, los brazos cruzados, su pie abrazado contra el otro. “¡Vaya, vaya! ¿No nos estamos olvidando un poco de algo? ¿Dónde está Bowie, Teniente? Oí que no lo logró.”

La cara de ella se puso pálida, luego enrojeció airadamente. Ella trató de pasar, aún sintiendo vergüenza y fracaso por la captura de Bowie. “Muévete, Dante.”

“Es una palabrería bastante dura para alguien que dejó todo y huyó y abandonó a ese muchacho allí de esa manera.”

Dana tomó una repentina decisión y encontró la mirada feroz de Angelo. “Si no lo hubiera abandonado, no habría nadie para ir a traerlo de vuelta, ¿o lo habría?”

Con su pie ella barrió la pierna que soportaba todo el peso de él; Angelo terminó en el suelo con un aullido. “¿Lo entendiste?” ella terminó con una débil sonrisa, quitándose el tirador. Su brazo dolía como un rayo, pero este no era momento para ser estorbada.

Angelo la estaba mirando con su boca abierta, no seguro de si él le iba a saltar encima y propinarle la paliza que se había buscado, o felicitarla por lo que parecía estar diciendo.

“Sargento, es mi considerada opinión que este escuadrón necesita algunas maniobras nocturnas de entrenamiento.”

Él le dio una sonrisa gradual. “¿Cómo en esa área fuera de los límites?”

Ella se quedó allí y le dio un guiño aún mientras estaba diciendo, “No sé a qué te refieres, Angie. ¡Atención!”

El enorme militar de tres galones se puso de pie con la velocidad de una máquina. “Ahora, entonces,” ella continuó. “Este escuadrón se ha vuelto complaciente, desaliñado, y fuera de práctica. ¿Me entienden?”

“¡Sí, señora!”

“Por lo tanto, se les ordenará dispersarse inmediatamente. Dígales que guarden los suspensorios y tomen sus calcetines,

Sargento.”

Las actividades de los Bioroids en los montículos se habían detenido mientras los Maestros Robotech sopesaban los problemas presentados por los espectros.

El progreso era entorpecido, también, porque el Bioroid rojo no estaba presente. Él había llevado al prisionero a la nave comando de avanzada para examinar al Humano y ver qué podía aprenderse. Eso había probado ser irritantemente poco; la criatura estaba inconsciente, y sus patrones de pensamiento tan no evolucionados que los métodos normales de interrogación no funcionaban.

Bowie lentamente regresó a la vida mientras sentía ser sacudido. Él estaba aún en el puño metálico del líder Bioroid, siendo cargado por un pasadizo al sonido de los masivos pasos metálicos. Dos azules caminaban detrás. El lugar era estupendo, construido a la escala de un Bioroid.

Los tres mechas parecían de color rojo en la iluminación del pasadizo. Bowie miraba de un lado a otro con aturdido asombro; el lugar lucía tan orgánico como tecnológico, alguna mezcla avanzada de ambos. Un área parecía estar compuesta de telaraña asimétrica más densa que las guindalezas más espesas; el cielo raso curvo del pasadizo tenía una apariencia vascular, como si fuera alimentado por vasos sanguíneos. Tremendas convexidades azules y pulidas en la pared podrían ser pantallas oscurecidas o inmensas piedras preciosas –Bowie ni siquiera podía suponer.

Él luchó contra el asimiento del puño, pero no sirvió para nada. “¡Vamos, simio gigante! ¡Déjame ir! ¡Me estás aplastando!”

El trío de Bioroids se detuvo delante de una puerta triangular aún más alta que ellos mismos. Los tres segmentos de la puerta estaban unidos por costuras dentadas, como un triskelion. Al abrirse la puerta deslizándose, también lo hizo así el ancho pecho y el casco del rojo, exponiendo la resplandeciente torreta esférica y al piloto que estaba sentado allí calmadamente, las piernas recogidas, luciendo remoto y en paz.

Bowie gruñó, sacudiendo sus puños. “Oh, así que tuviste las agallas para mostrarte, ¿huh? Bien, ¿qué sucederá ahora, Príncipe Encantado? ¿Estás asustado de dejarme ir porque estarías arriesgando tus dientes?”

El piloto del Bioroid rojo lo estudió como si él fuera algo en una sustancia de laboratorio. Bowie humeó, “¿Cuál es el problema, lindura? ¿No sabes hablar?”

El enemigo habló de nuevo en esa misteriosa lengua mental. / Prisionero, exhibes mucho alarde. Pero como todos los primitivos, aún tienes que aprender el valor del silencio./

Y el piloto rojo dio a Bowie una rápida lección, arrojándolo dentro del compartimiento que acababa de abrirse. El Bioroid se había encorvado de alguna manera, de modo que Bowie no fue lisiado o muerto. La caída lo aturdió, sin embargo, sacándole el aliento.

Puerta y Bioroid ya estaban resellándose para cuando el prisionero recuperó un poco de aliento. “¡Eso es! ¡Es mejor que te escondas en esa lata, apestoso cobarde!”

Y entonces la puerta se cerró. Bowie colapsó de espaldas sobre la cubierta, siseando con el dolor que no había dejado ver a sus apresadores. “¡Sólo aguanta, amigo!”

Después de un rato él se puso de pie. El compartimiento en el que estaba era tan grande como el complejo entero de sus cuarteles en la base; seguramente debía haber una manera de salir.

Pero una inspección rápida redituó poco. El lugar era evidentemente una bodega, pero los embalajes y las cajas más grandes que casas eran impenetrables a sus esfuerzos para abrirlos. Él no pudo encontrar ninguna vía de escape, ni siquiera un agujero de ratón del tamaño de Bowie. El enemigo había descuidado quitarle su navaja de supervivencia, pero no había mucho que él pudiera hacer contra el mamparo blindado todo a su alrededor.

Entonces él prestó más atención a la luz en lo alto sobre su cabeza. Era una cosa triangular y enrejada, y la fuente de luz parecía estar muy alto sobre la malla. Eso le hizo pensar en conductos y espacios angostos. En otro momento él estaba trepando el lado de un embalaje, ignorando el dolor de sus heridas.

Le tomó cerca de veinte minutos de gaseo, saltos, y caminata de

equilibrio entre los contenedores y tuberías y partes estructurales, y tuvo que volver atrás dos veces para intentar nuevos acercamientos, pero por último salió bajo la malla. Él se aferraba a la esperanza de que no oiría el ruido sordo de los motores de la nave por un rato más largo –de que él podría salir antes de que los invasores obtuvieran sea lo que fuera que habían venido a buscar y abandonaran la Tierra.

Él vaciló, el cuchillo en su mano. Pero luego continuó, para palanquear la malla y hacer lo mejor posible para liberarse. Hasta donde él sabía, él era el único que quedaba vivo para dar la alarma a toda la Tierra de que la invasión había llegado. Luego, también, estaba Dana a quien vengar.

En el instante en el que él introdujo la punta de la navaja en la costura de la malla donde ésta descansaba contra su alojamiento, hubo un destello intenso de luz. Bowie ni siquiera tuvo tiempo para gritar; el cuchillo voló de su mano y cayó.

“Señor, el sol casi salió y un drone de reconocimiento echó un vistazo a la posición enemiga desde gran altitud,” Rochelle reportó. “Están comenzando a excavar en el sitio de la vieja SDF-1, pero no tenemos idea hasta ahora de qué están buscando o por qué.”

Emerson se estiró, bostezó, y frotó sus ojos. “No podemos demorar más tiempo. Sea lo que sea que estén haciendo, tenemos que ver que no lo realicen. Ellos iniciaron estas hostilidades; ahora es nuestro turno al bate. Muy bien, ustedes saben lo que quiero que hagan. Procedan.”

Rochelle, Green, Tessel, y unos cuantos otros se pusieron en posición de atención rápidamente. “¡Sí, señor!” Luego salieron presurosos para comenzar a implementar el plan operativo que Emerson había aprobado durante las horas de consultas y reuniones.

Emerson quedó solo para meditar. La única cosa en esos viejos restos es Robotecnología inservible y pudriéndose. Bueno, la basura de una persona es la Protocultura de otra, supongo.

Algo sobre eso agitó un pensamiento a medio desarrollar en la parte posterior de su cerebro. Habría un alud de decisiones y problemas operacionales cayendo sobre él muy pronto; esa era una fórmula estricta con cualquier operación. Pero él las apartó por el momento, y tipeó el acceso a los archivos del GTU.

Capítulo 15

Querida Mamá y Papá:

Las cosas aún están realmente tranquilas aquí, y mi equipo es realmente escalón de retaguardia, así que estamos muy lejos de la lucha, por lo que desearía que dejen de preocuparse.

Tenemos un nuevo comandante en jefe que es una mujer, pero parece estar mejorando.

Sé que hay muchos rumores sobre la lucha en este momento, pero no se torturen; no es gran cosa, y acabará pronto, y luego quizá pueda conseguir una licencia y volver a casa por algún tiempo.

Denles mis saludos a todos. Espero que Papá se sienta mejor. El pastel de fruta y nueces estuvo magnífico.

*Con amor, Su hijo,
Angelo Dante*

Poco más o menos todas las otras unidades de la Cruz del Sur en y alrededor de Ciudad Monumento habían sido movilizadas por la noche, y sólo necesitaban la orden para avanzar. La orden fue dada.

Esta vez, se había decidido, los Veritechs del TASC, la Fuerza Aérea Táctica, y otras unidades aéreas permanecerían fuera de ello, al menos por ahora. Había resultado obvio en la batalla en la Base Fokker que las unidades terrestres como los ATACs eran más efectivas contra los Bioroids en una situación de acción en superficie.

Hombres y mujeres en sus armaduras, galvanizados por los anuncios de los altavoces, corrían a toda velocidad hacia sus Hovertanks, aviones de transporte de tropas, y otros vehículos. Las

tropas de choque elites de la PM en sus trajes armadura potenciados, mechas no reconfigurables tan grandes como Battloids pero carecientes de su poder de fuego y adaptabilidad Robotech, salían marchando de sus bahías de estacionamiento. En todas partes, los militares estaban en movimiento, sabiendo que el enemigo estaba ahora atrincherado en la Tierra.

La Cruz del Sur comenzó su despliegue para trazar un anillo de acero Robotech alrededor del Sector Dieciséis. Pero ya había defensores humanos en la escena.

Dana curioseaba desde la cubierta de ramas que camuflaba su Hovortank. El 15to estaba desplegado a través de una pequeña área boscosa en la base de una elevación a cierta distancia del sitio de descanso final de la SDF-1.

Ella de nuevo se preguntó sobre la sabiduría de montar con armadura muy brillante en un mecha muy brillante; ciertamente, las superficies pulidas reflejaban disparos de energía y ofrecían protección de esa manera, pero como cada cadete aprendía a través de trabajo agobiador bajo la mirada vigilante de instructores exigentes, ello los hacía terriblemente duros de roer.

Ahora, sin embargo, ella estaba concentrada en dos Bioroids azules que estaban en el deber de guardia en la cima de la colina. Una cosa sobre los mechas de combate de los Maestros: parecía no importarles un pito el ocultamiento.

Y no parecían pensar que a alguien más le importaba, tampoco; los azules sostenían sus armas de mano e inspeccionaban el cielo, sólo prestando atención superficial al terreno. Dana figuró que eso significaba que batallar con ellos era simplemente ir a la carga y contraatacar rectamente, a pesar de las tácticas de infantería crudas que ellos habían parecido usar en la batalla del campo de aviación.

Los ATACs sólo podían tener una vista parcial de lo que estaba sucediendo en la excavación. Parecía como si los mechas obreros hubieran estado haciendo pruebas, y ahora se estaban preparando para comenzar a toda marcha. Dana esperaba que eso proveyera un

poco de distracción, y cubriera el ruido del acercamiento del 15to.

Ella contó ocho Bioroids azules, dispersos claramente alejados, protegiendo la parte del perímetro que ella planeaba golpear. Dana sabía que un Bioroid tenía mucho más poder de fuego que un ATAC, y más maniobrabilidad si llegaba a su Hovercraft, pero ella estaba contando con la sorpresa y un fuego primario preciso para matanzas rápidas y una ventaja temporal.

Su plan era menos que sutil: unos cuantos miembros de la unidad harían un reconocimiento a pie y si era posible sacarían a Bowie sin delatar su presencia a los invasores. Si eso era impracticable, Dana y el 15to prorrumpirían violentamente a través del perímetro, sembrando el terror en el lugar e infligiendo todo el daño que pudieran, explotando la ventaja que la sorpresa les daría para abrirse paso combatiendo hacia la nave comando de avanzada. Entonces los demás pelearían acciones de distracción o de contención como se necesitasen mientras que ella, Angelo, Sean, y Louie iban por Bowie.

Ella tuvo que admitir que eso no era el tipo de cosas con las que Rommel o Robert E. Lee hubieran salido, pero Sean estaba más o menos contento con ello. Ella pensaba que Patton habría aprobado.

Angelo estaba sentado sonándose sus nudillos dentro de sus guantes protectores de hierro. “¿Cuándo atacaremos, mi orgullosa belleza?” él dijo suavemente en el micrófono de su casco.

Como el resto, Sean estaba sentado con el visor facial abierto de modo de poder respirar aire fresco mientras le fuese posible, mirando a los Bioroids por su pantalla de camuflaje. Él estaba mascando un pedazo de menta salvaje. “¡Intrépidos, avanzamos, para servir a los principios de la libertad!” él citaba con su mayor cuchicheo dramático dirigido a los presentes. Entonces él escupió la menta y cerró su visor facial, calculando que era poco más o menos hora de la diversión.

“Avanzando a través de tiros y casquillos, entramos a la boca del Infierno,” Louie agregó resignadamente, bajando su visor, también. Éste se fijó y selló, y su armadura se volvió hermética. “Y personalmente, me sentí enfermo, pero nadie allí pudo olerlo, o decirlo”

“¡Muy bien, terminen esa cháchara!” Dana dijo bruscamente con

un cuchicheo severo. “¿Qué creen que sucede aquí, un asalto armado o un festival de Shakespeare?”

Angelo estaba a punto de cerrarse herméticamente, también. “Saben, tengo una pregunta: ¿qué hacemos si esos androides nos descubren?”

“Ruega que puedas disparar más rápido y más preciso que ellos.” Dana selló su casco. “Pongámonos en marcha, orden de atacar—”

“¡Mire, Teniente! ¡Allí arriba!” Louie gritó, pero Dana había visto al azul que él divisó, centró al enemigo en el retículo de la mira de su arma, y disparó aún antes de que Louie haya terminado. Aunque ella disparó con el cañón delantero menos poderoso del modo Hovertank, ella disparó directamente y primero; la ráfaga sacudió al Bioroid como un soldadito de plomo, derribándolo permanentemente.

Dana ya estaba sustentando su mecha sobre sus propulsores de los pies, pasando a modo Gladiador, mientras gritaba, “¡Gracias, Louie! ¡Te debo una!”

Su asiento había virado de modo que ella estaba enfrentando al enemigo una vez más, pero ahora el cañón de gran calibre de la batería principal del Gladiador dirigido al perímetro de los invasores. El 15to ahora sabía bastante sobre las comunicaciones silenciosas de los Bioroids para estar seguros de que otros estaban en camino. “¡Muy bien, vamos!” ella gritó.

Ella se lanzó al aire en modo Gladiador; el resto del 15to la siguió, la mayor parte en modo Hovertank, algunos mechamorfoseándose a Gladiador en el medio del aire. Dos azules más aparecieron para tomar posiciones de fuego; Dana golpeó a uno mientras ella todavía estaba en el aire, y Angelo derribó al otro.

“Ve a buscar a Bowie,” Angelo exclamó. “Nosotros mantendremos ocupados a los pájaros azules de la felicidad.”

“Jaque.” Ella se estaba preparando para saltar de nuevo justo cuando otro par de azules apareció en la vista. Dana y Angelo hicieron saltar a sus Gladiadores alejándose en direcciones diferentes, evadiendo su primera andanada. Dana voló a uno en pedazos mientras Angelo maniobraba a Caballo de Troya haciéndolo volver en la dirección del flanco de retaguardia del otro,

moviendo transversalmente su cañón con la velocidad que los controles Robotech permitían. El mecha alienígena trató de giro y sacar al Gladiador de detrás de él, pero Angelo estaba listo, y lo cortó por la mitad con un disparo. Entonces Dana hizo saltar a Valkyria de nuevo, para unírsele.

“¿Estás bien?” Había estado cerca, como una pelea a tiros de otrora.

“Sí,” Angelo dijo ligeramente.

“¡Tenemos que acercarnos más!”

Hover tanks y Gladiadores avanzaban a saltos de veinte-cincuenta- sesenta metros ahora, no queriendo lanzarse demasiado alto y así presentar un objetivo mejor. Más azules aparecieron para instalar posiciones defensivas; los mechas martillaban y vomitaban fuego unos a otros. Los choques sacudían la tierra.

“¡Unidades tres, cuatro, y cinco, cubran el avance de la Teniente!” Angelo ordenó. Los ATACs pasaron a un modelo de avance por mucho tiempo practicado.

Hubo un grito repentino en la red. Un azul había acribillado el área de Louie con tiro de rastrilleo, y había sitios humeantes en la armadura de la torreta-cabina de su tanque, Livewire (Trafagón). Louie estaba gritando, los brazos tirados hacia fuera. Luego se desplomó.

“¿Louie, qué sucede? ¿Te dieron?” Angelo gritó por la red. El azul parecía estar examinando su obra manual, levantándose algo para mirar desde arriba al Gladiador en silencio. “¡Respóndeme, Louie!”

Louie, aún inmóvil, dijo, “No, estoy bien.” Cuando el azul se levantó un poco de su cubierta, Louie se enderezó repentinamente e hizo saltar a Livewire hacia atrás, apuntando la batería principal mientras lo hacía, engrasando al enemigo diestramente.

“¡Pero ese payaso no lo sabía!” Louie finalizó orgullosamente.

“¡No más malabarismos!” Angelo ladró. “¡Sólo has lo que te digo!”

Más Bioroids habían surgido para apoyar al primero, teniendo fuertes pérdidas porque los ATACs habían tenido tiempo de alcanzar cubierta segura desde la que podían disparar. Las cosas se estaban convirtiendo en una lucha de disparos viciosa y a corta

distancia.

“Entre ahora, Teniente,” Angelo dijo, “pero será mejor que se dé prisa.”

En otra parte del área de trabajo alienígena, de vuelta en modo Hovortank, Valkyria seguía acercándose al casco de la gigantesca nave usando toda la cubierta disponible. Con su visor levantado, Dana estudiaba la nave enemiga. No era siquiera un parche en las naves madres, pero aún era tan grande como el crucero de combate humano más grande. Ella procuró sacarse con sacudidas la fascinación en ella, trató de repeler el miedo que de algún modo su sangre Zentraedi la hacía más susceptible a estos nuevos enemigos.

Entonces ella casi gritó en voz alta. ¡Es él!

Ello llegó en parte como shock, en parte como algo que ella había esperado, y, en el fondo, incluso esperado con ansias –por razones que ella no podía analizar– ver al Bioroid rojo en equilibrio en una cubierta abierta muy en lo alto. El Bioroid estaba abierto, y su piloto alto, esbelto y de pecho profundo esperaba en esa posición característica suya, un pie en la placa pectoral Robotech abierta, sus ojos cerrados como si estuviera escuchando asiduamente.

Ella se encontró falta de aliento, y emitió un bajo gemido. Mmmm...

Los ojos de él se abrieron y su cabeza giró hasta que él la estaba mirando directamente hacia abajo a ella. Ella oyó esa voz interna y silenciosa de él de nuevo, /Hmmm.../

Un reconocimiento fundamental –algo en los niveles profundos a los que ella tenía poco acceso despierto– pasó entre Dana y el piloto del Bioroid rojo. Esta vez él escudó algunos de sus pensamientos de ella: ¡Este no es ningún primitivo ordinario! ¡Ella es De la Protocultura! ¡Ella ha tenido acceso abierto a ella; tiene el poder que ella da!/

Él la miró, sin pestañear, e hizo una señal de reconocimiento, un saludo de mal agüero, la mano yendo a la ceja, luego apartándose. Ella oyó la temblorosa voz mental en su cabeza. ¡Entérate

entonces, Primitiva, que yo soy Zor Prime, el Jefe Militar de los Maestros Robotech!/

Dana lo miró con fijeza por un momento, luego bajó su visor de nuevo. Ella permaneció sentada mirándolo, y él se mantuvo mirando hacia abajo. Ninguno se movía.

Sin advertencia un disparo llegó desde un lado, una ráfaga pesada de cañón descarriada de un Hovercraft de Bioroid. Éste rompió el hechizo; Dana maniobró rápidamente, para asegurarse que ella no estaba en la línea de tiro de alguien. Cuando ella levantó la vista de nuevo, el Bioroid rojo estaba cayendo en picada como un tigre abalanzándose, su arma de mano extendida delante de él.

“¡Inténtalo de nuevo algún día!” Dana ya estaba saltando hacia un lado, pasando a modo Gladiador, precipitando hacia arriba una lluvia de fuego. El rojo se movió en medio del aire, aterrizó cerca, y respondió el fuego. Los dos mechas se catapultaban acá y allá, disparando y embaucando por una posición.

El enemigo consiguió tres tiros en línea en el lado del Gladiador, pero Dana tenía un objetivo propio. Ella falló al querer quitar el brazo derecho del rojo, pero una vez más consiguió el objetivo más ancho, la enorme arma de mano en forma de disco, arrojándola lejos por el aire.

¡Veamos cómo lo haces sin tu gran yo-yo metálico!

Pero el alienígena se recobró como un demonio, tirando un golpe, meciendo al Gladiador hacia atrás sobre sus propulsores y suspensión.

El behemot rojo estaba a punto de tirarse sobre el Gladiador, cuando Dana arrojó un movimiento que había estado guardando para un momento especial y desesperado –este momento. Su Gladiador saltó alto, para bajar sobre los hombros y cabeza del rojo con todo su peso, un golpe asombroso que precipitó al mecha carmesí girando y estrellándose sobre su espalda.

Dana aterrizó bien, cruzó su batería principal, y disparó, pero el rojo estaba de pie, saltando alto otra vez, con velocidad y agilidad asombrosas. Éste aterrizó cerca, lanzando un golpe inesperado cerca de su torreta, haciendo arrodillarse al Gladiador.

Los dedos metálicos del alienígena se hundieron en la armadura

del Gladiador mientras el rojo alzaba al Gladiador en una exhibición imponente de fortaleza, a punto de desgarrarlo en pedazos. Dana no tenía ángulo de tiro con la batería principal, pero acribilló a balazos el visor lustroso con sus auxiliares de tiro rápido como una distracción.

Ella no estuvo consternada al término de los eventos sin embargo; este invasor aún tenía mucho que aprender sobre los ATACs.

¡Ahora te tengo! Ella colocó las gruesas e inmensamente poderosas piernas del Gladiadores contra el torso del otro mecha, empujando y disparando los propulsores al mismo tiempo. Ella se liberó, casi derribando al rojo de nuevo. “¡Estoy cansada de jugar contigo!” Ella convocó la forma de Battloid de su mecha.

Su aterrizaje envió temblores por la tierra que ella había venido a defender. “¡Muy bien, Gran Rojo! ¡Es hora de terminar con esto!”

El rojo estaba deseoso; éste llegó por el aire con un tackle tan rápido y fuerte que Dana no lo pudo contender. Ella fue lanzada sobre sus espaldas, estrellándose contra el lado de la nave alienígena.

Adentro, el sonido del impacto y sus vibraciones hicieron a Bowie sacudir su cabeza y abrir sus ojos. Le tomó a él unos cuantos segundos recordar donde estaba y deducir qué había sucedido. La descarga de la malla no lo había matado, y de algún modo no había caído por todo el camino hasta la cubierta. Él yacía en un embalaje monolítico unos cuantos metros debajo de donde había estado parado cuando la oleada de poder lo golpeó. Él se inspeccionó en busca de huesos rotos, y no encontró ninguno. Entonces la nave tembló de nuevo.

“¿Qué rayos está sucediendo aquí? ¡Hey, si están levando anclas, yo me marchó!”

Fuera, el rojo balanceó un puñetazo masivo, pero falló el intento por destiempo. Dana se agachó, y el poder increíble del Bioroid (más algún poder, Dana estaba segura, que era sólo del piloto del

rojo) dejó al enorme puño escarlata penetrar el casco de la nave alienígena.

Dana reaccionó al instante, levantando la pierna de su Battloid para empujar al Bioroid hacia un lado dejándolo tendido. Cuando ella hacía saltar a su mecha para ponerlo de pie, sus recolectores externos registraron una voz humana, “¡Vaya, hola, Teniente!”

De algún modo, ella no estaba sorprendida; aunque las probabilidades de encontrarlo, especialmente de esta manera, eran tan remotas como para ser absurdas. Pero todo ello concordaba con los sentimientos que habían estado surcándola, y la extraña sensación –de fuerzas ocultas trabajando– que había estado erigiéndose en ella.

“Estaré contigo en un minuto, Bowie.” Ella giró para tratar con su contrario de nuevo.

“No te preocupes, Dana. ¡Dale unos cuantos por mí!”

Pero el Bioroid se había puesto de pie también, y ahora venía rápidamente hacia ella como una cruz entre un asteroide que cae y un tren de carga fugitivo. Dana rodó y escarbajeó, y apenas evitó ser pisoteada, su Battloid tumbado. Ella lo puso de pie, y decidió terminar la pelea y sacar a Bowie de la nave, sea lo que fuera que ello requiriese.

El Marqués de Queensberry parecía estar medianamente desaparecido de cualquier modo, así que ella no sintió ninguna culpa al tomar el rifle de batalla que había sido el cañón del Hovortank momentos antes. El Bioroid no parecía saber qué hacer. Ella disparó desde la cadera, y el primer tiro voló el visor.

El rojo retrocedió por el golpe y se hundió parcialmente contra la nave comando de avanzada de los Maestros. La torreta esférica dentro de él quedó expuesta entre componentes humeantes y fundidos y armadura doblada. La forma sombría del piloto yacía inerte y su posición sugería inconsciencia, o muerte. Las rodillas del rojo temblaban, luego cedieron, y el goliath carmesí cayó como un edificio derribado.

Bowie estaba estirándose por la apertura que el puñetazo del rojo había hecho. “¡Es demasiado estrecha, Teniente!”

Dana hizo girar el cañón. “¡Apártate!”

Con una descarga cerrada de disparos ella ensanchó el agujero

de modo que tres soldados habrían podido pasar caminando a través de él. Eso volvió al aire del compartimiento casi demasiado caliente para resistir, para respirar.

Él se apresuró hacia la apertura, manteniéndose alejado de sus filos resplandecientes y fundidos. Él cobró fuerzas y saltó por ella. Él aterrizó en la parte posterior del caído Bioroid. Cuando alcanzó la tierra, Bowie le sonrió a Dana. “Gracias, Teniente.”

“Está bien. Es muy tranquilo en la prisión; yo podría hacer uso de un descanso.”

“Si ellos necesitan testigos de solvencia moral, probablemente me harán comparecer para el enjuiciamiento, Dana.”

Capítulo 16

Uno podría haber pensado que los Maestros, con su fuerza militar menor, habrían percibido amenazas a las que los poderosos Zentraedi fueron ciegos.

Y los Maestros pensaron que lo hicieron: ellos se dirigieron a los “espíritus” dentro de los montículos, y los mechas de la raza Humana. ¡Cómo los fantasmas de Khyron, Azonia, y el resto debieron haberse reído allí, en lo profundo del suelo Telúrico!

*Mayor Alice Harper Argus (ret.), Fulcrum:
Comentarios de la Segunda Guerra Robotech*

En el centro de comando, el Coronel Green giró hacia Emerson. “Acabamos de recibir un reporte de los elementos de avanzada de la fuerza de ataque, señor. Dice que el Soldado Bowie Grant ya ha sido rescatado.”

Emerson giró violentamente en su silla dejando de estudiar las pantallas tácticas. “Explique.”

“Bueno, parece que la Teniente Sterling movilizó su escuadrón en algún momento anoche y ejecutó el rescate por su cuenta esta mañana. Pero sus tropas aún están trabadas en combate con el enemigo, y nuestras tropas se están moviendo hacia allí para refuerzo. Parece que hemos visto sólo el primer round; el enemigo se está reagrupando para otro.”

Emerson echó un vistazo a los mapas. “¿Y cuál es su fuerza?” Él se preguntó si Dana sería recomendada o dejada de lado esta vez – dado que ella sobrevivió a la mañana.

“Ásperamente equivalente a la nuestra, de acuerdo a todos los reportes, señor,” Rochelle suministró. “Yo diría que estamos

bastante igualados.”

Sean Phillips se había levantado el visor. “¡Vamos, Dana, sigue moviéndote! ¿Qué sucede?”

“¿Te sientes bien?” Angelo preguntó ansiosamente.

Pero ella no lo estaba. Momentos antes, el triunfo había parecido seguro. Los largos y oblicuos rayos del sol de la mañana le recordaron que sólo un tiempo muy corto había pasado desde que su ataque había comenzado. Entonces, antes de que ella pudiera recoger a Bowie, sus recolectores externos le trajeron el crujido de una armadura.

“¡No lo creo!” Ella miró hacia abajo en shock. “¿Él viene por más? ¡Es imposible!”

Pero el puño rojo se había levantado de nuevo para asir el extremo del cañón del rifle-cañón de ella, doblándolo, jalándolo hacia abajo. El arma ya no servía ahora; ella la soltó, retrocediendo, colocándose entre el Bioroid que se levantaba y Bowie.

“¡Cúbrete, Bowie; el resto de ustedes estén atentos por otros Bioroids! Éste es mío.”

Bowie se marchó deprisa mientras el rojo se ponía de pie otra vez. Éste temblaba pero se movía determinada e imparablemente. Dana retrocedió cautamente, su Battloid levantando sus manos para combate cuerpo a cuerpo. Ella había decidido que iba a derribar a este enemigo para siempre, arrancar esa torreta del mecha enemigo y matar o capturar a su ocupante, o morir en el intento. Los dos titanes blindados maniobraban como luchadores.

¡Muy bien, quienquiera que seas! ¡Si puedes luchar hasta la muerte, entonces yo también puedo! Lo que ella no podía ver era que dentro de la torreta de él, los ojos del piloto estaban cerrados y lucía bajo todo concepto como si estuviera inconsciente o muerto.

Justo entonces una descarga cerrada de disparos cayó cerca, volando trozos enormes de suelo y roca por el aire: Más venían, horquillando a los dos duelistas. Dana miró a su alrededor. “Qué ray—”

Una cara apareció en una de sus pantallas del tablero de control. ¡Nova Satori! “Teniente, tengo un mensaje urgente del cuartel general. El enemigo se está reagrupando para un contraataque masivo. Por otra parte, sus refuerzos han llegado.” Ella se permitió una débil sonrisa.

Hubo más cañoneos desde los riscos y las elevaciones alrededor de toda la nave de avanzada. Las posiciones donde los Bioroids azules se habían atrincherado o establecido superioridad de fuego eran trituradas y asadas, las piezas de los mechas enemigos arrojados alto en el aire. Dana vio a Gladiadores, Hover tanks, blindados convencionales, y aun algunos Destroids y Raider Xs anticuados. También había armaduras potenciadas de la PM, muy parecidas a los mismos Battloids. Ella se preguntó en cual estaba Nova.

“Parece que la caballería llegó justo a tiempo, ¿eh, Dana?” Nova agregó.

“Nos haremos cargo de la limpieza aquí, Teniente,” la vos del comandante de la Fuerza de ataque vino por la red. “Usted y su escuadrón pueden retroceder y observar hasta el final. Nosotros—¿Huh? ¿Qué es eso?”

Él estaba mirando hacia arriba porque el sol había sido eclipsado. Algo enorme había bajado en el cielo matutino. Era una nave tan grande como una ciudad, flotando con una lenta y pasmosa seguridad. Y había otras, todas habiendo penetrado las defensas sensoras de la Tierra, todas venían a castigar la impudencia de los primitivos de abajo. Las seis enormes naves madres de los Maestros Robotech se acercaban desde todos lados. El Bioroid rojo estaba de pie mirándolas reverentemente.

Los soldados de la Cruz del Sur tomaron sus armas de modo irresoluto, los cañones realineados hacia el cielo, pero parecía débil y ridículo contra el tremendo poder de la nave estelar.

Repentinamente, las naves madres comenzaron a vomitar naves de asalto; las formas de botella, varias de cada nave madre, se precipitaron velozmente hacia sus objetivos. Las armaduras potenciadas de la PM, los Battloid, y el resto estaban atrapados en un intenso bombardeo, sin protección aérea y poca protección terrestre. Pero todos estos defensores terrestres contraatacaron,

todos mantuvieron su lugar y combatieron. Hombres y mujeres ofrecieron resistencia porfiada y lanzaron salvas de energía llameantes de vuelta a los cielos –y murieron.

Las bajas fueron terribles, aunque el ataque duró poco; una alfombra de ráfagas de intensa radiación eliminó muchos de los mechas en las alturas circundantes; sólo Dana y sus tropas, cercanas a la nave de avanzada, estaban relativamente seguras. APCs convencionales y tanques la pasaron aún peor, cuidando a amigos de las naves de asalto. Los Gladiadores ofrecieron la resistencia más fuerte; Dana vio a dos de ellos hacer convergir su fuego para derribar a una nave de asalto en un choque ardiente.

De nuevo ella oyó el gorjeo, la voz inhumana del rojo. “Retirada hacia la nave comando de avanzada.” Los azules lo siguieron con esos saltos de dos pies y semejantes a kanguros, rampa arriba dentro de la nave.

¡No se están largando de aquí porque son superados en poder de fuego, eso es seguro! Dana se dio cuenta. Ella estaba a punto de gritar a todos que escapen, cuando un área de nube pareció evaporarse frente a un rayo de luz intenso, como un rayo de supernova. Éste tocó el suelo cerca de uno de los montículos, aunque no el que contenía a la SDF-1.

Allí se encendió, o explotó. Un viento infernal de calor blanco explotó violentamente de él, montando una onda de choque, llevándose puesto ante ella mechas, armaduras potenciadas, vehículos rastreadores, e infantería blindada. Ésta fragmentó a las más orgullosas máquinas de guerra de la Tierra, arrojándolas como hojas ante ella. En momentos la formidable fuerza de ataque fue reducida a sobrevivientes aturdidos, heridos, y los muchos, muchos muertos.

Pero los Maestros habían calculado bien. Ellos sabían mucho sobre los montículos ahora, sabían que la Matriz estaría a salvo por ahora –hasta que pudieran regresar y negociar con los espíritus.

Dana mantuvo su cabeza bien abajo hasta que lo peor de la onda de choque y el calor se había extinguido. Entonces ella alzó su cabeza, enjugando el polvo de su visor, para ver a la nave comando de avanzada elevándose lejos sobre ella, moviéndose para volver a unirse a su nave madre. Lejos hacia un lado, un cráter

resplandeciente de cientos de metros de diámetro daba testimonio de la cólera de los Maestros.

Ella se sacó el casco alado cansadamente, bajándolo. Era una misericordia singular ver a Bowie ondear la mano desde donde se había refugiado en el Caballo de Troya de Angelo.

Dana estaba llena de dolor; sin embargo, no sentía culpa. Sea lo que fuera que los alienígenas buscasen aquí, ella y los otros lo habían mantenido lejos de sus manos.

Pero ellos volverán otra vez. Y entonces será una pelea hasta la muerte; ahora todos lo sabemos. Muchos hombres y mujeres de bien murieron probándolo hoy: ¡este planeta es nuestro! ¡Y ahora los Maestros Robotech lo van a pagar!

Y ahora ella sabía el nombre de su extrañamente familiar enemigo: Zor.

En sus magníficas naves madres, los Maestros Robotech ponderaban este último desarrollo. La flota de seis enormes naves se retiró a una órbita geoestacionaria y permaneció allí, silenciosa y enigmática.

Conferencias interminables tuvieron lugar entre los Maestros en su casquete de Protocultura y los Científicos, los Políticos, y otros triunviratos en sus casquetes menores, y con Zor, su señor de la batalla. El asunto de la resistencia de los espíritus de la Protocultura en los montículos fue la primera fuente de discusión, pero había otras.

Por ahora no había posibilidad de simplemente excavar el montículo y tomar la Matriz; los impedimentos combinados de los espíritus y los humanos lo hacían imposible. Pero los Maestros insistían, y los Ancianos concurrían con ellos, en que los primitivos debían tener cierto control sobre los entes incorpóreos que protegían los montículos. Zor estuvo tentado a descreer, pero a la larga concordó con su evaluación cuando él recordó que la hembra con la que él había combatido era De la Protocultura.

Y sin embargo, por razones que él no podía explicarse, él no reveló este hecho –se abstuvo de la más superficial mención de

Dana en su mente al reportar.

Varias cosas se aclararon bajo las indagaciones sin compasión de los Maestros: ellos no podían tomar la Matriz por asalto directo y no se atrevían a simplemente devastar el planeta; su Protocultura era escasa, y su tiempo se acababa rápidamente.

Debido a que sus propias fuentes de Protocultura estaban contrayéndose, los Ancianos estaban inquietos, exigiendo alguna decisión. Añadido a esto estaba el hecho que el Invid podría percatarse de la Matriz en cualquier momento, e intervenir.

Usando las espléndidas destrezas militares y la lealtad cruel y fanática que ellos habían programado en el último y más fino de los clones de Zor, Zor Prime, los Maestros consideraron su próximo curso de acción.

Una semana pasó.

En los cuarteles generales del GTU los líderes militares y civiles del gobierno feudal de la Tierra se reunieron en sesión de emergencia. Estaban desesperados y faltos de sueño, y los observadores que habían venido del este aún tenían el hedor de la carnicería y ruinas humeantes en sus ventanas de las narices y en sus ropas.

Lo que constituía el corazón del Gobierno de la Tierra Unida miraba a través de la larga mesa a su jerarquía militar, una docena de hombres en un vestíbulo abovedado y destellante. En un escritorio separado, enfrentando la cabeza de la mesa, estaba sentado el Presidente Moran, quien presidía el GTU. Él era un hombre entrado en años de altura y contextura media, con cabello gris plata y bigote, vestido de civil adornado con la cimera del GTU. Él había pasado la mayor parte de su vida tratando de reconciliar los ideales de la libertad civil con las duras necesidades de la fuerza y preparación militar.

El cuartel general era un edificio cubierto por un domo de arquitectura clásica, una nueva Versailles o Reichchancellory; dentro del cual había muebles finos y columnas de mármol e hileras de altísimas armaduras potenciadas de la PM para vigilar, pero

ninguno de los hombres que gobernaban la Tierra sentía orgullo o confianza en esas cosas hoy. Estaban molestos y aprensivos como sólo los poderosos, confrontando un poder inesperado y mayor que el de ellos podía ser.

Moran los miró. “Señores míos, muchos de ustedes ya han oído las noticias. Este comandante militar enemigo –Zor, o cualquiera que su nombre sea– ha roto su auto impuesto cese al fuego. A las cero-ochocientas de hoy, hora local, él y sus naves de asalto y Bioroids atacaron y destruyeron una base de enseñanza en el Sector Tres. Ellos arrasaron virtualmente cada estructura en ese sector y mataron a casi toda alma viviente allí.”

Los oficiales ya lo sabían; ellos intercambiaron miradas inquietas, no sabiendo qué decir. El ataque había sido tan rápido y despiadado que había habido poco tiempo para contraatacar.

“Nos las hemos arreglado para mantener esta noticia alejada del populacho general, pero han habido rumores,” Moran continuó. “¿Y no podemos afrontar el pánico! Ahora, quiero saber cómo pudo haber pasado esto. Comandante Leonard, ¿cómo en la Tierra pudimos haber sido atrapados tan completamente desprevenidos?”

El Comandante Supremo Leonard, el oficial de mayor rango en la milicia de la Tierra, un enorme oso de hombre con su cráneo afeitado en formado de bala y cejas rutilantes, se paró.

Él se levantó como si estuviera siendo acorralado delante de una jauría de sabuesos, mirando ceñudamente a Moran y a los otros. “Señor, desearía poder explicar cómo ellos neutralizaron o evitaron nuestros sensores, pero no puedo. Nuestra única respuesta viable es devolver el ataque al instante, ¡y duro! Los ahuyentamos antes y lo podemos hacer de nuevo, hasta que dejen de venir.” Él sacudió su enorme puño, un gesto que usaba a menudo.

Por dentro, él reconocía una frustración amarga de que Zand – Zand, que parecía moverse en las sombras y le había aconsejado tan astutamente antes– ya no podía ser contactado. ¿Me ha inculpado Zand? Leonard se preguntó. Pero el hombre era el heredero del Dr. Lang en la Tierra, el heredero de los secretos de la Robotecnología y la Protocultura; el evasivo y furtivo Zand, había jurado que estaba del lado de Leonard. Y así Leonard estuvo resuelto a seguir el concilio de Zand y sus propios perjuicios.

Moran miró a Emerson. “¿Y qué tiene que decir el jefe del estado mayor?”

Emerson se puso de pie lentamente, pensando. Él no deseaba contradecir a su superior, especialmente en ese vestíbulo, pero a él se le había pedido que exprese su opinión. Desde luego, Emerson pensaba que la caracterización de Leonard de que los Maestros habían sido “ahuyentados” era completamente errada.

“Hablando cándidamente, señor,” Emerson dijo, “sabemos casi nada sobre Zor o las capacidades verdaderas de los Maestros Robotech. Y hasta que lo hagamos, no puedo recomendar ninguna misión que pueda arriesgar a nuestra gente y a nuestras naves y mechas.”

Leonard, a punto de sentarse, golpeó violentamente la mesa con su puño y se puso de pie de nuevo. “¡Maldita sea, estamos hablando del destino del planeta aquí, y sobre ser borrados del mapa sector por sector!”

Emerson inclinó la cabeza sobriamente. “Estoy consciente de eso. Pero no se ganará nada sacrificando a nuestros pilotos en una destrucción inevitable sin esperanza de infligir pérdidas significativas en el enemigo.”

Leonard habló despectivamente. “¡No toleraré ese tipo de conversación! ¡Usted está impugnando el coraje y la habilidad de nuestras fuerzas de lucha!” Antes de que Emerson pudiera contradecir, Leonard giró hacia Moran. “¡Esos hombres y mujeres han ensangrentado al enemigo antes! ¡Si les dejamos tomar la ofensiva, ellos pueden terminar el trabajo!”

Emerson reprimió sus palabras al oír al Presidente Moran decir, “Muy bien, Comandante Leonard, prepárese para atacar.”

¡Tontos! pensó Rolf Emerson mientras se preparaba para llevar a cabo las órdenes a las que él había jurado obedecer.

Capítulo 17

Para: Comandante Supremo Leonard

*DE: Dr. Lazlo Zand, Comandancia de Operaciones
y Observaciones Especiales de la Protocultura
(Autorizado)*

Señor:

*Es la conclusión de esta unidad que la guerra
contra los Maestros Robotech debe ser llevada adelante
tan agresivamente como sea posible, y que las tácticas
usadas hasta ahora (con énfasis particular en los
escuadrones Hovertank) aún mantienen la mejor
promesa de resultados positivos.*

Ciudad Monumento no se parece mucho a una zona de combate aunque toda la Tierra es una zona de combate ahora, Dana reflexionó cuando guiaba al 15to al centro del área del centro comercial de la ciudad en Hovercycles.

El tráfico era bastante pesado y las tiendas, las galerías, los cabarets, y teatros estaban todos brillantemente iluminados. Las luces de las calles, las señales de tráfico, las señales de neón, e incluso las fuentes de los parques estaban iluminadas. ¿Por qué no? ella pensó. Las medidas de apagón son inútiles para ocultar los objetivos de los Maestros Robotech.

Y mantener a las personas confinadas no servía de nada, tampoco; había habido muchos refugios en el Sector Tres, o así decía el rumor, y no les había ayudado en modo alguno. La única cosa que las restricciones de la Defensa Civil harían en este momento era causar pánico.

Y el pánico era lo que el 15to estaba allí para prevenir. Ellos estaban de servicio, pero desarmados, pareciendo más como si

hubiesen salido a un paseo vespertino. El GTU había tratado de suprimir los rumores de las atrocidades en el Sector Tres, pero había habido las inevitables filtraciones. Al igual que muchos otros soldados de la Cruz del Sur circulando por centros de población esta noche, los ATACs estaban a la expectativa de cualquier loco inclinado a saltar sobre una caja de jabón en la esquina de una calle y proclamar el Día del Juicio Final.

Bueno, seguramente bate a una caminata de treinta y dos kilómetros con el morral de campo completo, Sean Phillips decidió, quitándose sus gafas protectoras y reajustando los arneses de su torso mientras el 15to aparcaba sus motocicletas lado a lado en la orilla de una calle bulliciosa. Las personas caminaban tomados de los brazos, o mirando las vidrieras de las tiendas, visitando los sitios interesantes. Y había mujeres en abundancia. “Bueno, hombres, esta va a ser una verdadera prueba de su carácter,” él dijo, y consiguió risas solapadas de algunos de los muchachos.

“Ahem,” dijo Dana, levantándose para enfrentarlos. “Muy bien, iniciamos nuestras patrullas desde aquí.” Ella los miró severamente, luego les guiñó el ojo. “Y no haga nada que yo no haría, ¿hmm?”

“Sí, señora,” Sean dijo con una sonrisa.

“Bueno, yo patrullaré las discos,” alguien se ofreció como voluntario.

“Y yo comenzaré con ese bar de allí,” otro añadió con una risa tonta.

“Sí, y terminarás con él, también,” el primero contestó.

En otro momento todos estaban separándose para verificar el área, todos excepto Angelo, quien dio un gruñido asqueado. ¡El deber era el deber y el tiempo de diversión era el tiempo de diversión y los dos no debían mezclarse!

“Angie, ¿por qué presiento que prefieres quedarte aquí y cuidar los caballos?” Dana preguntó dulcemente.

Él se cruzó de brazos y levantó sus pies sobre su manillar. “Porque eres una adivina del pensamiento, supongo.”

Eso le dio un impulso, y vio la cara de Zor de nuevo.

Quizá lo soy. Pero se recobró y dijo a sus tropas, “Correcto, muévanse.”

Lo cual hicieron con mucha voluntad, vitoreando y riendo.

“Idiotas,” Angelo bufó.

¿Está cada mujer atractiva en este pueblo injertada al brazo de un civil? Sean pensó mientras se abría camino. Entonces él la vio parada frente a la vidriera de una boutique, mirando un abrigo. Ella era pequeña y bien formada, con cabello castaño rojizo hasta su cintura y pantalones amarillos que hacían lucir su figura.

Sean cuadró su uniforme al ir hacia ella. ¡Señorita, esta es su noche de suerte! “Parece que gustas mucho de ese abrigo,” él dijo. “Admiro tu gusto.” En realidad, él apenas le echó un vistazo.

Ella giró con sorpresa. “¿Qué?” Ella lo examinó y rompió en una sonrisa que le formó hoyuelos. “¿Me lo comprarás, hmm?”

Esto estaba mejor. El abrigo era fino, él supuso; todo bordado de color escarlata y adornado con piel blanca. “Bueno, ahora, podría ser persuadido –¡uh!” Cuando él leyó la etiqueta del precio y recordó que ahora era un soldado raso, se puso pálido. ¡Gah! ¡Eso es más de lo que gano en un año!

“Pensándolo mejor, el rojo no es tu color,” él improvisó. “Escucha, ¿por qué tú y yo no vamos a algún lugar y nos conseguimos una bebida, sí?” Él le guiñó un ojo.

Ella hizo una mueca de disgusto y quitó la mano que él había posado ligeramente en su hombro. “Gracias de todos modos. Quizá en otra ocasión.” Ella lo dijo ya caminando.

“¡Seguro, cuando digas!” él exclamó. ¿Quizá soné demasiado insincero? Bueno, ella se lo pierde.

A dos manzanas de distancia, Dana estaba mirando otra vidriera de una boutique, examinando un pequeño y delicado vestido de tarde que lucía perfecto para ella. Una mano cayó sobre su hombro y ella giró, lista para mostrar un golpe moledor que los oficiales de Hovertank aprendían en combate mano a mano.

Pero ella estaba enfrentando a un Angelo Dante luciendo complacido de sí. “Es hora de apagar el fuego y llamar a los sabuesos,” él dijo. “Acabamos de recibir una llamada general para regresar a la base. Algo grande ha surgido.”

El 15to estaba de vuelta en alerta, tripulando sus Hovertanks y esperando. Esta exhibición estaba reservada para los TASCs y las Unidades Cósmicas.

La Base Fokker había sido reconstruida apresuradamente. Apenas veinticuatro horas después de la incursión en el Sector Tres, la luz de la mañana mostraba una media docena de transbordadores en vertical y listos para lanzarse. Las preparaciones finales estaban en marcha, y las personas corrían en busca de bunkers y puestos de observación.

Los transbordadores espaciales se lanzaron, la primera ala de combate del ataque planeado. En el otro lado de la base, los Leones Negros y los otros equipos Veritech esperaban, la segunda ala de combate. Cuando los transbordadores había partido completamente, los VTs recibieron la luz verde. Con Marie Crystal liderando, los guerreros recorrieron con estruendo la pista de despegue para empatar el marcador con los Maestros Robotech.

Leonard entró al centro de comando para encontrar a Emerson inclinado sobre las pantallas iluminadas. Leonard había recobrado su compostura, especialmente a la luz del hecho que Emerson era su subordinado más capaz. Para ponerlo más verídicamente, a través de los años Leonard había acopiado crédito por muchas cosas que habían sido los logros de Emerson.

Leonard dejó caer una pesada mano sobre la tablilla de hombro acampanada del arnés de torso de Emerson. “Créeme, Rolf, esta es la única manera.”

Emerson lo estudió durante mucho tiempo antes de contestar, “Espero por Dios que tenga razón.”

Los VTs llegaron primero, soltando enjambres de misiles sobre la nave insignia enemiga, su único objetivo. Pero apenas partieron los misiles cuando esferas de luz salieron hirviendo de la nave insignia, como enormes quimeras, estallando en telarañas hexagonales de luz pulsante semejantes a copos de nieve gigantescos.

Los copos se movieron y flotaron a sus posiciones, interceptando los caminos de los misiles, y la artillería terrestre detonó inocuamente contra ellos. Las otras naves madres estaban en silencio y oscuras pero por las luces de navegación, esperando.

Sin embargo más de los copos de energía salieron, hasta que una red de ellos protegía la nave insignia. Los VTs pasaron rápidamente a su alrededor para otro intento, y esta vez rayos de los cañones semejantes a bombillas de candelabros colgantes crepitaron a través del espacio vacío. Más de cuarenta guerreros se perdieron en los primeros noventa segundos del ataque masivo sobre la nave insignia. Sin embargo los VTs viraron para otro intento, aferrándose a la esperanza de penetrar bajo los hexágonos y soltar un golpe.

Pero estaban volando directamente hacia una máquina de matar.

“Los grupos de ataque dos y ocho han roto el contacto con el enemigo,” la voz sintetizada y llana de la computadora de inteligencia hizo eco en el centro de comando. “Los grupos tres, cuatro, y siete reportan fuertes pérdidas. Otros grupos no logran responder a las transmisiones y se cree que han sido totalmente destruidos.”

Leonard giró hacia Emerson airadamente pero también, las personas en el centro de comando podían verlo, con un temblor de miedo. “¿Cómo puede estar pasándonos esto?”

Emerson escogió ignorarlo, excepto para observar, “Hasta ahora ni siquiera le hemos hecho una abolladura.” Él miró a Rochelle. “¿Ninguna señal de un contraataque aún?”

“Negativo en este momento, señor. No muestran cambios.”

Emerson pidió una actualización de las pérdidas. La computadora imprimió los terribles hechos y cálculos. Tres cuartos de las fuerzas de las alas de ataque habían caído, inmolados en unos cuantos minutos.

“Todos esos hombres y mujeres perdidos,” Emerson murmuró, explorando la lista.

“Es –es un desastre,” Leonard dijo inconstantemente. Él se volvió y acechó hacia la puerta.

Emerson ni siquiera se molestó en solicitar el permiso de Leonard. “¡Terminen el ataque! Todas las unidades retírense y regresen a la base.” Entonces él giró y miró con ira la espalda de Leonard mientras el comandante supremo salía.

No muy lejos, un tipo diferente de batalla se estaba luchando en el principal laboratorio de investigaciones Robotech del GTU, en la facilidad industrial-militar cerca de la base aérea. Y esta batalla estaba girando, lentamente, a favor de la raza humana.

El Dr. Miles Cochran y su colega, el Dr. Samson Beckett, eran dos de los más brillantes científicos Robotech que se habían entrenado con el Dr. Emil Lang y, más tarde, el Dr. Lazlo Zand. Ahora ellos examinaban los restos de un Bioroid azul derribado que yacía sobre una mesa de trabajo como el cadáver más grande del mundo esperando la autopsia de campeonato de todos los tiempos.

Sus tripas estaban abiertas y conectadas a cada dispositivo de control que el laboratorio tenía. Lucía como si estuviera brotando un jardín de alambres sensores, fibras ópticas, circuitos de control, y enlaces de computadora.

Cochran, un sujeto pelirrojo de cara delgada dijo, “Estoy activando el escáner ultravioleta, Sam.”

Beckett, más pequeño y de cabellos oscuros, llevando anteojos

matizados, estaba diciendo ooh y aah por las cosas que estaba encontrando con sus sondeos, pero se detuvo para retroceder y observar.

El escáner bajó para irradiar la forma entera del Bioroid, pasando desde la coronilla hasta los dedos de los pies, coordinando con lecturas y análisis de computadoras, escudriñando cada parte del mecha destrozado.

Los dos fueron a las pantallas de la computadora para ver con qué se encontraban. Los bancos de datos estaban enlazados con grabaciones y esquemas del mecha con los cuales las fuerzas de la Cruz del Sur habían luchado hasta ahora. Los dos observaban destellar la información y los diagramas, la luz reflejándose en los lentes de Beckett.

“¿Qué hay sobre el daño recibido?” Cochran preguntó. “Ve si puedes conseguirme una lectura de eso.” Beckett se inclinó a la tarea.

Él consiguió un análisis integrado de la estructura interna del mecha. Había daño mecánico severo porque una pierna había sido arrancada en la batalla, pero no había explicación física en cuanto a por qué todos los sistemas estaban tan completamente inertes a pesar de los esfuerzos humanos para activarlos. Entonces consiguieron la confirmación que estaban buscando.

“Rastros definidos de material biogenético,” Beckett dijo de plano.

“Entonces había algo vivo allí dentro, algo que escapó antes de que el personal de limpieza llegase a la escena, o se auto destruyó. ¿Puedes darnos un escrutinio rápido de lo que era?”

“Puedo intentarlo.” Beckett se puso a trabajar de nuevo. Los programas de ingeniería genética y médicos más poderosos fueron accedidos, una estupenda cantidad de poder de ordenador. Al costado de una detallada copia azul de DNA, la computadora elaboró una forma humana. “Increíble,” Beckett susurró.

“¡Es humano! ¡No simplemente como nosotros, como lo eran los Zentraedi, pero humano!”

“¡Pero –proviene de fuera del Sistema Solar!” Beckett estaba sacudiendo su cabeza. “¿Quizá...de algún modo son de la expedición SDF-3 de Hunter?”

Fue el turno de Cochran de sacudir su cabeza. “No. Pero esos tanqueros del ATAC tenían razón; ellos vieron lo que pensaron que vieron.”

Beckett se quitó sus anteojos. “¡Dios! ¡Espera a que Zand oiga esto! ¡Se enloquecerá!”

Hubo una risa ahogada desde la oscuridad; Cochran y Beckett giraron hacia ella al mismo tiempo que se daban cuenta que ellos sabían de quien era. “Tal vez esa sea una palabra demasiada extrema, Samson. Sólo digamos que estoy complacido.”

El Dr. Lazlo Zand se adelantó un poco hacia la luz, de modo que sus misteriosos ojos se pudieron ver. “¡Y por supuesto mi pequeña Dana tenía razón! ¡Por supuesto que sus informes me confirman! ¡La Protocultura entreteje, gira, manipula y toma forma, jóvenes doctores! ¡Su habilidad para formar mera maquinaria no es nada junto a su habilidad para formar eventos!”

Él dio unos pasos acercándose aún más, estudiando al Bioroid. Él era un hombre de altura media, con vestimentas del GTU no ornamentadas, su cabello aún indisciplinado después de todos estos años. Sus ojos parecían ser todo iris, como lo habían sido los de Lang desde que Lang había recibido aquel impulso de Protocultura a bordo de la SDF-1 cuando aterrizó por primera vez. Sólo que, en el caso de Zand, la transformación no había tomado lugar hasta años más tarde. Él no lucía menos sobrenatural que un Maestro Robotech.

“Han hecho bien, pero ahora deben verificar doblemente sus informes para estar seguros de que no exista ningún error en su presentación cuando se los lleven al GTU.”

Cochran recobró su voz. ¿Cómo habrá logrado Zand entrar al laboratorio? ¿Cómo habrá sabido él lo que Beckett y Cochran estaban haciendo allí? Ellos no habían visto u oído palabra de o sobre él en años. Sin embargo, éstas no eran preguntas que Cochran se sentía seguro en preguntar, así que él dijo, “Seguramente, Dr. Zand, usted deseará acompañarnos y explayarse en—”

“¡No!” Zand levantó un dedo de advertencia. “Ninguna mención de mí, ¿entendido? ¡Bien! Ahora, de vuelta al trabajo, ambos.” Zand giró hacia la puerta.

“Pero cuándo usted—” Beckett empezó.

“Cuando sea el momento,” Zand dijo, dibujada su silueta contra la luz desde fuera, “ustedes oirán de mí de nuevo.”

Emerson dejó descansar su barbilla en sus dedos entrelazados. “¿Así que ustedes dicen que Zor es un ser humano, y no un Zentraedi miniaturizado?”

Beckett y Cochran asintieron con sus cabezas.

“Entonces Dana y Bowie tenían razón,” Emerson dijo suavemente, mirando fijamente a la distancia. “Y estamos combatiendo a nuestra propia especie. Como hermanos matándose mutuamente.”

Justo entonces Rochelle susurró a Emerson la compilación final de las bajas de la batalla. Ochenta y cinco VTs destruidos, siete dañados sin posibilidad de reparación; cinco transbordadores destruidos, uno dañado sin posibilidad de reparación. Doscientos siete pilotos y tripulación de aeronaves muertas, otras veinte de soporte terrestre y doscientos y pico de civiles muertos, los dos últimos se calculan de choques de aeronaves dañadas. Ochenta y siete perdidos en acción y no encontrados, se presume están a la deriva en el espacio, muertos o vivos.

En la sala de alistamiento del 15to, por primera vez la burla era casi inexistente.

“La peor derrota de la guerra,” Bowie dijo, extendiendo los rulos que el vestir la armadura siempre le dejaba, agradecido de estar de vuelta en un simple uniforme.

“Y esa era sólo una nave,” Sean le recordó.

“Se los aseguro, los VTs podrían haber pasado si no hubiesen sido retirados,” Angelo insistía. “Miren lo que le hicimos a esos aliení- a esos XTs en la misión Liberty.”

Dana no reaccionó al hecho de que él no hizo uso de la palabra

alienígenas, pero notó que nadie en el 15to la usaba al referirse al enemigo ahora. Eso la movió, su literalmente no hablado apoyo a ella –ella muy cautelosamente los sentía ser la familia que nunca había tenido.

Louie levantó la vista de los cálculos que estaba haciendo en una computadora del tamaño de su regazo. “Y yo te aseguro, Angie, que el diseño de esa nave hace totalmente imposible un ataque frontal.”

Sean rió entre dientes. “¡Lo olvidaba: el profesor, allí, lo sabe todo!”

Louie contuvo su temple, acostumbrado a este tipo de artillería antiaérea. Suficientemente brillante e inventivo para cualquier escuela técnica o programa de grado avanzado, él sin embargo había optado por los ATACs. A él le gustaba ser un cabo en un equipo combatiente y, más al caso, el remiendo chapucero y la piratería informática y las modificaciones de equipo que él hacía eran hechas sin algún sujeto ceñudo de laboratorio mirando por sobre su hombro. Él también confiaba en que el estudio e investigación que él hacía por su cuenta, abierto sin límites, lo ponía muy por delante de las personas que tenían que completar los requerimientos de un curso en cualquier escuela.

Dana interpuso, “Pero la nave de Zor debe tener algún punto débil.”

Louie volvió la mirada de lentes oscuros hacia ella, asintiendo con la cabeza. “Exactamente en lo correcto. En primer término, calculo que la nave de Zor no está potenciada por un motor como nosotros lo reconoceríamos.”

“¿Huh?” Dana dijo. “¿Entonces cómo es que ha viajado?”

“Bueno, puede viajar entre las estrellas transposicionándose espacialmente, por supuesto, como las SDFs y las Zentraedi,” Louie explicó. “Y para viajar distancias más cortas, tiene un proceso de transposición más localizado, un tipo de torsión de fuerzas opuestas, como hacer salir a chorros una semilla de uva entre sus dedos.”

Dana recordó algo de la teoría y jerga que Louie había borboteado en sesiones pasadas. “Así que, si trastornas el hiperbalance, obtienes una nave inestable.”

Sean atrapó su tono pensativo y la miró. “¿En qué estás

pensando exactamente?”

Ella le dio una mirada de gesto cerrado. “Estrategia militar básica.” Ella se levantó, dio unos cuantos pasos, luego giró hacia ellos. “¡Vamos, Louie, tenemos trabajo por hacer!”

Capítulo 18

Lazlo, mi apreciado colega,

Me toca a mí salir ahora con la expedición SDF-3, y recae en ti quedarte, para razones que ambos conocemos.

Pero te pido que tengas presente el hecho de que mi Despertar a la Protocultura fue hasta cierto punto accidental, mientras que el tuyo fue enteramente premeditado, y que ciertos intentos y propósitos en ti son por momentos muy fuertes.

Te exhorto a recordar que estarás tratando con SERES HUMANOS, y que trabajar en contra de su bienestar será hasta cierto punto, siempre, trabajar en propósitos contrarios con la Protocultura. Por favor, no dejes al ansia de aplomar las profundidades de la Protocultura distorsionar tu juicio.

Tu amigo,

Emil Lang

Cuando Dana apareció en el laboratorio de investigación Robotech seguida de Louie, ella tuvo la impresión de que los Dres. Cochran y Beckett la estaban mirando más bien extrañamente, al menos al principio.

Pero ella le quitó importancia; los sujetos de investigación siempre estaban lejos en alguna parte en un mundo propio. Además, Louie pronto los tuvo totalmente fascinados con su idea. Lo primero que ella supo fue que Louie estaba sentado a la terminal de la computadora principal de Beckett con los doctores contemplándolo, produciendo diagramas y despliegues y ecuaciones e imágenes generadas por computadora para explicar y verificar su análisis.

“Es sólo una teoría, lo admito,” él dijo mientras la computadora iluminaba varias regiones de un diagrama de rejilla de la nave de Zor. “Pero después de todo, ninguna exploración muestra alguna fuente de poder central, ¿estoy en lo correcto?”

Cochran asintió con la cabeza, el labio inferior entre su pulgar y el índice, mirando fijamente a la pantalla. Louie continuó. “Pero yo, um, accésé las computadoras de inteligencia y encontré lo que tiene que ser una red de inducción de biogravedad.”

La computadora lo mostró, un arreglo intrincado como un sistema de autopistas o vasos sanguíneos, seleccionado en color rojo neón. “Parece haber cierto tipo de ciclo de biogravedad perpetuo; los cuantos de Protocultura simultáneamente se atraen y repelen unos a otros. SE parece a lo que sucede en el sol, si lo quieren poner de esa manera, la gravedad y la fusión luchando en una especie de equilibrio.”

Dana trató de lograr decir una palabra, pero los tres hombres estaban completamente atrapados en su conversación técnica.

Sin embargo Beckett escabulló una mirada lateral hacia ella. ¿Cómo había venido Dana, de todas las personas, a ser la que encontró a este Louie Nichols, esta gema en bruto de genio/misterioso? Por supuesto ellos estaban de nuevo en desafío total de cualquier coincidencia, y Beckett había renovado el pavor por el poder de la Protocultura para formar eventos.

“Ello parece producir estas dos grandes mega-fuerzas,” Louie dijo.

“¡A través de un lazo en fase!” Cochran comprendió, sonriendo falsamente de oreja a oreja.

Dana estaba cansada de oír sobre el campo de framistat y las anomalías de veeblefertzter. “Así que si desestabilizamos este equilibrio de ustedes, dejaremos fuera de combate a toda la nave de una bofetada, ¿correcto?”

Ellos la miraron con ceño por su idioma burdo, pero Louie se encogió de hombros. “Sí. Al menos teóricamente.”

Ella enganchó a Cochran y a Beckett. “¡Entonces ustedes encuentren el punto débil y nosotros veremos que el trabajo sea hecho!”

Cochran habló evasivamente. “No creo que el jefe del estado

mayor la vaya a escoger para la misión, Teniente. No con su historial.”

Pero por dentro él se estaba preguntando cómo Zand podía dejar a la niña correr por ahí suelta de esta manera, constantemente retando a los alienígenas a dispararle a su rubia y linda cabeza. Ella era el mismísimo corazón de tanto el trabajo y la planificación de Zand.

Ah, pero ese es el corazón del asunto, ¿no es así? él parecía oír a Zand disertando. Es la Protocultura la que planea los eventos, y los seres vivos la interfieren o buscan estorbarla sólo a su propio riesgo.

Zand, y hasta el gran Lang, habían comprendido esto desde muy temprano; sólo siendo observadores de los eventos y aprendiendo los secretos más profundos de la Protocultura –los que habían muerto con el Zor original– podían esperar alcanzar alguna vez un punto donde osaran tratar de manipular sus máximos poderes.

Dana estaba diciendo alegremente, “Oh, siento no estar de acuerdo. El Decimoquinto es la elección perfecta para esta misión!”

Conseguir que Bowie accediera a ayudarla a hablar con Emerson para que dejase al 15to tomar la misión fue sólo ligeramente más difícil que ponerle a una mula tacones altos. Pero él vio que el resto del 15to estaba a favor de ello, así que finalmente accedió.

En la oficina de Emerson, Dana, Bowie, y Louie contenían su aliento colectivo mientras Emerson estudiaba los datos. “Señor, finalmente tenemos el arma que necesitamos para darles a los Maestros Robotech donde duele,” Bowie insinuó.

Emerson hizo girar el respaldo de su silla para mirarlos de frente. “Es una misión demente. Sin esperanzas. Y no podemos prescindir de los pilotos o los VTs.”

Dana le dio su mejor mirada de ojos muy abiertos. “¿Pero quién dijo algo sobre los Veritechs? Yo pensaba que parece más bien como un trabajo para los Hovertanks, General.”

Emerson se lamentó internamente y deseó los días cuando él los podía castigar cuando se habían portado mal y enviarlos a la cama

sin cenar. Y había habido unos cuantos de éstos.

Pero eso fue antes de que ellos fueran soldados que habían hecho un juramento de deber. Y antes de que los Maestros Robotech hubieran venido a moler la Tierra a escombros bajo un talón de hierro. “¿Usted cree que puede hacerlo?”

Su mirada estaba a nivel ahora, su inclinación de la cabeza lenta y segura. “Sí, señor.”

Emerson se puso de pie. “Buena cacería, gente.”

De nuevo los guerreros subieron, pero esta vez fueron tan precavidos como pudieron, disparando desde lejos, poniendo más énfasis en las maniobras evasivas que en la precisión. Otra vez las resplandecientes y pulsantes redes hexagonales aparecieron. Dana pensó cuánto se parecían a copos de nieve de nervios potenciados.

Los copos de nieve se movían, como lo habían hecho antes, para suministrar cobertura a las áreas más pesadamente atacadas, dejando a otras más levemente vigiladas. Eso era algo que inteligencia había notado en el primer asalto; había llegado el momento de usarlo.

El piloto del transbordador que volaba la misión era un cubo de hielo; cuando una ronda de cañón extraviada de los Maestros rozó el fuselaje de su nave, él dijo de improviso, “Es sólo una herida superficial, compañeros. Entrando.”

Él mantuvo la nave de lado para poder cruzar entre dos de las megaestructuras zigurat en espiral en la cubierta de abajo, luego voló a lo largo de un foso, muy consciente de que una velocidad lo bastante lenta para hacer una caída de combate era demasiado lenta para esquivar la artillería antiaérea del enemigo. Él se encogió de hombros y siguió volando. “Logramos pasar,” él pensó mencionarlo a los ATACs que estaban atrás en la bahía de descenso, como para decirles que la correspondencia había llegado.

“Salimos de Guatemala y nos metemos en guatepeor,” Dana oyó a Sean murmurar en el micrófono de su casco. Entonces el piloto dio la orden de abrir la puerta de la bahía de descenso, y ellos

estuvieron mirando el tecno-terreno de embestida del casco superior de la nave madre.

Los motores de los Hovertanks ya estaban acelerando. Los ATACs salieron rugiendo en orden, cayendo en formación de despliegue mientras descendían al casco.

“¿Todos se reportaron?” Dana, en el liderazgo, preguntó. Ella trataba de abarcar todo al instante, buscar los emplazamientos de artillería antiaérea y otras sorpresas desagradables, divisar su objetivo, ver cómo iba la batalla, y asegurarse de que Valkyria estaba funcionando correctamente.

Angelo, más atrás, reportó, “Recibido; todos en posición, Teniente.”

Los ATACs corrían a gran velocidad, alineándose con su líder según la asignación. “Muy bien, muchachos; ustedes conocen el procedimiento.”

Ellos lo conocían; era simplemente el modo Sterling. Ellos debían seguir el programa de objetivos de Dana, perforar el casco, y exponer esa red de biogravedad. Entonces concentrarían el fuego, desorganizarían el sistema de autopista de energía, y noquearían a la nave madre.

A menos que cualquiera de diez mil cosas saliera mal. Bowie pregonó un estribillo del Ejército de la Cruz del Sur, “¡Sólo otro día en el SCA!”

Ellos se detuvieron en un foso largo para cubrirse, y tuvieron buena suerte por asombrosamente unos tranquilos diez segundos antes de que el problema levantase su cabeza blindada. “Uh-oh, tenemos compañía,” Sean notó. Cuatro Bioroids habían bajado al foso, bien adelante, para bloquear su paso. Dana se encontró conteniendo su aliento, preguntándose de qué color eran.

¡Bueno, si el Gran Rojo está en mi camino ahora, es su mala suerte! Ella hizo una referencia obscena a lo que los Bioroids podían ir y hacer. “¡Olvídenlos! ¡Es ese sistema lo que estemos buscando! ¡Ciérrense detrás de mí!”

Ellos lo hicieron, y Dana encendió los propulsores de emergencia. Ella esquivó los disparos de los mechas enemigos y estuvo sobre ellos antes de que se orientaran, arrollándolos con el peso sólido de su tanque, no molestándose en disparar. Todos eran

azules. El 15to aulló como hombres lobos y la siguió hacia el objetivo.

“El transbordador logró pasar sus escudos defensivos,” Rochelle dijo a Emerson. “Registramos una lucha continua de artillería en el casco superior, señor.”

Emerson inclinó su cabeza en reconocimiento pero no quitó sus ojos de las pantallas.

Bioroids se acercaron desde ambos lados y por detrás, pero ninguno estaba en su Hovercraft, y así permaneció una carrera de camino. El soldado Thornton oyó la advertencia de Sean pero no pudo esquivar a tiempo, y un aluvión de discos de aniquilación voló la mano plegada del Hovortank en su barquilla bajo el faldón de armadura trasero izquierdo de su tanque.

“Me dieron, Teniente,” Thornton pronunció despacio, solicitando control de daño. Pero la disminución en la velocidad permitió a dos Bioroids alcanzarlo; ellos se dejaron caer con sus pies por delante sobre su nave, desintegrándola en una bola de fuego, y continuaron viniendo.

“¡Louie! ¡Modo Battloid!” Dana gritó.

Los Bioroids estaban luchando en su tierra, pero los ATACs tenían la ventaja de la velocidad, la adrenalina, y una necesidad desesperada de llevar a cabo su misión. Dana y Louie se mechamorfosaron dando media vuelta, y regresaron impulsados como cohetes hacia el enemigo como caballeros ultratecnológicos, las armas ardiendo. Esta vez ellos usaron la batería principal, el pesado cañón del Gladiador que usualmente estaba almacenado en el brazo derecho del Battloid pero podía ser extraído en necesidad extrema. Todo alrededor de ellos parecía estar sucediendo en cámara lenta.

Ellos derribaron al primer Bioroid mientras éste aún estaba a la carga, al segundo y tercero cuando los mechas enemigos se detuvieron para disparar, y al cuarto cuando éste trató de retirarse y su ruta de escape estaba bloqueada por una parte estructural semejante a un dique.

“Mejor suerte la próxima vez,” Dana invitó al último a irse, pero mientras éste se iba tropezó en un tipo de acanaladura utilitaria. Su explosión produjo otra mayor, y la acanaladura se convirtió en una versión de una antigua mecha de pólvora negra de Protocultura caliente y crepitante.

Dana quedó boquiabierta mientras la erupción corría deprisa a lo largo de la acanaladura, levantando una cortina de flama estelar detrás de sí, haciendo volar alto placas blindadas de la cubierta, moviéndose tan rápido como cualquier Hovertank. La supermecha embalada alcanzó una estructura baja como un nido de artillería en el casco y subió como una vela romana.

“¿Louie, lo hicimos?”

El casco de Louie le daba una apariencia de insecto, pero debajo de éste él estaba sonriendo ampliamente.

“¡Sí, señora! ¡Hemos encontrado la red de biogravedad!”

“¡Acabemos entonces!” Ella corrió hacia allí deprisa con una docena y más de Battloids cubriendo y cerrando la retaguardia, moviéndose como infantería veterana, o policías SWAT. Ellos dispararon con todo el asombroso poder que los Hovertanks podían aplicar; los Bioroids, no acostumbrados a tal tipo de combate puerta a puerta, estaban en desventaja, y recibieron todas las bajas entonces.

Un Bioroid casi voló a Dana, pero ella tropezó quitándose de su camino y Angelo le acertó al Bioroid, disparándole y haciéndolo caer de una torre alta de modo que éste cayó un buen trecho hasta el casco, dando un salto mortal, como algo salido de una película del viejo oeste.

Dana apareció con la cabeza de su Battloid colgando sobre el borde de un pozo expuesto por el nido de artillería que había explotado. El pozo era tan profundo que ella no podía ver el fondo.

“Lo encontré, señora,” Louie observó. “Allí abajo está el campo de proceso que maneja el equilibrio de energía. Si volamos el

equipo allí abajo en el lugar de la intersección del campo, desestabilizaremos toda esta maldita nave de basura.”

Dana ya se había puesto de pie. “¡Hagámoslo!” Ella estudió el diagrama que Louie le estaba enviando, y armó el poderoso misil que ella llevaba para tal propósito. Todos ellos tenían uno –sólo uno por cada uno– pero Dana quería que éste tiro fuera el suyo.

Cerca, el 15to estaba en una lucha de armas furiosa con los Bioroids mientras más y más refuerzos enemigos aparecían. Las armas de rayos escupían y cambiaban de dirección, buscando objetivos; los discos de aniquilación volaban.

Sean gritó, “¡Dana, te tenemos cubierta, pero hay más Bioroids colándose a la fiesta!”

“¡Aguanta!” Ella ajustó el rango en el misil, y su selector para máxima fuerza explosiva. Discos alienígenas comenzaron a pasar a su alrededor, y Louie hizo girar a LiveWire para dar mayor fuego de protección. “¡Teniente, realmente le sugiero que se apresure!”

“¡Salten, todos ustedes muchachos! ¡Vayan! ¡No me esperen!” Ella soltó el misil y observó su rastro de tirabuzón desaparecer abajo en la negrura. Luego se volvió para propulsarse al espacio con la fuerza de las piernas de su Battloid y los propulsores incorporados en sus pies, escapándose del campo de gravedad superficial alrededor del casco superior. Ella vio que los otros Battloids ya estaban en el aire. Mientras se iba, sus instrumentos registraron un impacto directo.

Los Bioroids estaban tratando de matar a tiros a los Battloids que ascendían cuando la columna de luz blanca y cruda destrucción salió lanzada del pozo, como la propia artillería de Satán vomitando hacia arriba. Los Battloids ya estaban arriba y alejándose a toda velocidad de ella, pero los Bioroids que se acercaban al pozo para ver qué daño había sido hecho recibieron una horrenda sorpresa final.

El chorro de energía liberada produjo explosiones en y alrededor del pozo; una docena de azules salieron expulsados girando rápidamente como hojas en un huracán, metal fundido, desmembrado por la fuerza de la ráfaga, retorcido en formas irreconocibles mientras el volcán de energía expelía más alto y más alto.

“Parece que sabías de lo que estabas hablando, Louie,” Sean dijo con una voz deprimida, pensando lo que todos estaban pensando: la explosión sobrepasó todas las estimaciones y proyecciones; si ellos hubiesen merodeado por, otros pocos segundos, el 15to habría sido historia, también.

Luego todos estaban haciendo alabanzas impúdicas a las Unidades Cósmicas mientras el transbordador aparecía en la vista, justo en el vector de extracción. Dana miró a la función de tiempo cumplido en sus pantallas de misión y se dio cuenta en shock que la cosa entera había tomado sólo unos cuantos minutos.

“Lo vemos, transporte; prepárense para llevarnos a bordo.” Su júbilo era completo, por ahora.

Dana y el resto del 15to, las tripulaciones Cósmicas, y los pilotos del TASC pudieron ver todos las explosiones secundarias desgarrándose a lo largo del casco de la nave madre mientras los ATACs se zambullían a bordo del transbordador. Fuegos furiosos ardían sin control, convirtiéndose en fogatas termonucleares en la atmósfera que escapaba; la monstruosa nave se cerró de acuerdo con cualquier fuerza motriz que emplease; su órbita decayó al instante.

Dana observaba por una óptica desde el puente del transbordador. Ella sentía satisfacción vasta, un dominio de su propio miedo y desconfianza de sí misma.

Entonces la satisfacción se retiró; en el momento que aterrizara ella tendría que comenzar a obtener y entrenar personal de reemplazo y mechas. Era evidente que al 15to se lo necesitaría de nuevo muy pronto.

Debido a que la nave madre estaba comenzando una larga y controlada caída hacia la Tierra.

“¡Se está despedazando!” Emerson exclamó, mirando la imagen retransmitida.

“Sólo periféricamente, señor,” Tessel notó, leyendo otra pantalla.

“Nunca lo hubiera creído,” Rochelle comentó sosegadamente. Él

giró y exclamó un comando, “¡Fuerza de reacción en apresto, en espera para despliegue inmediato!”

“Una vez que tenga delineado el punto de aterrizaje de Zor, enciérrelo y rodeélo con la defensa a fondo,” Emerson instruyó sosegadamente. “¡Equipos de escucha aéreos, terrestres, subterráneos –todo!”

“¡Sí, señor!”

Emerson observaba la inclinada nave madre, un dinosaurio herido impotente para detener su zambullida. Más grande que una ciudad, se asentó hacia un lugar de descanso final en las colinas sobre Ciudad Monumento. Emerson se preguntó si eso fue por cálculo. Él estaba comenzando a abandonar toda fe en la coincidencia.

El choque controlado no destruyó la nave madre, ni Emerson esperaba que sucediera; eso habría sido demasiado que esperar. Ésta se asomaba como un glaciar colosal de metal, silencioso y desafiante.

Muy bien, él pensó. Desafió aceptado.

Él giró hacia Rochelle. “Oh, y Coronel.”

“¿Señor?”

“Diga al Decimoquinto que se retire para que descansen un poco; se lo han ganado.”